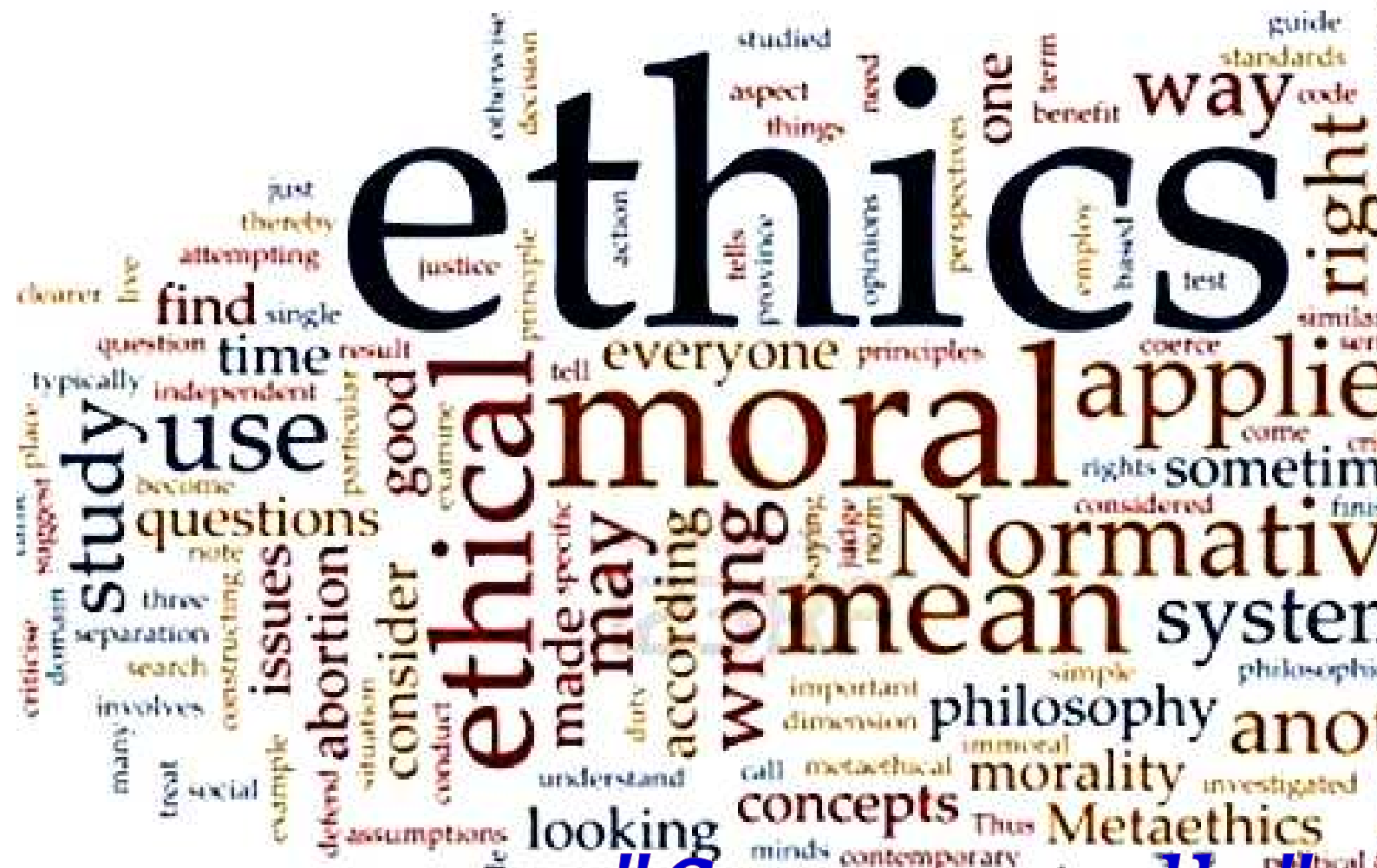


Forum.com

Papeles de formación continua



"Caetera tolle"

Austeridad solidaria

Índice

Editorial 3

Retiro 5

Formación 15

Comunicación 29

Pastoral Juvenil 39

La Solana 45

El Anaquel 59

Bicentenario Don Bosco 67

Año de la Fe 71

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

Ctra. Ledesma, 32-35

37.006 – Salamanca

Tfno.: 923 225 983

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



Los nuevos rostros de la ascesis

Dice Benjamín González Buelta, que «si la modernidad recela de la mística, la postmodernidad no entiende la ascesis. Pero las dos dimensiones son inseparables. Para seguir a Jesús realmente no basta el fervor de sentir su llamada de "amigo" y su envío (EE 146), sino ofrecerse al mayor servicio "haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano"» (EE 97).

Hoy los modos de la ascesis han cambiado, pero ciertamente es necesaria y sus nuevos rostros son una clara manifestación de nuestro modo contra-cultural de vivir.

Quizás admiramos a personajes de la vida pública que hacen proezas en el mundo del deporte, de la pasarela o del canto. Esas actuaciones perfectas, sin despeinarse, a veces pueden llevarnos a pensar equivocadamente que sus esfuerzos y actividades brotan espontáneamente de su ser de artistas o deportistas. Nada más alejado de la realidad que eso. Sus triunfos, sus éxitos, sus marcas, tienen muchas horas detrás, muchos esfuerzos, mucho trabajo en definitiva. («Las improvisaciones de Diógenes tienen detrás muchas horas de candil»).

De la misma manera nuestra vida está llamada a vivir en un estado de continua superación. Nuestra afectividad debe ser liberada en el encuentro con Jesús pobre, humilde, desprendido al servicio de todos.

Necesitamos ayunar de presencias reales o mediáticas que invaden y sofocan nuestra vida privada y nos secuestran espacios en los que crece nuestra interioridad y diálogo con Dios.

Anhelamos ámbitos no contaminados en los que pueda brotar espontáneo el ritmo de la contemplación, una contemplación que también evidentemente ha de revestir una forma diferente, desenfadada, la mística y la contemplación de los "ojos abiertos".

Debemos tomarnos en serio que hay que buscar tiempo para Dios, para la fraternidad, para el discernimiento y el sano descanso festivo a través de los cuales podamos fundar una convivencia más evangélica.

En medio de la confusión la ascesis puede revestir la forma de un estudio riguroso que nos permita dialogar con nuestro presente, con los jóvenes, con las necesidades que tenemos planteadas en la actualidad.

Existe la ascesis sencilla de la vida cotidiana: del frío en el cuarto que, sin buscarlo, uno se encuentra, de la comida monótona y poco creativa en ocasiones, de los transportes incómodos, las esperas no planificadas, las reuniones abundantes, las oraciones insulsas, algunos hermanos poco cercanos.

Todos esos nuevos rostros de la ascesis nos ayudan a vivir de un modo más profundo y radical si los asumimos como reto y vivimos de cara a Dios y los hermanos, si no olvidamos la referencia: *Animal de fondo y Dios deseante y deseado*.

A handwritten signature in black ink, reading "Fr. Luis Guzmán". The script is fluid and cursive, with a prominent flourish at the end of the name.

Retiro

“Caetera Tolle”: Amor a Dios y desprendimiento

J. Manuel González, sdb

I. Palabra de Dios

Mateo 19,16-29 El joven rico

Sucedió que un hombre se acercó a Jesús y le preguntó:

—Maestro, ¿qué de bueno tengo que hacer para obtener la vida eterna?

— ¿Por qué me preguntas sobre lo que es bueno?

—Respondió Jesús—. Solamente hay uno que es bueno. Si quieres entrar en la vida, obedece los mandamientos.

— ¿Cuáles? —preguntó el hombre.

Contestó Jesús:

—“No mates, no cometas adulterio, no robes, no presentes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre” y “ama a tu prójimo como a ti mismo” .

—Todos éstos los he cumplido —dijo el joven—. ¿Qué más me falta?

—Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

Cuando el joven oyó esto, se fue triste porque tenía muchas riquezas.

—Les aseguro —comentó Jesús a sus discípulos— que es difícil para un rico entrar en el reino de los cielos. De hecho, le resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.

Al oír esto, los discípulos quedaron desconcertados y decían:

—En ese caso, ¿quién podrá salvarse?

—Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible.

— ¡Mira, nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! —le reclamó Pedro—. ¿Y qué ganamos con eso?

—Les aseguro —respondió Jesús— que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para gobernar a las doce tribus de Israel. Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.

Palabra de Dios

2. Exposición

Don Eugenio Ceria, en su libro “Don Bosco con Dios”, escribe que los últimos años de Don Bosco no fueron un «irradiar en él de destellos extraordinarios [...], sino que todo pasó a las formas y las condiciones que se suelen encontrar en quien se encamina a una muerte precedida por una larga y dolorosa enfermedad.

Después Ceria cita al padre Faber, que enumeraba, entre las muertes más preciosas a los ojos de Dios, la muerte del desprendimiento: «Tiene una muerte así el que no tiene nada que sacrificar, nada de que desprenderse, nada que dejar, porque su alma o nunca se ha apegado a la tierra o se ha desprendido de ella desde mucho tiempo antes, de modo que la muerte espiritual fue por delante de la muerte física»

2.1. La agilidad espiritual de quien ama a Dios sobre todas las cosas

Estas expresiones nos recuerdan a nosotros, los Salesianos, la segunda parte del lema de Don Bosco, que es también el nuestro: «Caetera tolle». Demasiado fácilmente y con gusto nos paramos en la primera parte, en el «Da mihi animas». Los dos momentos deben tomarse estrechamente unidos entre sí. Más aún, sin una entrega diaria de sí a Dios que se da cuando nos desasimos de nosotros mismos, de las personas y de las cosas, para poder decir nuestro «Fiat voluntas tua» hundiéndolo en la contingencia de la vida cotidiana, en nuestra humanidad real, en nuestra situación comunitaria, eclesial y civil, en la carne de las múltiples relaciones interpersonales, sin esta entrega, no solo no damos ningún paso en el camino de la santidad (al que estamos llamados y en el que debemos caminar), sino que hacemos estéril también nuestro trabajo pastoral y educativo.

San Francisco de Sales usaba la imagen del hombre espiritualmente sano que, «no solo camina, sino que corre y salta en el camino de los mandamientos de Dios y, más allá todavía, emprende corriendo los senderos de los consejos y de las inspiraciones celestiales. Retrato perfecto de Don Bosco y del salesiano como él lo pensó, en la generosidad y en el entusiasmo continuo y creciente por su llamada.

«Don Bosco en toda su vida amó a Dios con todas sus fuerzas e hizo que lo amase su prójimo», atestigua don Turchi; y J. Cagliero especifica: «Este amor fue el único anhelo, el único suspiro, el más ardiente deseo de toda su vida. Le oí repetir miles de veces: ¡Todo por el Señor y por su gloria!».

En esta óptica debe entenderse el caetera tolle, que no es desprecio o devaluación de las cosas, sino gran libertad interior en la adhesión a la voluntad de Dios. San Francisco de Sales lo llama «santa indiferencia», tomando pie de las palabras de Cristo en la cruz: «Padre, en tus manos confío mi espíritu»

2.2. Éxtasis de la vida y de la acción

Cuando Francisco de Sales habla de «éxtasis de la vida operativa» o «éxtasis de la acción» nos propone el vaciamiento de sí, libre y gratuito, en lo concreto de la vida, por amor del Señor.

No robar, no mentir, no cometer lujuria, orar a Dios [...] es vivir según la razón natural del hombre; pero abandonar todos nuestros bienes, amar la pobreza [...]; mantenerse en los ámbitos de una castidad absoluta y, por último, vivir en medio del mundo contra todas las opiniones y los principios del mundo y yendo contracorriente [...] mediante resignaciones ordinarias, renunciaciones y negaciones de nosotros mismos, no es vivir humanamente, sino sobrehumanamente; no es vivir en nosotros, sino fuera de nosotros y por encima de nosotros : y dado que nadie puede subir de ese modo por encima de uno mismo, si el Padre eterno no lo atrae, este tipo de vida debe ser entonces un rapto continuo y un éxtasis perpetuo de acción y de obras.

Este es «el éxtasis de la vida operativa de la que habla principalmente el gran apóstol cuando dice: Vivo, pero ya no vivo yo; es Jesucristo el que vive en mí (Gál 2,20) y que aclara él mismo, en otros términos, a los Romanos (6,4-11), cuando dice que nuestro hombre viejo está crucificado con Jesucristo, que nosotros estamos muertos con Él al pecado y con Él estamos igualmente resucitados para caminar en novedad de vida, para no ser ya esclavos del pecado.

Todo esto debemos afrontarlo nosotros con el estilo de Don Bosco: con sencillez, con dulzura y cariño, con cordialidad, con capacidad de adaptación práctica, con serenidad, con intrepidez y creatividad con referencia al mundo de los jóvenes en el que trabajamos.

San Francisco de Sales enumera las virtudes que traducen mejor el desprendimiento necesario para vivir en la caridad: «Paciencia, dulzura, humildad, tranquilidad». Son los elementos esenciales de la ascesis salesiana, totalmente orientada hacia la plenitud del amor.

2.3. Búsqueda Amorosa de la Voluntad de Dios

Don Bosco preocupado por vivir en la acción concreta la invocación del Padre nuestro, «Hágase tu voluntad», vivía una condición interior y exterior de ductilidad y de agilidad en las opciones, relativizando todo al servicio de Dios y a la salvación de las almas.

Rezaba intensamente y se aconsejaba para discernir la voluntad de Dios, para no engañarse; después se adhería cordial y decididamente a ella, yendo hacia delante hasta «la temeridad»: «Aseguraos, nos decía, de que lo que os proponéis hacer sea la voluntad de Dios, y después tirad derecho sin pararos» (Cerrutti).

La necesidad, para la identidad espiritual del salesiano, de esta actitud de «heteronomía» espiritual, de obediencia absoluta y de desapego de los propios puntos de vista y de las propensiones naturales, la presenta Don Bosco con un resalte intencionado en las Memorias del Oratorio, cuando cuenta los motivos básicos de sus decisiones de acción y de su misión específica después de los tres años del Convitto eclesiástico.

Una disponibilidad incondicional como la de Don Bosco, con la superación de sí y el desprendimiento «indiferente» de las propias aspiraciones, aun de las más santas, era consecuencia de la decisión de «entregarse totalmente a Dios» madurada por él y hecha crecer en los años de formación, y podía nacer solo de un ardiente amor de Dios.

2.4. Grandes deseos y fuerte decisión

Don Bosco proponía a todos sus muchachos, como sabemos por la vida de Domingo Savio, un modo fácil de hacerse santo, para ello desarrolló tres pensamientos que hicieron profunda impresión en el

ánimo de Domingo, esto es: es voluntad de Dios que nos hagamos todos santos; es muy fácil lograrlo; hay un gran premio preparado en el cielo para quien se hace santo».

Sin amor «inflamado», fuerte deseo y absoluta decisión, no puede haber vida espiritual. Lo enseña san Francisco de Sales y lo repite muchas veces san Alfonso. En la Práctica de amar a Jesucristo, por ejemplo, presenta una Síntesis de las virtudes que debe practicar el que ama a Jesús y afirma que «los medios principales para la perfección son:

1. Huir de todo pecado deliberado, aun leve; pero si cometemos alguna falta, guardémonos de airarnos contra nosotros mismos con impaciencia; hay que arrepentirse entonces de ello con paz y haciendo un acto de amor a Jesucristo [...].
2. Deseo de llegar a la perfección de los santos y de sufrir todo para dar gusto a Jesucristo; y si no tenemos ese deseo, pedir a Jesucristo que por su bondad nos lo conceda, porque de otro modo si no deseamos con verdadero deseo hacemos santos, no daremos nunca un paso para avanzar en la perfección.
3. Tener una verdadera resolución de llegar a la perfección. Esta era también la directriz espiritual principal que san Felipe Neri daba a sus discípulos, medio siglo antes que Francisco de Sales: para una vida espiritual eficaz, decía, debe estar en el primer lugar un gran deseo de perfección: «Hay que desear hacer cosas grandes en servicio de Dios y no contentarse con una bondad mediocre.

Son necesarias, pues, estas dos cosas: en primer lugar cultivar grandes deseos, grandes sueños, grandes ambiciones santas de expresar todo aquello para lo que sentimos haber sido creados y llamados; en segundo lugar, a pesar de todos los obstáculos, actuar con fuerte decisión todo lo que está en nuestras manos para alcanzar el fin, abandonándonos después en las manos de Dios. San Ignacio dice: «Haz como si todo dependiese de ti, pero confía todo a la gracia del Señor». En el prólogo de las Constituciones salesianas (edición de 1885), Don Bosco invitaba a los salesianos a seguir prontamente la vocación, rompiendo «con resolución» toda dilación: «San Jerónimo, al que está llamado a salir del mundo, le da este consejo: "Date prisa, te lo ruego, y la cuerda de la navecilla atada a la orilla córtala en vez de desatarla"».

3. Propuestas para la reflexión y la oración

- ✓ ¿Qué imagen de la perfección cristiana transmitimos con nuestra vida a los hermanos, a la gente, a nuestros jóvenes, en este tiempo dominado por una concepción pagana de la existencia?
- ✓ La vida cristiana y la consagración religiosa, entendidas en la perspectiva de san Francisco de Sales y de Don Bosco, forjan personalidades fascinantes, cargadas de humanidad verdadera: ¿de qué nivel es nuestra calidad humana?
- ✓ ¿Existe en nosotros el deseo ardiente y la decisión de amar a Dios sobre todas las cosas y hacer todo por amor suyo?
- ✓ ¿Estamos movidos de verdad, en todo lo que proyectamos y decidimos hacer, por un discernimiento continuo de la voluntad de Dios?
- ✓ ¿Qué efectos concretos se derivan de ello, tanto en las grandes decisiones como en el comportamiento de la vida de cada día?
- ✓ Mi manera de vivir y comprometerme ¿testimonia a los demás lo que creo?

- ✓ ¿Tengo disponibilidad para el servicio desinteresado a los demás? ¿No buscando compensaciones materiales o afectivas?
- ✓ ¿Muestro seriedad en observar las pequeñas exigencias de la pobreza religiosa?
- ✓ Nuestro tenor de vida y atendiendo al entorno social en el que nos movemos ¿nos permite considerarnos como pobres?
- ✓ ¿Puede decirse que nuestra comunidad da verdaderamente un testimonio de pobreza colectiva?
- ✓ ¿Dónde hemos puesto nuestra confianza?

Esquema para la Oración y la Reconciliación
--

*“Resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja,
que a un rico entrar en el reino de Dios”. (Mateo 19,16-29)*

INTRODUCCIÓN

Quizá una comunidad no encuentre a veces el sentido del ‘scrutinium paupertatis’. Es una oportunidad para revisar cada salesiano y la misma comunidad el testimonio y la vivencia de la pobreza evangélica. No es un juicio contra las personas que asumen determinadas responsabilidades en la vida común. D. Vecchi acierta con estas palabras suyas tan esclarecedoras: “Animo a cada uno de los hermanos, a las comunidades y a los que ejercen el servicio de la autoridad, a vivir el scrutinium más que como un examen de conciencia, como una experiencia del Espíritu, como abandono a su fuego purificador y a su fuerza regeneradora (ACG 367, 35-36).

El CG26 en el núcleo IV ha estudiado “la pobreza evangélica” y en el V “la nuevas fronteras”. Ambos documentos son ricos en doctrina y líneas de acción que deben motivar a las comunidades a vivir la pobreza evangélica con una nueva dimensión más acorde a los tiempos de hoy. Nuevos retos; nuevas respuestas. Se presentan las líneas de acción que ofrece el CG26 para que cada comunidad asuma lo que debe analizar y comunicar. No es la forma de cada línea lo que da riqueza al escrutinio, sino el contenido de la misma.

I. CELEBRACIÓN PENITENCIAL

CANTO “Oración del pobre”

Vengo ante Ti, mi Señor, reconociendo mi culpa,
con la fe puesta en tu amor que Tú me das como a un hijo.
Te abro mi corazón y te ofrezco mi miseria,
despojado de mis cosas, quiero llenarme de Ti.

QUE TU ESPÍRITU, SEÑOR, ABRASE TODO MI SER.
HAZME DÓCIL A TU VOZ, TRANSFORMA MI VIDA ENTERA.
HAZME DÓCIL A TU VOZ, TRANSFORMA MI VIDA ENTERA.

Puesto en tus manos, Señor, siento que soy pobre y débil,
mas tú me quieres así, yo te bendigo y te alabo.
Padre, en mi debilidad, tú me das la fortaleza.
Amas al hombre sencillo, le das tu paz y perdón.

SALUDO DEL PRESIDENTE

P/ La gracia, la misericordia y la paz de Dios Padre y de Jesucristo su Hijo en la verdad y en el amor, esté con vosotros.

R/ Y con tu espíritu

MONICIÓN

Nos disponemos a celebrar el Sacramento del Perdón. Todos nosotros tenemos en nuestro interior profundos deseos de ser auténticos, queremos y anhelamos un mundo mejor, en el que todos los hombres sean hermanos. Pero a la vez nos experimentamos “débiles”, llenos de egoísmo y de incapacidad de hacer el bien. Pero en este camino nos encontramos con una mano amiga que nos perdona, nos da ánimos y cambia nuestro corazón. Nosotros como él vamos a sentir a Dios como Padre bueno que se alegra al ver que todos los que estamos aquí tenemos deseos de convertirnos y ser más fieles a su proyecto.

El sacramento del perdón como un segundo bautismo, nos ayudará a sumergirnos en la fuente del amor de Dios, y nos dará la gracia del Espíritu Santo para poder producir los buenos frutos que Jesús nos pide en su Evangelio.

Oración al Espíritu Santo:

Señor Dios, envía el Espíritu de Jesucristo Resucitado a esta comunidad y a la Congregación Salesiana. Derrama la abundancia de tus dones sobre todos nosotros en un renovado Pentecostés. Abre la mente de todo hermano y calienta su corazón con tu fuego divino. Inflámanos con una nueva pasión para dar frutos abundantes. Danos el auxilio de María. A ella le encomendamos los retos de nuestra acción educativa y pastoral, las vocaciones para la vida consagrada salesiana, los jóvenes pobres. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amen

2. LITURGIA DE LA PALABRA

LECTURA del Evangelio de Mateo (Mateo 19,16-29)

El joven rico

Sucedió que un hombre se acercó a Jesús y le preguntó:

—Maestro, ¿qué de bueno tengo que hacer para obtener la vida eterna?

—¿Por qué me preguntas sobre lo que es bueno?

—Respondió Jesús—. Solamente hay uno que es bueno. Si quieres entrar en la vida, obedece los mandamientos.

—¿Cuáles? —preguntó el hombre.

Contestó Jesús:

—“No mates, no cometas adulterio, no robes, no presentes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre” y “ama a tu prójimo como a ti mismo” .

—Todos éstos los he cumplido —dijo el joven—. ¿Qué más me falta?

—Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

Cuando el joven oyó esto, se fue triste porque tenía muchas riquezas.

—Les aseguro —comentó Jesús a sus discípulos— que es difícil para un rico entrar en el reino de los cielos. De hecho, le resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.

Al oír esto, los discípulos quedaron desconcertados y decían:

—En ese caso, ¿quién podrá salvarse?

—Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible.

— ¡Mira, nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! —le reclamó Pedro—. ¿Y qué ganamos con eso?

—Les aseguro —respondió Jesús— que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se siente en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para gobernar a las doce tribus de Israel. Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.

Palabra del Señor

Comentario al Evangelio

El evangelio del joven rico está lleno de sugerencias y estímulos para nuestra oración y reflexión. Voy a fijarme sólo en uno de ellos. La figura del joven rico, muy conocida, lleva escondida una carga de profundidad que estremece cuando se mira de cerca: Nos sobran demasiadas cosas.

Escribo esta constatación desde mi propio contexto (cultural, social, económico) en España; aunque también aquí hay muchas personas que sufren la pobreza y la escasez, creo que la gran mayoría de los que leemos comentarios como éste en internet entramos en el perfil: Nos sobran demasiadas cosas.

No hace falta exagerar la lectura ni interpretarla de forma literal. Jesús no pide a todos los cristianos que sean misioneros en tierras lejanas, no pide a todos que abandonen todo proyecto anterior para seguirle (aunque sí lo pide a algunos; la Iglesia tampoco podría pasar sin ellos). Pero sí exige de todos que echemos luz sobre nuestras prioridades. ¿Dónde hemos puesto nuestra confianza? Hagámonos esta pregunta con mucha honestidad y valentía. Muchas veces podemos hacer declaraciones de intenciones muy elevadas y entregadas, pero a la hora de la verdad (cuando organizamos nuestro tiempo, por ejemplo, y nuestro dinero), no dedicamos las mismas proporciones de esfuerzo que pretendíamos creer.

La figura del joven rico nos lleva también a una reflexión previa: Sólo se acercan a Jesús los que descubren que necesitan “algo” de él (aunque no sepan exactamente qué es). Y descubren, además, que ese “algo” no se compra con dinero, ni se consigue con lo que ya tenemos. Por lo tanto ese “algo” no puede ser ni la comodidad, ni el “bienestar”, ni la última moda. Ese “algo” tampoco es la amistad, por ejemplo, ni el amor, porque hay muchos no creyentes que viven ambas cosas. Encontrarse con Jesús nos pide descubrir que en la vida hay “algo más”, algo mucho más profundo de lo que solemos vivir (vivimos tantas veces “en superficie”), algo que nos deja insatisfechos, que nos hace ver cierto vacío en este mundo tan lleno de contrastes, de bondades y maldades entremezcladas.

Jesús tiene respuestas más altas, más intensas, tiene un horizonte más amplio desde el que volver a observar la vida y el mundo y redescubrirlo con otras proporciones, como cuando subimos a una montaña y volvemos a mirar el paisaje en el que vivimos, que hemos visto tantas veces, pero que encontramos totalmente nuevo ante nuestros ojos. Jesús observa el mundo desde el amor de Dios, sólidamente enraizado en la inmensa positividad del amor que se da sin condiciones. Desde ahí él puede entregarse totalmente, e invitarnos a nosotros a esta misma entrega. Desde ahí tiene sentido cambiar todas las prioridades, todos los criterios previos, abandonar todo proyecto sin Dios y retomarlo renovado por la presencia de Jesús.

(Del comentario al Evangelio del domingo, 14 de octubre 2012 en www.bibliayvida.com)

Canto: BIENAVENTURADOS SEREMOS, SEÑOR, SEREMOS SEÑOR.

Seréis bienaventurados los desprendidos de la tierra.
Seréis bienaventurados porque tendréis el Cielo.
Seréis bienaventurados los que tenéis alma sencilla.
Seréis bienaventurados, vuestra será la tierra.

Seréis bienaventurados los que lloréis, los que sufrís.
Seréis bienaventurados porque seréis consolados.
Seréis bienaventurados los que tenéis hambre de Mí.
Seréis bienaventurados porque seréis saciados.

Seréis bienaventurados porque tenéis misericordia.
Seréis bienaventurados porque seréis perdonados.
Seréis bienaventurados los que tenéis el alma limpia.
Seréis bienaventurados los que veréis a Dios.

Seréis bienaventurados los que buscáis siempre la paz.
Seréis bienaventurados hijos seréis de Dios.
Seréis bienaventurados los perseguidos por mi causa.
Seréis bienaventurados porque tendréis mi Reino.

3. RITO DE LA RECONCILIACIÓN

Tiempo de confesiones

Líneas para el escrutinio personal y comunitario

(Las mismas del retiro)

- Qué imagen de la perfección cristiana transmitimos con nuestra vida a los hermanos, a la gente, a nuestros jóvenes, en este tiempo dominado por una concepción pagana de la existencia?
- La vida cristiana y la consagración religiosa, entendidas en la perspectiva de san Francisco de Sales y de Don Bosco, forjan personalidades fascinantes, cargadas de humanidad verdadera: ¿de qué nivel es nuestra calidad humana?
- ¿Existe en nosotros el deseo ardiente y la decisión de amar a Dios sobre todas las cosas y hacer todo por amor suyo?

- ¿Estamos movidos de verdad, en todo lo que proyectamos y decidimos hacer, por un discernimiento continuo de la voluntad de Dios?
- ¿Qué efectos concretos se derivan de ello, tanto en las grandes decisiones como en el comportamiento de la vida de cada día?
- Mi manera de vivir y comprometerme ¿testimonia a los demás lo que creo?
- ¿Tengo disponibilidad para el servicio desinteresado a los demás? ¿No buscando compensaciones materiales o afectivas?
- ¿Dispongo de sensibilidad cristiana para captar las necesidades del prójimo?
- ¿Muestro seriedad en observar las pequeñas exigencias de la pobreza religiosa?
- Nuestro tenor de vida y atendiendo al entorno social en el que nos movemos ¿nos permite considerarnos como pobres?
- ¿Puede decirse que nuestra comunidad da verdaderamente un testimonio de pobreza colectiva?



Oración de fieles

Dirijamos nuestra oración al Padre para que nos haga dóciles a la voz de su Espíritu y podamos seguir a Cristo por la senda de una auténtica pobreza.

L. Oh padre, tú nos has llamado al seguimiento de Cristo por el camino de la pobreza.

T. Concédenos vivir nuestra elección en alegría, poner nuestra confianza en tu providencia y entregarnos totalmente al servicio del Evangelio.

L. Tú nos has enseñado que la pobreza debe ser siempre un acto de amor hacia ti y un verdadero abandono filial en tu paternidad.

T. Oriéntanos para no reducirla a una pura observancia jurídica.

L. Por medio de Aquel que es tu Palabra, has llamado bienaventurados a los pobres.

T. Haz que, cuando la pobreza real nos cause incomodidades y sufrimientos, nos alegremos de participar con los pobres en la bienaventuranza que tú has prometido.

L. Tú nos invitas a no acaparar egoístamente lo que nos has dado con generosidad.

T. Haznos capaces de compartir todo, y que nuestra pobreza sea un signo de nuestro amor a nuestros hermanos y a los jóvenes.

L. Tú nos permites, Señor, vivir en nuestro tiempo con el trabajo de nuestras manos.

T. Concédenos ocupar siempre nuestro tiempo, en un trabajo asiduo y sacrificado, para testimoniar a los hombres de hoy el sentido humano y cristiano del trabajo.

(Se pueden añadir algunas peticiones espontáneas)

4. ACCIÓN DE GRACIAS

Canto: "Canto de María"



Yo canto al Señor porque es grande,
me alegro en el Dios que me salva,
feliz me dirán las naciones
en mí descansó su mirada.

UNIDOS A TODOS LOS PUEBLOS
CANTAMOS AL DIOS QUE NOS SALVA.

El hizo en mí obras grandes,
su amor es más fuerte que el tiempo,
triunfó sobre el mal de este mundo,
Derriba a los hombres soberbios.

No quiere el poder de unos pocos,
del polvo a los hombres levanta;
dio pan a los hombres hambrientos,
dejando a los ricos sin nada.

Libera a todos los hombres
cumpliendo la eterna promesa
que hizo a favor de su pueblo
los pueblos de toda la tierra.

Padre nuestro

Oración

Oh Dios, Padre, haz que nuestra pobreza
sea siempre un acto de amor a Cristo en
el prójimo, y, al mismo tiempo, de
solidaridad con los pobres, para estar a
su lado y aliviar sus necesidades,
haciendo nuestras sus legítimas aspiraciones
de una sociedad más humana.
Por Jesucristo Nuestro Señor...

Formación

Dios para buscar

Ángel Cordovilla Pérez

Dios y el hombre en búsqueda

¿Quién busca a quién: Dios al hombre o el hombre a Dios? El título de nuestra ponencia puede ser entendido desde dos perspectivas: bien si pensamos que Dios es el sujeto activo de la búsqueda o bien si decimos que Dios es el sujeto pasivo que es buscado por el hombre. Ambas direcciones del movimiento de búsqueda no son excluyentes, más bien lo contrario, se necesitan y se complementan. Si tomamos como punto de partida de nuestra reflexión la teología cristiana, centrada en la Escritura como alma y fundamento, la iniciativa es de Dios. No es el hombre el que ha salido a buscar a Dios; sino que es Dios quien ha tomado la iniciativa y ha salido a buscar al ser humano. La Escritura no tiene en el centro de su testimonio que el hombre busque a Dios entre luces y sombras, anhelos y deseos, sino que Dios ha iniciado un éxodo para encontrarse con el hombre y hacer alianza con él. Así dice Yahvé según el testimonio del profeta Isaías: «Daba respuesta a los que no me preguntaban, iba al encuentro de los que no me buscaban» (Is 65,1). Antes de que el hombre busque a Dios, ha sido Dios quien ha salido a la búsqueda del hombre. Nuestra búsqueda es un signo de que él antes ya nos ha encontrado.

Esta convicción ha sido repetida por la gran tradición eclesial. El monje cisterciense Bernardo de Claraval en su obra sobre el amor de Dios escribe: «Señor, qué bueno eres para el que te busca! Y ¿para el que te encuentra? Lo maravilloso es que nadie puede buscarte sin haberte encontrado antes. Quieres ser hallado para que te busquemos y ser buscado para que te encontremos. Podemos

buscarte y encontrarte, pero no podemos adelantarnos a ti»¹. Para Bernardo Dios es quien hace que le busquemos y que le amemos, porque antes nos ha buscado y amado él a nosotros. Más adelante, el autor de la *Imitación de Cristo*, se refiere a esta misma idea al escribir: «Tú primero me despertaste para que te buscase». El filósofo y matemático Blaise Pascal ha insistido con fuerza en esta misma idea al decir en sus *Pensamientos* fragmentarios para una filosofía del Cristianismo: «Consuélate. Tú no me buscarías si no me hubieses encontrado»². También la tradición judía ha destacado esta misma idea. Es ya un lugar clásico la cita del rabino y teólogo judío Abraham Joshua Heschel, «Dios está a la búsqueda del hombre. Y la fe en Dios es una respuesta a esta búsqueda que él hace del hombre»³. O la conmovedora afirmación de Simone Weil comentando los versos del himno de Laudes de la semana 34 del antiguo oficio inspirados en el relato de la Samaritana: «*Te sentaste cansado, buscándome...* La idea de una búsqueda del hombre por Dios es de un esplendor y profundidad insondables. Hay una decadencia cuando se la reemplaza por la idea de una búsqueda de Dios por el hombre»⁴.

Dios está a la búsqueda del hombre y nuestra búsqueda de él es ya una respuesta a su búsqueda previa. Él es quien ha recorrido el camino infranqueable e infinito que nos separaba. El hombre puede tener la percepción de que la historia de su encuentro con Dios esta precedida por una búsqueda afanosa y prolongada en el claroscuro y en la penumbra; una búsqueda a tientas. Pero, en realidad, hemos de ser conscientes de que toda búsqueda del hombre en su camino hacia Dios está precedida por la búsqueda de Dios al hombre. Con el gran maestro de Hipona hemos repetido una y otra vez que cada hombre es un corazón inquieto que busca descanso y plenitud en Dios⁵. No podemos objetar nada a esta afirmación. Más bien tenerla en cuenta en nuestro encuentro con los hombres y la misión del anuncio del evangelio. Pero la inquietud más radical y más fuerte pertenece al corazón de Dios que ha salido al camino de la vida de los hombres para hablarnos como amigos e invitarnos a su compañía⁶. Como dice von Balthasar en ese bello himno al Cristo cósmico como corazón del mundo: «Tu corazón se siente inquieto hasta que nosotros descansemos en ti, hasta que el tiempo y la eternidad se confundan sumergidos el uno en el otro»⁷. Nuestra búsqueda, por lo tanto, es siempre una respuesta a una inquietud que Dios ha puesto en el corazón de todo hombre. Hay siempre una precedencia de la presencia de Dios en nosotros. Toda búsqueda del hombre nace de un movimiento previo de Dios. Es, por lo tanto, una respuesta a una presencia anterior e incluso podemos decir que el encuentro con él es el fruto de una mayor inquietud de Dios de encontrarse con el hombre.

En nuestra exposición tendremos presente estas dos perspectivas, aunque no de forma separada: en primer lugar, la iniciativa de Dios buscando al hombre: en la creación, la alianza, el éxodo y el exilio. Todo ello culminado en la persona de Cristo; en segundo lugar, el hombre que busca a Dios en vías y caminos que son eternos y permanentes: en el ser, desde la armonía, la belleza y el orden de la creación y de la vida humana (*vía creationis*); en la historia, comprendida como lugar dramático de encuentro de libertades donde se produce el pecado, el sufrimiento, el sinsentido y la muerte (*vía crucis*); en el exceso de realidad y de sentido de ambos lugares desde la presencia sorprendente de Dios que desde dentro sobrepasa y desborda la creación y la historia de los hombre por el amor (*vía amoris*). Terminamos nuestra exposición con una serie de rasgos que, según nuestra opinión, concretan y caracterizan la búsqueda e imagen de Dios que el hombre tiene en la actualidad: Dios trascendente, humilde y universal.

¹ BERNANDO DE CLARAVAL, *De diligendo Deo*, 7,22.

² B. PASCAL, *Pensamientos*, 919. Edición de M. Parajón, Madrid 1998, 341. Cfr. O. GONZÁLEZ de CARDEDAL, «Dios al encuentro del hombre en Jesucristo», en A. Cordovilla (ed.), *Dios y el hombre en Cristo*, Salamanca 2006.

³ A. HESCHEL, *Dieu en quête de l'homme. Philosophie du Judaïsme*, Paris 1968, 150.

⁴ SIMONE WEIL, «Carta a un religioso», nº 34.

⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* I, 1, 1.

⁶ Cfr. *Dei Verbum* 2;

⁷ H. U. VON BALTHASAR, *El corazón del mundo*, Encuentro, Madrid 1991, 189.

I. DIOS A LA BÚSQUEDA DEL HOMBRE

La Biblia es la historia de Dios que sale a la búsqueda del hombre, creando y haciendo alianza con él; liberándolo de la esclavitud y acompañándolo en el exilio; haciéndose hombre en Jesucristo, quien en nombre de Dios, como Dios mismo en persona, viene a buscar a los que estaban perdidos, abandonándose a sí mismo⁸.

I. Creación y alianza

En el primer libro de la Biblia se nos presenta a Dios creando. Es muy significativo que en ella no se manifieste un interés por mostrar qué estaba haciendo Dios antes de crear el mundo, una cuestión que sólo empezó a tener interés para el movimiento gnóstico alrededor del siglo II. La Biblia no nos revela a un Dios ocioso, no le interesa, sino que desde el principio nos presenta al Dios creador que está preocupado por la vida de los hombres. El Dios creador es aquel que desde el inicio se nos revela como el que quiere salir de sí mismo para poder comunicar su bondad y su amor más allá de su ser divino. No por una necesidad de colmar un vacío, sino por un puro don de su liberalidad. Cuando el relator del libro del Génesis se imagina el principio de todo, el origen, allí narra a Dios creando. El autor del Evangelio de Juan, releando estas páginas del libro del Génesis, da una vuelta de tuerca a esta imagen. Y así, interpreta que en el principio de todo, efectivamente está Dios y junto a él su Palabra, a través de la cual creará todas las cosas y en cuanto hecha carne comunicará a esa realidad creada toda la gracia y la verdad.

Según el relato del Génesis, las primeras palabras de Dios después de que esté finalizada la obra de la creación es la pregunta por la ubicación del hombre: «¿Dónde estás?» (Gén 3,9). El ser humano, varón y mujer, debido al pecado de desobediencia por haber querido de forma impaciente arrebatarse el don a la vida plena que Dios le había prometido como gracia y vocación, pervirtió el designio divino truncando así su situación paradisiaca. Conscientes de su pecado, se esconden de la presencia de Dios al oír sus pasos por el jardín paseándose a la brisa de la tarde. Pero Dios, al sentir su ausencia, se interesa por ellos, sale en su búsqueda. La pregunta «¿dónde estás?» es en realidad la pregunta por el Tú. Dios los quiere como su Tú. Creados libremente por su amor, los quiere como interlocutores y alteridad real de su ser. Dios no es rival del hombre, le deja espacio y libertad para que pueda esconderse de él sintiendo vergüenza de su desnudez mediada ya por el pecado. Dios no es el vigía del hombre que le está esperando a la vuelta de la esquina para violar su intimidad en la caída del pecado. No obstante, el hombre ha sido creado por él como interlocutor real, capaz de comunión y de rechazo, del don de la vida divina y de responsabilidad por sus acciones. ¿Dónde estás?, es en realidad la pregunta por el Tú de Dios⁹.

Pero hay una segunda pregunta que Dios hace al ser humano: «¿Dónde está tu hermano?» (Gén 4,9). Dios, cuando nota la ausencia de Abel, le hace esa pregunta a Caín, la pregunta por el prójimo que nos constituye a los hombres en seres morales¹⁰. Habitualmente hemos pensado que Dios es la respuesta a la pregunta que es el hombre; a este lo hemos considerado inquietud constitutiva de deseo de plenitud y Dios aparecía en el horizonte como respuesta a esta inquietud original. Esta perspectiva es verdadera, pero no podemos olvidar que en el relato del Génesis este esquema se invierte. Es Dios quién pregunta, quien está inquieto por el hombre y por su hermano. Este puede esconderse en el fondo de sí mismo; puede matar a su prójimo por rivalidad, pero siempre tendrá una pregunta que le inquiete desde fuera o desde el fondo de su conciencia como voz de Dios para él: ¿dónde estás?; ¿dónde está tu hermano? La conciencia moral, como pregunta por el lugar personal y la vida del prójimo, es la expresión, como correlato antropológico, de la búsqueda que Dios hace de cada uno de los hombres desde la estructura creacional. Dios nos busca desde el fondo de la conciencia como pregunta existencial por nuestro lugar en el mundo y nuestra responsabilidad por el prójimo. Si Dios

⁸ Cfr. A. CORDOVILLA PÉREZ, *El misterio de Dios trinitario. Dios con nosotros*, BAC, Madrid 2012.

⁹ Cfr. F. ROSENZWEIG, *La estrella de la redención*, Sígueme, Salamanca 1997, 220.

¹⁰ Cfr. E. LEVINAS, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca 2013.

nos busca a través de estas realidades, hay que decir también que ambas experiencias puedan ser entendidas como auténticos caminos del encuentro con Dios: la vía de la interioridad de la conciencia tal y como nos ha dejado descrita de manera magistral Agustín de Hipona y la vía de la exterioridad del prójimo que desde Mt 25 hasta la filosofía de Levinas ha sido una constante en el camino por el que Dios ha querido encontrarse con el hombre y este ha podido hallar a Dios¹¹.

Pero la búsqueda de Dios por el hombre no se limita a este orden creacional y de conciencia. La creación es para la alianza. Como mostraron desde diferentes perspectivas el teólogo Karl Barth y el exégeta Gerhard von Rad, la creación es el presupuesto o fundamento externo de la alianza, de la misma forma que la alianza es el sentido interno de la creación. Dios crea a un hombre libre porque busca la relación personal con él como su verdadero interlocutor. La relación que él quiere instaurar con el hombre es de tú a tú, una relación de alianza que podríamos llamar también una relación teologal. Es verdad que en la primera alianza con Noé ésta es unilateral, aunque siempre es un pacto que se remite a otro (alteridad). Dios promete por sí mismo y se compromete por su propia realidad a establecer una alianza eterna con la humanidad: «Establezco mi alianza con vosotros: nunca más volverá a ser aniquilada la vida por las aguas del diluvio» (Gén 9,11). No obstante, la naturaleza de esta nueva relación se desvela realmente en la que Dios instaure con Abrahán: «Establezco mi alianza entre tú y yo» (Gén 17,4), «entre yo y vosotros» (17,10). La expresión decisiva es la preposición *entre* que indica relación, reciprocidad, diálogo, vinculación mutua. Dios no es sólo quien se siente preocupado por el hombre y su lugar en el mundo, sino que ha querido vincularse a él en un pacto instaurado por él mismo. El contenido de la alianza no es un código, ni una serie de mandamientos y de normas – estos son siempre medios que sellan o conducen a la relación adecuada entre ambos- sino más bien una relación íntima y personal. Dios mismo se compromete a ser el Dios *de* ellos: «El pacto que hago contigo y que haré con todos tus descendientes en el futuro es que yo seré siempre tu Dios y el Dios de ellos» (Gén 17,7), que se expresará después en la fórmula repetida en el contexto de la realización y ratificación de la alianza: «yo tu Dios, vosotros mi pueblo». Dios ha creado un interlocutor autónomo y libre para poder iniciar con él una historia de amor y de alianza. Dios pregunta por el hombre para establecer con él una alianza de comunión, un encuentro en alteridad y reciprocidad. Para eso tiene que elevarlo a la capacidad de ser digno de él, de ser un auténtico interlocutor suyo, en definitiva de ser capaz de participar en la vida divina, porque en esto consiste finalmente la alianza, la vocación para la que el hombre había sido creado: «ser como dioses, hijos del Altísimo» (cfr. Gén 3,18; Sal 82,6). La pregunta por el Tú, que Dios hace a Adán, en realidad es respondida por Abrahán, cuando en respuesta a la llamada de Dios por su nombre, contesta: «Aquí estoy» (Gén 22,1). Hemos sido creados para ser llamados, para ser alianza, Tú de Dios, respuesta a la llamada divina con la totalidad de nuestro ser. Franz Rosenzweig lo ha expresado con admirable hondura y elegancia: «El hombre que al *¿dónde estás?* ha contestado con el silencio, como un Sí-mismo obstinado y empedernido, responde ahora, cuando se le llama por su nombre y dos veces, con una determinación suprema, insuperable, todo él abierto. Todo él extendido, todo él dispuesto, todo él alma: *Aquí estoy*»¹².

2. Éxodo y Exilio

Dios no ha salido a buscarnos sólo a través de la realidad de la creación, sino que lo ha hecho a través de la historia de pecado y gracia, de elección y caída, de posesión y destierro. Aunque la historia de la creación y de la alianza ya deja lugar para el encuentro dramático entre Dios y el hombre producido por el pecado, este drama se percibe en toda su hondura de forma especial en la historia del Éxodo y del Exilio. Dios sale a la búsqueda del hombre allí donde este se encuentre, para revelarse allí de forma más honda todavía, más cercana a su ser; para sacar y rescatar al hombre de la situación negativa en la que estaba sumergido y conducirlo desde ahí de nuevo a la vocación para la que lo había

¹¹ Ambas vías fueron asumidas por el Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* en el capítulo I: *La dignidad de la persona humana*, especialmente en el número dedicado a la dignidad de la conciencia moral (nº16) y en el capítulo II: *La comunidad humana*, especialmente en el número dedicado al respeto de la persona humana (nº 27).

¹² F. ROSENZWEIG, *La estrella de la redención*, o. c., 221.

creado: la filiación y desde ella la fraternidad. ¿Hasta dónde está dispuesto a ir Dios para buscar al hombre esclavizado y desterrado? Dios se hace al camino con su pueblo a través de un inmenso desierto para sacarlo de la esclavitud y conducirlo a la tierra prometida; Dios se liga al destino de este pueblo que es desterrado a la diáspora para al experimentar con él el destierro, revelándose a Israel y a todas las naciones desde el ocultamiento de su poder y reiniciar así la guía al destino prometido (nuevo éxodo).

El libro del Éxodo ha sido considerado con razón como «el Evangelio del Antiguo Testamento» en el sentido de que este anuncio de salvación constituye el fundamento de la fe de Israel (cfr. Ex 13,14s)¹³. Éxodo es el término griego que dieron los traductores del AT en la LXX al segundo libro de la Biblia. Es evidente que con esta palabra querían hacer referencia a la salida de Egipto del pueblo de Israel. Pero desde nuestra perspectiva podemos hablar más bien del éxodo y la salida de Dios para rescatar a Israel del yugo de la esclavitud y guiarlo de nuevo al don de la promesa más allá de todo intento de dominación exclusivista o posesión idolátrica. El texto que nos narra el encuentro del Señor con Moisés en la zarza es muy elocuente: «Yo *he visto* la miseria de mi pueblo en Egipto, *he escuchado* el clamor ante sus opresores y *conozco* sus sufrimientos. *He bajado* para liberarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa» (Ex 3,7-8). Los sustantivos y adjetivos que describen la situación del pueblo de Dios son significativos: miseria, opresión, sufrimiento, clamor, pero todavía lo son más los verbos que describen la acción de Dios: ver, escuchar, conocer, bajar para liberar y para subir. Todos ellos indican una acción de atención y de inclinación hacia los hombres, hasta el punto que desde la luz del Nuevo Testamento nos parecen un anticipo del misterio de la encarnación. Al antropomorfismo de ver a Dios paseándose por el jardín del Edén, enfureciéndose por la maldad que domina toda la tierra, arrepintiéndose de haber creado al hombre y estableciendo un pacto definitivo con él, hay que añadirle ahora este cuadro pintado en el libro del Éxodo. ¿Qué significa esta representación antropomórfica de Dios? ¿Es una imagen naif de Dios que hay que abandonar en la edad adulta o, por el contrario, la expresión profunda y evolucionada de que Dios es siempre el Dios de los hombres, vuelto hacia ellos que no sólo se interesa por su situación, sino que sale en su búsqueda para comprometerse eficazmente por él y su salvación? La tradición judeocristiana ha pensado más bien en esto segundo, hasta el punto que ha visto en ella un preludio del Dios encarnado¹⁴.

La presencia de Dios en el Exilio hay que verla desde esta misma perspectiva. Si la destrucción del templo y el exilio de la tierra prometida son signos evidentes de que Dios ha rechazado a Israel, castigándolo por sus pecados, la pregunta que se hace el pueblo de Dios es evidente: ¿dónde está Dios en este momento de catástrofe absoluta? La respuesta es asombrosa: Nos ha acompañado en el destierro. Su gloria ha abandonado el lugar bello y pacífico del templo (Cfr. Ez 11,22-24) para hacerse al camino con Israel y padecer con él el exilio, abriendo desde este lugar de abandono y oscuridad el camino de un nuevo éxodo más portentoso y significativo que el anterior¹⁵. La tradición judía ha entendido que desde esta presencia de la gloria de Dios en medio de su pueblo, desde la doctrina de la *Shejiná*, por la que Dios desciende a establecerse entre los hombres y habitar con ellos, «el propio Dios se escinde de sí, se entrega a su pueblo; sufre con él sus penas, va con él a la miseria del extranjero, comparte sus peregrinaciones... Dios mismo al *venderse* a Israel y sufrir con él su destino, se hace a sí mismo necesitado de redención»¹⁶. Dios no abandona a su pueblo a su suerte, sino que se solidariza radicalmente con él al asumir sus pecados en primera persona o a través de un mediador

¹³ TOB, «Introduction à l'Exode», Du Cerf, Paris 2010, 127.

¹⁴ Cfr. U. MAUSER, *Gottesbild und Menschwerdung. Eine Untersuchung zur Einheit des Alten und Neuen Testaments*, Mohr Siebeck, Tübingen 1971.

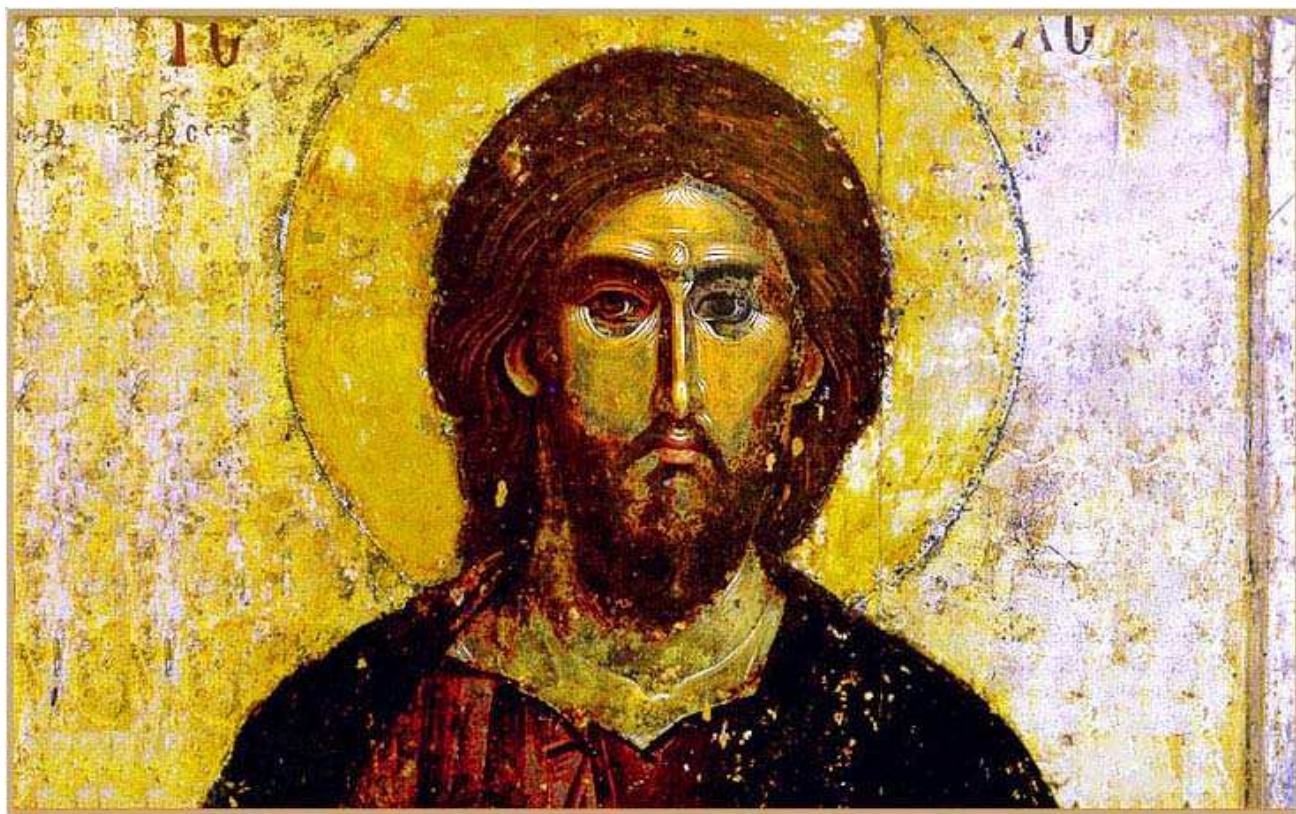
¹⁵ La teología judía y la doctrina cabalística de la *Shejiná* ha intuido aquí una auto-humillación de Dios. En virtud de la doctrina de la *Shejiná* el Judaísmo afirma que Dios está presente en medio de Israel marchando al destierro con él. En el Cristianismo esta doctrina ha sido asumida especialmente por J. MOLTSMANN, *Trinidad y reino de Dios*, Sígueme, Salamanca 1987, 42-43. La obra clásica sobre esta es la de P. KUHN, *Gottes Selbsterniedrigung in der Theologie der Rabbinen*, Kosel, München 1968.

¹⁶ F. ROSENZWEIG, *La estrella de la redención*, o. c., 480.

privilegiado escogido por él como representante del pueblo y de su acción¹⁷. La experiencia del Exilio ha sido capaz de generar en la literatura de Israel esos cánticos del Siervo de Dios que ya han quedado para siempre como obras maestras de la literatura religiosa. Israel los ha comprendido como cuadro y expresión de la acción misericordiosa de Dios que carga sobre sus espaldas el pecado de los hombres. No son expresión de una violencia sacralizada, sino de la solidaridad de Dios hasta el extremo de padecer con las consecuencias del pecado de sus hijos. De esta forma, toda situación de soledad, de abandono, de pecado y de muerte ha sido trasformada de tierra de perdición en lugar de encuentro con Dios, donde él nos busca para al asumir con nosotros nuestras flaquezas, transformándolas y sanándolas desde dentro.

3. Jesucristo

Todo este camino y salida de Dios de sí mismo para encontrarse con el hombre a través de la creación y la alianza, el éxodo y el exilio, se culmina en Jesucristo. Él es la expresión visible y permanente de que Dios siempre está en búsqueda hacia el hombre. Esta fue la experiencia de Agustín, tal y como narra en las Confesiones: «Tu Hijo, mediador tuyo y nuestro, por quien nos buscaste cuando no te buscábamos y nos buscaste para que te buscáramos»¹⁸. En él y desde él sabemos que Dios es pro-existente, es decir, ser y vida volcados hacia los hombres para que ellos sean y existan. La persona de Jesucristo son las entrañas compasivas enviadas por Dios al mundo (testamento de los Doce Patriarcas) para curar y sanar al hombre que ha quedado golpeado al borde del camino. Como dice el Testamento de los Doce Patriarcas: «En los últimos días Dios enviará sus entrañas a la tierra»¹⁹. Él se ha convertido en el hijo perdido para salir así a buscar a todos los perdidos y extraviados que ya no tienen la capacidad para volver sobre sí mismos, iniciar un diálogo interior,



¹⁷ De todos ellos la cima en expresión literaria y densidad teológica se encuentra en Is 52,13-53,12.

¹⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* XI, 2, 4.

¹⁹ *Testamento de Zabulón* 8,2. También *Test Nepht* 4, 5; *Test. Lev* 4, 4. Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *Gloria 7. Nuevo Testamento*, Madrid 1989, 74. Un comentario sobre estos textos lo ofrece O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, 32001, 59-61.

levantarse y ponerse de nuevo en ruta hacia la casa del Padre (cfr. Lc 15,31s). Cristo es Dios en búsqueda del hombre. Cuando él tenga que justificar sus acciones y opciones mesiánicas ante las autoridades religiosas y representantes de lo divino, afirmará que ha venido a buscar a quien estaba perdido (cfr. Mc 2,17par). ¿Pero cómo ha realizado esta búsqueda? Arriesgándolo todo.

Cristo va a salir al encuentro de los hombres, perdiéndose a sí mismo y derrochando su vida en el camino de la cruz. Al introducirse voluntariamente en la noche de las tinieblas va en busca de todos los perdidos para que también a estos, a todos, les alcance la misericordia del Padre. El escándalo que provocó Jesús al compartir la mesa con los publicanos y los pecadores se consume y se descifra desde el escándalo de la cruz provocado por Jesús al poner su propio cuerpo como mesa y cercanía perenne para los pecadores. En la cruz, el Padre, por medio de su Hijo, ha salido al encuentro de todos los que se hallan extraviados del camino de la vida, y en sus brazos abiertos en el madero de la cruz, ha abrazado a todos los hombres. De esta manera nos ha mostrado claramente que la iniciativa para que nos encontremos con él es exclusivamente suya. Ya no hay distancia ni lejanía última que pueda hacernos pensar que hemos sido abandonados por Dios. Dios mismo la ha recorrido en la persona de su Hijo. Si él es el Abandonado por Dios, es para en él todos seamos encontrados por el Padre. En Jesucristo ya no sólo se nos revela el Dios que busca, sino el que se pierde para encontrarnos definitivamente.

II. EL HOMBRE A LA BÚSQUEDA DE DIOS

El hombre ha buscado a Dios desde que tiene conciencia de su humanidad, aun cuando lo haya nombrado de forma diversa (pluralismo religioso) y lo haya buscado por caminos que lo per-vierten (idolatría). ¿Cuáles son los caminos por los que el hombre puede buscar y encontrar a Dios? ¿Qué vías puede seguir para alcanzar la realidad santa que le atrae y que le consume otorgándole la plenitud anhelada? Hay tantos caminos como seres humanos, ya que el lugar último en el que todas las vías concluyen es el hombre mismo. Como dijo el poeta León Felipe, Dios guarda para cada hombre un camino virgen e inexplorado²⁰. Si Dios ha salido a buscar al hombre haciéndose él mismo uno de nosotros, no hay razón para escapar de esta naturaleza humana que nos constituye cuando salimos en búsqueda de Dios. Todos los caminos que no pasen por ella –aunque no se reduzcan a ella ni se que queden en ella– no nos entregarán al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que precisamente ha querido buscarnos y encontrarnos en nuestra concreta humanidad. Trascendencia e inmanencia, naturaleza e historia, exterioridad e interioridad, sentido y deseo, libertad e indigencia, belleza y sufrimiento, luz y noche todos estos son caminos posibles para el hombre a la hora de iniciar la búsqueda de Dios y encontrarse con él. Pero todos ellos remiten al hombre concreto, como quien los vive y los padece; él es quien es lanzado más allá de sí mismo o provocado a que entre en las moradas más íntimas de su conciencia; él es quien al contemplar la belleza del mundo es arrebatado hacia lo alto, o al desear la realidad honda que lleva en su corazón es colmado y conducido más allá de su deseo. Y esto es así, no porque el hombre sea realmente quien da la medida de Dios, y tenga Dios que limitarse a los límites de la pura humanidad, sino porque Dios de forma libre y gratuita ha querido que el ser humano sea su gramática y su destinatario (Karl Rahner)²¹. Desde esta raíz antropológica única articularemos los infinitos caminos que se abren en tres perspectivas que remiten a las vías clásicas, ya que por más vueltas que le demos, en ellas se reducen todos los caminos para el encuentro con Dios, ya que de alguna forma se corresponden a la vez con la manera como Dios busca a los hombres.

I. *Via creationis*

Dios nos busca a través de la palabra de la creación orientada hacia la alianza. A este lugar de salida de Dios le corresponde la *via creationis* como camino de búsqueda para el hombre. La clave de esta vía

²⁰ LEÓN FELIPE, *Versos y oraciones de caminante* (1920).

²¹ Cfr. K. RAHNER, «Para una teología de la encarnación», en Id., *Escritos de teología* IV, Cristiandad, Madrid 2002, 139-157.

está en la capacidad de descubrir la armonía y la belleza de la realidad creada como un signo que remite a su Autor. La teología de la sabiduría creadora expresada en el libro de la Sabiduría y en la Carta a los Romanos afirma que en la creación hay signos y señales que en el ejercicio de la libertad humana pueden conducirnos a Dios como Creador, fin y fundamento de todas las cosas (Cfr. Sab 13; Rom 1). La razón está en la certeza de que todo ha sido hecho por esta palabra y sabiduría de Dios. Esta teología fue asumida por el Cristianismo en la Edad Antigua y se prolongó hasta el Medievo para comprender la fe cristiana en una relación de continuidad y parentesco con la razón humana y poder fundamentar así la pretensión de verdad en el anuncio del Evangelio. Su intención no fue minusvalorar el camino concreto de conocimiento de Dios por medio de la persona concreta y particular de Jesucristo, sino más bien, tomando a Jesucristo como único mediador, tratar de comprender la dimensión universal de la fe cristiana y abrir una vía plausible de conocimiento de Dios para aquellos que no pertenecían a la fe cristiana. De aquí nace la teoría de la presencia del Logos creador en toda realidad creada y en la conciencia de todo ser humano como condición de posibilidad para un reconocimiento libre en el acto específico de la fe en el Dios de Jesucristo.

En la actualidad, a pesar de los avances que se han dado en las ciencias de la naturaleza y de la diferente comprensión de la armonía y la belleza en la estética contemporánea, esta *via creationis* como camino de encuentro con Dios sigue abierta. Hoy no podemos regresar sin más a la síntesis de la Iglesia Antigua para quien todo, en su orden y armonía, era sacramento del encuentro con Dios. Pero sí podemos asumir la convicción de que todo lo creado tiene capacidad para hablar y llevarnos a Dios (*omnia disce*) mediante una necesaria traslación (*traslatio*). De hecho, la palabra que ha dominado esta idea ha sido analogía, es decir, palabra y realidad llevada hacia arriba después de una determinada purificación. Por esta razón, esta vía, más que una demostración de la existencia de Dios, hay que entenderla como una huella e imagen que nos conduce al Creador, una flecha o indicador hacia la Trascendencia²². No hay camino directo a Dios desde la creación. Hay que realizar un ejercicio de traslación que la teología ha comprendido en tres momentos como afirmación, negación y eminencia²³. Ni la contemplación estética ni la investigación científica pueden conducirnos sin más a la prueba de la existencia de Dios ni a su refutación. Hay que insistir en que son vías, es decir, caminos que el hombre tiene que recorrer y donde entra en juego el conocimiento humano en su integridad: razón, sensibilidad, libertad y no sólo pruebas irrefutables de existencia o vacío.

En esta *via creationis* los signos que nos lleven a Dios pueden ser diferentes pues es toda la realidad creada la que tiene esta capacidad para conducir a su Creador. Estos signos pueden basarse en la belleza y armonía de las cosas, en la profundidad de la memoria, en el interior de la conciencia, en la lógica interna que encontramos en el estudio de la realidad, en el sentido último de la vida, en la provocación y en la llamada a la responsabilidad desde la exterioridad sea de la ecología (creación) o de la ética (prójimo). En este sentido, y a pesar de que remiten a realidades diferentes, la experiencia estética, ética y lógica como lugar de encuentro con Dios en el mundo, tienen como presupuesto común y fundamental que la realidad creatural tiene una capacidad para hablar y remitir a lo divino. En este sentido, la belleza, la bondad y la verdad han sido y serán siempre caminos para el encuentro con Dios. La *belleza* en su dimensión de percepción estética de una realidad singular e irrepetible (obra de arte, pieza musical, persona,...) o de armonía de las leyes de la vida y del universo (cosmología); la *bondad* como voz interior que remite a la conciencia ética del individuo o como llamada externa al cuidado del prójimo y de la creación de la que en su vulnerabilidad no me puedo desentender; la *verdad* como luz última que percibimos en el orden de la realidad mundana gracias a su estudio riguroso y científico o como coherencia de vida que se ajusta de forma humilde al ser de las cosas y de uno mismo. Todas estas experiencias humanas que remiten a las propiedades trascendentales del ser son caminos para el encuentro con Dios cuando son vividas en hondura y con sentido.

²² Cfr. P. RODRÍGUEZ PANIZO, «La contemplación de la naturaleza: Aspectos mistagógicos», en J. García de Castro-S. Madrigal (eds.), *Mil gracias derramando. Experiencia del Espíritu ayer y hoy*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2011, 527-540.

²³ Concilio Lateranense IV, Denzinger-Hünnerman 806; TOMÁS DE AQUINO, *Summa Contra gentiles* I, 30.

2. *Via crucis*

La vida humana no es siempre armonía y belleza, sino que está llena de experiencias de contingencia, dolor y fracaso. Por esta razón, a la hora de plantear las vías o caminos para el encuentro con Dios, no podemos eludir el aspecto negativo de la vida humana, los límites de la realidad finita. La experiencia humana se topa tantas veces con los límites y las sombras, ya sean estas fruto de la misma naturaleza creada o del ejercicio de la libertad humana, que difícilmente puede dejarlos de lado cuando busca las huellas de Dios en el mundo. El hombre a pesar de su sed de trascendencia y deseo de infinitud se experimenta encerrado en sus propios límites finitos; el dolor padecido a lo largo de la vida es demasiado intenso y está demasiado extendido como para pensar que el destino de los hombres es la felicidad; la muerte, más bien, parece que es el destino último de los seres humanos. ¿Dónde queda la belleza y armonía de la creación como camino y vía para hallar a Dios en todas las cosas? ¿No rompen estas sombras la posibilidad del encuentro con Dios? La teodicea que no pasa por la experiencia de Job no ha llegado todavía a la madurez en la experiencia religiosa de saber encontrar a Dios como misterio mayor de lo que nosotros podemos pensar, misterio personal que se deja encontrar desde la diatriba y el diálogo más allá de la armonía y de los límites de la realidad finita desde una gracia gratuita y una auténtica soberanía²⁴.

Hay que reconocer que la conciencia del límite y la experiencia del mal supusieron una auténtica crisis en el hombre moderno que le impedía caminar con facilidad por los clásicos caminos por los que antes encontraba a su Dios. Para los grandes intérpretes de la aventura del hombre en la Modernidad los lugares clásicos de la experiencia y el conocimiento de Dios pasaron a ser considerados caminos cerrados que conducían a la nada y al sinsentido, cuando no apuntaban en la dirección contraria como prueba de la no existencia de Dios. No hay belleza, ni bondad, ni verdad, sino fealdad, maldad y mentira. O al menos no las hay como realidades absolutas, sino mezcladas con sus opuestos. ¿Pueden ser estos realmente caminos y vías para el encuentro con Dios? ¿No nos prueban precisamente lo contrario: que Dios no existe? Y si existe, ¿qué Dios es este que permite este tipo de situaciones negativas?

No se puede responder fácilmente a estas cuestiones que hicieron mella en el hombre moderno y que de alguna u otra manera siguen formando parte el acerbo de muchos contemporáneos. El cristianismo de hecho no ha respondido directamente a estas cuestiones desde una determinada filosofía como respuesta teórica y especulativa al problema del mal, sino más bien de una forma práctica en una doble dirección. En primer lugar, afirmando que Dios está presente en medio de esa situación de dolor y sinsentido para asumirla sobre sí y transformarla desde dentro. Así, por ejemplo, el sufrimiento, de piedra y fundamento para el ateísmo, ha sido comprendido en un lugar especial de la revelación de Dios, quien al hacerse solidario del sufrimiento de los hombres, acompañándolos hasta el final, se nos revela más plenamente como lo que él es en su ser más íntimo, como el *Deus pro nobis*. En segundo lugar, quienes confiesan a ese Dios ahí presente en medio de esas realidades dolorosas y sufrientes han de implicarse también en su transformación. Que Dios esté presente en una situación injusta, revelándose ahí de una forma más plena y auténtica en la verdad de su ser, no significa que esa situación pueda quedar sacralizada. Más bien sucede lo contrario, ya que somos invitados desde la imitación de Dios a compartirla solidariamente y luchar de una forma eficaz por su cambio.

Si el cristianismo en la época antigua buscó a Dios desde el orden y la armonía de la realidad (cosmos), en la época moderna ha tenido una especial sensibilidad por asumir el aspecto negativo de la vida humana como lugar y camino del encuentro con Dios (cruz). Aquí no se nos revela Dios como garante de los trascendentales del ser, sino más bien como el Dios escondido (*Deus absconditus*), es decir, presente en lugares y caminos donde no podíamos siquiera sospechar ni intuir que estuviera allí. A Dios se le encuentra en el lugar donde no se le esperaba: en aquellas situaciones que fruto de la libertad de las acciones humanas o de la contingencia de la realidad creada se han convertido en

²⁴ E. SANZ, «Hablar, escuchar, contemplar: Job e Ignacio de Loyola», en J. García de Castro-S. Madrigal (eds.), *Mil gracias derramando*, o. c., 107-120; esp. 112-116.

lugares de horror, violencia y sinsentido. Por eso dice el profeta Isaías desde la experiencia del Exilio y la destrucción del lugar privilegiado del encuentro con Dios, el Templo, «Es verdad, tú eres un Dios escondido...» (Is 45,15). Dios se revela en la medida en que se oculta. El Dios de Israel, el Dios Salvador, es un Dios que se esconde y se manifiesta en esa dialéctica de ausencia y de presencia²⁵. Dios no siempre se nos revela en la diafanidad de su ser desde la armonía y la belleza de la realidad, sino que se manifiesta como un Dios escondido y oculto en los pliegues de la historia y en las fallas de la vida. Como le gusta decir al papa Francisco, en las periferias del mundo y de la existencia.

3. *Via amoris*

Pero no podemos esperar a Dios siempre en el lado oscuro de la vida, en sus pliegues y en sus fallas, en la periferia. Porque cuando el hombre alcance el centro, la plenitud, la madurez lo comprenderá como superfluo e innecesario. En el siglo pasado Dietrich Bonhoeffer y Xabier Zubiri, cada uno a su modo, nos mostraron que si utilizamos siempre este camino para encontrar a Dios podemos convertirlo en un sucedáneo de lo que los hombres no somos capaces de darnos a nosotros mismos; en un complemento de existencia, en un tapagujeros. Por eso hay que afirmar con la propia vida que Dios no está sólo allí donde la razón humana no llega, donde la vida personal se quiebra, o donde la historia se bloquea en un dramático sinsentido. Él ha de ser reconocido no sólo en el límite de nuestras posibilidades, sino en el centro de nuestra vida (Bonhoeffer)²⁶, allí donde alcanza su más plena realidad y auténtico sentido (Zubiri)²⁷. Pero todavía podemos dar un paso más allá. Debemos buscar a Dios en el exceso de la vida humana, en su pulsión hacia *lo más (magis)*, en esa periferia última donde nosotros ya no somos más ni dueños ni la medida de la realidad: la *via amoris* (Balthasar)²⁸.

Con esa expresión queremos referirnos precisamente a este exceso de la vida humana que le lleva a salir fuera de sí mismo e ir más allá de los límites de la realidad creada. Este camino remite allí donde los hombres experimentamos que el mundo no es suficiente no porque este no tenga sentido en sí, sino porque el ser humano descubre que hay un anhelo mayor, un deseo de un amor mayor, de una plenitud mayor, de una realidad mayor (*caritas*). En todo ser humano hay una pulsión hacia un «*magis*», hacia la plenitud acabada (*salus*). En la Escritura este anhelo aparece de formas muy diversas, aunque ha quedado expresado de forma magistral en el deseo de llegar a ser como Dios, según el relato del libro del Génesis (Gén 2,8). Hoy podemos expresarlo de muchas maneras, pero para el cristianismo una cosa es cierta, Dios mismo esta sosteniendo y alentando ese deseo, no como un celoso guardián de un paraíso privado, sino como fundamento y garante de que ese deseo no se puerter quedándose y acomodándose en estadios inferiores o intermedios o que se malogre al buscarlo por caminos que finalmente pierdan al ser humano. Quizá esta sea una dimensión que la Iglesia en la época contemporánea tenga que insistir, sin olvidar ni eludir los dos aspectos anteriores. Dios no sólo está como fundamento de la armonía de lo creado o dando sentido a una existencia humana que en determinados momentos tiene que asumir la prueba del sufrimiento, del dolor y de la

²⁵ Cfr. L. A. SCHÖKEL-J. L. SICRE, *Profetas. Comentario*, vol. I., Madrid 1987, 303.

²⁶ Cfr. D. BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Salamanca, Sígueme 2008, 174-175: «Dios no es un tapahuecos; él debe ser reconocido no sólo en los límites de nuestras posibilidades, sino también en el centro de nuestra vida; él quiere ser reconocido en la vida, no sólo en la muerte, en la salud y en la fuerza, no sólo en el sufrimiento, en la acción y no sólo en los pecados. El fundamento de esto está en la revelación de Dios en Jesucristo. Él es el centro de la vida y de ninguna manera ha venido a nosotros a responder a las cuestiones que no tienen solución (29. 5. 1944)».

²⁷ Cfr. X. ZUBIRI, *El problema teológico del hombre: Cristianismo*, Alianza, Madrid 1999, 18-19: «El Cristianismo se dirige primariamente al ser entero del hombre y no a su caída en pecado y menos aún a sus fallas de su vida. El Cristianismo no es la argamasa que remienda las fisuras de la vida. El Cristianismo, a mi modo de ver, dirá al hombre actual que su vida es lo que es precisamente porque el ser del hombre es deiforme; y lo es no en sus fracasos sino primaria y fundamentalmente en sus propios logros. Y entonces una cosa es clara. El punto de coincidencia entre el hombre actual y el Cristianismo no es la *indigencia* de la vida sino su *plenitud*. Cuando la vida se asienta más sobre sí misma, es entonces cuando formalmente está siendo más en Dios y con Dios».

²⁸ Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 2011, 55-64.

muerte, sino que él es el exceso mismo de la realidad; a él lo encontramos ante todo en el exceso de realidad y de sentido²⁹.

La filosofía moderna ha hecho que la cuestión de Dios fuera pensada no en relación con la estructura de la realidad, sino con la cuestión del sentido de la vida y existencia humana. Pero hay que afirmar siguiendo al teólogo belga Adolphe Gesché que Dios no es sin más el funcionario del sentido. Esto sería una manera burda de instrumentalizar a Dios (idolatría)³⁰ y manifestaría a la vez poca confianza con la realidad humana. Dios y el sentido (el hombre en busca de) están en una relación mutua, pero indirecta, de tal forma que podemos hablar de una antropología del sentido y una teología del don, que respete la autonomía, la libertad y la gratuidad de ambas realidades. Dios no es el funcionario del sentido, pero sí el garante para que el sentido no se cierre sobre sí, de abrirlo a una realidad que le excede y le sobrepasa, le pre-cede y le ex-cede³¹. Dios lleva al hombre al exceso, a hacer que se mida no desde las medidas de este mundo o desde sí mismo, sino que lo haga desde el *magis* del amor de Dios revelado en la persona de Cristo. No podemos convertir a Dios en una realidad necesaria que viene a dar respuesta sin más a nuestra pregunta por el sentido o a colmar sin más nuestro deseo. Lo propio de la fe cristiana no es el sentido ni el deseo, sino el don, el exceso, la gratuidad. Es evidente que los asume, pues sin ellos no sería humana, pero muestra que Dios está más acá, como fundamento, y más allá, como destino, de la búsqueda del sentido y de la realización del deseo de la



²⁹ Uno de los autores que más ha insistido en esta idea en la teología contemporánea quizá haya sido A. GESCHÉ con su obra titulada *Dios para pensar*, vols. I-VII (Sígueme, Salamanca 2002-2010).

³⁰ El análisis que este autor hace sobre la idolatría en el mundo actual, referido especialmente a Occidente, me parece excelente cfr. A. GESCHÉ, *Dios para pensar* II, *Dios – El cosmos*, Salamanca 1997, 139-147.

³¹ En este mismo sentido se pronunció A. Vergote en su diálogo con la postura de H. de Lubac sobre el deseo de Dios y la finalización religiosa que hay en el hombre. Cfr. A. VERGOTE, «De la finalité religieuse en l'homme», *Explorations de l'espace théologique*, Leuven University Press, Leuven 1990, 273-303.

vida humana.

Y es aquí donde aparece el amor como vía esencial para el encuentro con Dios. El amor que ya fue caracterizado por Rahner como palabra epocal, es decir, una de esas palabras radicales que tienen la capacidad de decir a la vez lo que el hombre piensa sobre Dios, sobre el mundo y sobre sí mismo. Una palabra cargada de sentido y sobrecargada por su abuso. Desde ella Benedicto XVI ha querido centrar el contenido esencial del Cristianismo (*Deus caritas est*) y la tarea fundamental de la Iglesia (*Caritas in veritate*). Hablamos del amor no como el sentimiento romántico que nos atrapa perdiendo la razón, ni el enigma existencial que termina en la tragedia, sino más bien como experiencia de lo gratuito y de lo inmerecido, el encuentro con lo inesperado y lo sorprendente. El amor es la forma plena y lograda de realización de la vida humana cuando a ejemplo de la vida divina uno se da hasta el final para que otros sean y tengan vida. Se trata del amor como entrega y no como posesión o dominio del otro mediante los lazos afectivos. Un amor que se nos ha revelado en toda su gloria y belleza en la entrega de Jesucristo en la cruz, otorgando así sentido a toda posible situación de la vida humana. De esta forma, la *via amoris* recapitula la *via creationis* y la *via crucis*, pues en realidad en el hombre no se dan nunca totalmente separadas ni mucho menos pueden ser entendidas en alternativa. El verdadero amor se goza con la belleza de la creación, asume el sufrimiento de la vida y vive siempre pendiente del propio misterio que lo envuelve y lo deja siempre abierto a una futura consumación.

III. LA BÚSQUEDA DE DIOS EN LA CULTURA ACTUAL

I. Crisis de Dios

En este cuadro sistemático que de alguna u otra forma se mantiene a lo largo de la historia con sus acentos y diversas perspectivas, podríamos señalar finalmente algunos rasgos de esta búsqueda que el hombre actual hace de Dios. Porque una cosa es clara. Si bien es cierto que no tenemos una imagen plena y clara de Dios, la sociología de la religión nos muestra que Dios o lo divino han vuelto. Uno de los últimos grandes teólogos del siglo XX, el jesuita Joseph Moingt dice acertadamente que hemos pasado del luto por la muerte de Dios a su desvelamiento en la cultura actual³². Los sociólogos hablan de una des-secularización como fenómeno sorprendente de finales del siglo pasado, que hace que las tesis más duras y radicales de la progresiva secularización del mundo tengan que ser redefinidas³³. Esto no significa que la secularización no siga teniendo su fuerza a la hora de comprender el mundo en sus relaciones políticas, económicas y sociales fundamentales. Ni que podamos volver a formas sociales de la religión o de la fe en Dios anteriores a este proceso de secularización que hemos vivido en occidente desde el siglo XVIII. La situación es nueva. Y todavía no sabemos qué significa realmente para la fe cristiana esta “vuelta de lo divino” o de “lo religioso” a la vida de los hombres incluso dentro del ámbito público, porque esto no tienen que llevar necesariamente al Dios revelado en Jesucristo.

Por esta razón, no es extraño que algún sociólogo de la religión afirme: «No es que Occidente no crea; al contrario la gente hoy cree en casi todo»³⁴; o que el teólogo alemán Johann Baptist Metz se haya atrevido a formular que dentro de este retorno de lo religioso lo que nuestra cultura está padeciendo es una auténtica *crisis de Dios, una crisis de Dios con tintes religiosos*. Ésta se expresa de formas muy diversas, como crisis del universo moral, crisis de la cultura o crisis del lenguaje³⁵. El

³² J. MOINGT, *Dios que viene al hombre, I. Del luto al desvelamiento*, Sígueme, Salamanca 2005.

³³ Cfr. P. L. BERGER (ed.), *The Desecularization of the World. Resurgent Religion and World Politics* (Michigan 1999); D. POLLACK, *Säkularisierung – ein moderner Mythos?* (Tübingen 2003); D. MARTIN, *On Secularization: Towards a Revised General Theory* (Ashgate, Oregon 2005).

³⁴ U. BECK, *El Dios personal* (Paidós, Barcelona 2009) 180.

³⁵ Cfr. J. B. METZ, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista* (Sal Terrae, Santander 2007) 78-86. El autor se muestra bastante crítico con la actual proliferación del sentimiento religioso, si no va unido a un Dios personal, que nos remite a un logos encarnado, a la *memoria passionis*, a la moral que tiene en su centro la sensibilidad y la memoria por las víctimas de la historia, pues solo desde esa historia y desde esa memoria podemos hablar bien y

eslogan popular de hace unas décadas que rezaba «Cristo sí, Iglesia no», que manifestaba una crisis institucional y de pertenencia en la creencia religiosa, se ha convertido en «Religión sí, Dios no»³⁶, que manifiesta desde luego una crisis todavía mucho más radical³⁷. Por eso, podemos decir que la vuelta de Dios al espacio cultural en Occidente es una realidad ambigua³⁸. Si bien hemos pasado del luto por su muerte a la posibilidad de su desvelamiento, no podemos olvidar que nuestra época sigue caracterizada como de una crisis de Dios.

2. Algunos rasgos de esta búsqueda

En esta crisis se dan una serie de rasgos dominantes que como en toda época de crisis son ambiguos y están pendientes de solución. En un intento y esfuerzo de sistematización que como es obvio lleva un elemento de simplificación me atrevería a hablar de tres tendencias, que tienen su límite y su posibilidad. La primera camina en la búsqueda de un *Dios trascendente*, como misterio incomprensible que está más allá de nuestro mundo cotidiano (Dios extraño)³⁹. Un Dios sin rostro ni palabra desde la que los hombres podamos cosificar su misterio cayendo en la idolatría. Un Dios sin rostro que se nos revele en su ocultamiento, después de un cansancio y agotamiento de representaciones anteriores que más que acercarnos a él nos alejaban. Un Dios sin palabra que nos invita a acoger su silencio como una forma de presencia y a dejar espacio para la presencia del Espíritu que está más allá del Verbo⁴⁰. Hay en esta tendencia una verdad de fondo que nos indica que Dios es siempre mayor de lo que podemos decir o pensar sobre él. Pero también hay un riesgo real de una radicalización de una legítima teología apofática que terminaría por despersonalizar a Dios y hacer inviable la real comunicación entre ambos⁴¹. La mejor teología cristiana ha sabido conjugar estos dos elementos constitutivos de su comprensión de Dios. Por un lado, que él es Misterio trascendente e incomprensible referido a la persona del Padre, pero sin que esto sea menoscabo, antes al contrario, sino más bien fundamento y condición de posibilidad de su revelación en el Hijo y el Espíritu.

La segunda tendencia es la búsqueda y el deseo de un encuentro con un *Dios humilde*, un Dios relativo que se nos revele más en su kénosis que en su poder absoluto sobre el hombre recuperando uno de los aspectos fundamentales de la revelación cristiana. Es evidente que este deseo puede conducir a un peligro de relativización de Dios⁴². Dios ha dejado de ser experimentado como un Absoluto, especialmente cuando este Absoluto es ligado a una Verdad absoluta (Dios monoteísta), a un Bien indisponible (Dios de la moral) y a un Ser último fundamento de todo (Dios de la metafísica). La cultura actual y el hombre de hoy prefieren hablar de un *Dios en relación*, cercano, que de una forma kenótica se acerca a la vida del hombre sin imponerle una moral determinada, una verdad como única y definitiva, una comprensión última de la realidad de forma natural y estática a la que después tiene que ajustarse o buscar su interna racionalidad. Diríamos que busca más a un Dios que manifiesta su divinidad poniéndose en relación con el ser humano, es decir que más que de su

dignamente de Dios. Todo discurso que no tenga en cuenta la pasión y el sufrimiento de los hombres que ha sido asumido y transfigurado desde la pasión de Dios, termina siendo irrelevante y, en el fondo, blasfemo. Podríamos decir que para este autor toda teo-logía (discurso sobre Dios) y espiritualidad (experiencia de Dios) si no va acompañada de la teo-dicea (justicia de Dios en el mundo) es inmoral.

³⁶ J. B. METZ, *Memoria passionis*, o. c., 79.

³⁷ Cfr. A. CORDOVILLA, *Crisis de Dios y crisis de fe: volver a lo esencial* (Sal Terrae, Santander 2012).

³⁸ J. WERBICK, *Gott verbindlich* (Herder, Freiburg 2007); K. MÜLLER, *Streit um Gott* (Pustet, Ratisbona 2006); H. KESSLER, *Den verborgenen Gott suchen. Gottesglaube in einer von Naturwissenschaften und Religionskonflikten geprägten Welt* (Paderborn 2006); A. KREINER, *Das wahre Antlitz Gottes oder was wir meinen, wenn wir Gott sagen* (Herder, Freiburg 2006); J. MOINGT, *Dios que viene al hombre*, vols. I-III (Sígueme, Salamanca 2006-2011).

³⁹ Cfr. LL. DUCH, *Dios, un extraño en nuestra casa* (Herder, Barcelona 2005); T. RUSTER, *El Dios falsificado. Una nueva teología tras la ruptura de Cristianismo y Religión* (Sígueme, Salamanca 2011).

⁴⁰ Cfr. A. M. HAAS, *Wind des Absoluten. Mystische Weisheit der Postmoderne?* (Johannes Verlag, Einsiedeln 2009).

⁴¹ Cfr. J. L. MARION, *Dios sin el ser* (Ellago, Pontevedra 2010).

⁴² Cfr. G. VATTIMO-J. CAPUTO, *Tras la muerte de Dios* (Paidós, Barcelona 2006).

divinidad tendríamos que hablar de su «*humanidad*», la humanidad de Dios⁴³. O quizá caracterizar la divinidad no desde lo Absoluto, sino desde la encarnación histórica de Dios, desde su relación con los hombres. En principio esta tendencia tiene su base en la Sagrada Escritura. Una vuelta al Dios humilde y humillado que tanto le sedujo a Pascal y que está en la entraña del Cristianismo en sus dos afirmaciones capitales: la encarnación y la kénosis de Dios (Jn 1, 14; Flp 2,6-8).

La tercera es un *Dios universal*. Un Dios sin historia y fronteras que está más allá de particularismos y nacionalismos, aun con el riesgo de perder de vista que la revelación de Dios lleva implícita la elección, la obediencia y la misión⁴⁴. La cultura pluralista actual nos empuja a imaginar a un Dios sin límites, universal, más allá de particularismos y etnias⁴⁵. Frente a una tendencia a lo que podríamos llamar una cierta *nacionalización* de Dios, el hombre contemporáneo es muy sensible a una búsqueda y representación de un Dios sin fronteras. Busca a un Dios personal en el sentido de un Dios que no está ligado a una determinada tradición religiosa, sino que se entiende desde una individualización de su relación con Dios y el sentido de pertenencia⁴⁶. Dios no está ligado a ningún pueblo ni a una cultura determinada. Dios es universal. No obstante, esta comprensión de Dios puede provocarnos una dificultad para una teología de la elección, de la misión y del compromiso pues estos sólo se entienden insertos en una historia de salvación que sea entendida como la realización histórica del proyecto de Dios. Más aún, conceptos centrales para la comprensión cristiana de Dios, o al menos que están esencialmente vinculados a él, como son Encarnación, Iglesia y misión, podrían perder su fundamento y su sentido. La universalidad de la salvación, la garantía de la igualdad de todos los hombres ante Dios, no ha de ir en contradicción con la forma concreta cómo Dios ha querido integrarnos en su proyecto de salvación. Pues sabemos que la búsqueda mutua entre Dios y el hombre genera la inserción en su proyecto de salvación y la participación activa en la misión y en la vida del pueblo de la alianza. Un proyecto y un pueblo que no es nacional o particular, sino que siendo personal, e invitando a una libertad libre y concreta, es universal, para todos los hombres. La búsqueda culmina en un encuentro y este encuentro se convierte en vocación y misión.

⁴³ Este fue el título sorprendente de una conferencia dictada por Karl Barth en 1959. Un teólogo que ha pasado a la historia de la teología del siglo XX por haber defendido como un auténtico profeta la divinidad de Dios, que Dios sea Dios.

⁴⁴ Cfr. U. BECKER, *El Dios personal* (Paidós, Barcelona 2008).

⁴⁵ Cfr. P. SCHMIDT-LEUKEL, *Gott ohne Grenzen. Eine christliche und pluralistische Theologie der Religionen*, Gütersloh 2005.

⁴⁶ Cfr. U. BECK, *El Dios personal. La individualización de la religión y el «espíritu» del cosmopolitismo*, Barcelona 2008.

Comunicación

Aspectos éticos del uso de Internet

Ángel Rodríguez Luño

I. Introducción

El uso de Internet ha alcanzado en la actualidad una gran difusión, que muy probablemente está destinada a aumentar. Permite acceder, a muy bajo costo, a innumerales noticias e informaciones útiles para el estudio, viajes, actualidad (periódicos, etc.), horarios de museos o de medios de locomoción, bancos de datos sobre publicaciones científicas, filosóficas o religiosas, ficheros de bibliotecas de todo el mundo, documentación gráfica, enciclopedias, documentos de interés doctrinal, informaciones comerciales y financieras, etc., y consiente además realizar compras ahorrando a veces bastante dinero. Para muchos tipos de trabajo se ha convertido en un instrumento indispensable o al menos muy conveniente, porque ahorra desplazamientos y gastos y ofrece conocimientos que de otro modo es muy difícil lograr. A la red de Internet está asociado el correo electrónico, que permite una comunicación rápida con cualquier parte del mundo, y que potencia algunos servicios útiles (por ejemplo, servicios que envían por correo electrónico los índices de los nuevos fascículos de las revistas de una determinada especialidad científica o humanística a la que el interesado se suscribe, muchas veces gratuitamente).

Internet está concebido como una red abierta y libre, en la que no se opera una selección de contenidos. Sólo aquéllos que constituyen un delito grave (terrorismo, pe-de-rastia, fraudes a cargo de las tarjetas de crédito, etc.) son objeto de control y persecución por parte de la policía, aunque las dimensiones y la complejidad de la red permite muchas veces escapar a esos controles. Ofrece la oportunidad de dar a conocer contenidos positivos, que facilitan la difusión de la buena doctrina y que permiten superar de algún modo el monopolio de grandes grupos editoriales de orientación

ideológica negativa (televisión, cadenas de prensa, etc.). A la vez la red de Internet puede ofrecer contenidos de escasa calidad científica (informaciones falsas o poco fiables), o bien con contenidos pornográficos (de diverso grado de “dureza”), violentos, racistas, terroristas, o también puede propiciar el encuentro con personas poco recomendables (pederastas, prostitutas, personas que desean mantener conversaciones [“chat”] obscenas, etc.). Aun sin llegar a estos extremos, la posibilidad de “navegar” libremente por todas las partes del mundo puede excitar la curiosidad y hacer que se pierda mucho tiempo, si el usuario carece de pericia y de autodisciplina⁴⁷.

Ni el bien ni el mal son específicos de Internet. No es el único medio para hacer el bien ni es el único medio para hacer el mal. No responde a la verdad que ciertos peligros son exclusivos de Internet, porque actualmente casi todos los efectos perniciosos de la red se están causando también mediante otros medios de comunicación. En particular, la experiencia demuestra que produce efectos más nocivos la costumbre de que los adolescentes tengan en su dormitorio una televisión, que pueden encender a cualquier hora de la noche o de la madrugada, o la reciente difusión en las escuelas de pequeños clips pornográficos que se reciben en el teléfono móvil (hoy día sólo los teléfonos móviles más sencillos y económicos no admiten imágenes). Igualmente existen números telefónicos, a los que se accede desde cualquier teléfono (fijo o móvil), dedicados a mantener conversaciones eróticas, etc.

Si se debiera señalar algo que es realmente específico de Internet es la posibilidad de hacer llegar el bien a muchas personas sin la necesidad de movilizar grandes recursos económicos y de personal. También es posible hacer el bien a través del cine, la prensa o la televisión, pero es mucho más difícil, porque requiere o disponer de una empresa editorial propia (una emisora de televisión o una productora, por ejemplo), o tener la posibilidad de actuar libremente en una empresa editorial ya existente, lo cual no es fácil por muchas razones y exige en todo caso una gran preparación profesional. A través de Internet, con inversiones económicas y de tiempo modestas, se puede llegar a muchas personas. Es verdad que con la misma escasez de recursos se puede difundir el mal, pero eso no es novedad, porque el mal ya se hace abundantemente a través de los otros medios de comunicación. La verdadera novedad introducida por la red de Internet es que ha hecho posible la difusión del bien a gran escala por personas o grupos de recursos modestos que hasta ahora no podían intervenir positivamente en el mundo de la opinión pública⁴⁸.



⁴⁷ Para tener una visión de conjunto de los aspectos positivos y negativos de Internet puede consultarse: Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, *Ética en Internet*, 22-II-2002.

⁴⁸ «Los medios de comunicación ofrecen importantes beneficios y ventajas desde una perspectiva religiosa: “Transmiten noticias e información de acontecimientos, ideas y personalidades del ámbito religioso, y sirven como vehículos para la evangelización y la catequesis. Diariamente proporcionan inspiración, aliento y oportunidades de participar en funciones litúrgicas a personas obligadas a permanecer en sus hogares o en instituciones”. Además de estos beneficios, hay otros que son peculiares de Internet. Esta proporciona al público un acceso directo e inmediato a importantes recursos religiosos y espirituales: grandes bibliotecas, museos y lugares de culto, documentos del Magisterio, y escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, y la sabiduría religiosa de todos los tiempos. Posee una notable capacidad de superar las distancias y el aislamiento, poniendo en contacto a personas animadas por sentimientos de buena voluntad que participan en comunidades virtuales de fe para alentarse y apoyarse recíprocamente. La Iglesia puede prestar un servicio importante tanto a los católicos como a los no católicos mediante la selección y la transmisión de datos útiles en este medio» (Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, *La Iglesia e Internet*, 22-II-2002, n. 5). Se vea también *Ética en Internet*, cit., n. 1.

2. El recto uso de Internet

Con sus características propias, Internet tiene luces y sombras. Fundamentalmente es un vehículo, o un canal de transmisión de datos y contenidos, que en términos más generales es un bien (como son un bien la imprenta, el teléfono, la televisión, etc.). Supone un avance respecto a la época en que no existía. Como sucede con muchos otros medios tecno-lógicos (piénsese por ejemplo en los avances de las ciencias de la vida que causan tantos problemas bioéticos), admite un uso bueno y un uso malo, un uso experto y un uso inexperto. Exceptuando el caso de los niños, que merece una consideración específica, en Internet sólo suele quemarse quien se quiere quemar o, al menos, quien le gusta jugar con el fuego. El problema que plantea es un problema de educación moral y de firmeza de convicciones en el usuario. A la red de Internet le afecta un problema general de nuestra época, y que consiste en que el progreso de las capacidades humanas (de hacer, de saber, de comunicar, etc.) no siempre haya sido precedido, o al menos acompañado, por la adquisición y la difusión del saber y de la prudencia necesaria para gobernarlas adecuadamente, de forma que esas mayores capacidades redunden en el bien de los individuos y de las sociedades, y no en su empobrecimiento o corrupción. A este respecto, quizá hay que lamentar que, tratándose de un instrumento relativamente nuevo, los diversos agentes formativos (familia, escuela, catequesis, etc.) no siempre están debidamente preparados para dar una educación acertada e incisiva por lo que se refiere a su uso, cuando la realidad es que elaborar y transmitir una cultura del buen uso de Internet y de los demás medios modernos de comunicación es una parte importante de la formación moral y cristiana en el mundo actual.

De estas consideraciones se desprende que el problema ético de Internet es el problema de su recto uso o, con otras palabras, el de la formación y la virtud necesarias para usarlo rectamente, tanto por parte de quien introduce contenidos en la red como del usuario pasivo. La formación y la virtud necesarias para manejar este instrumento, de forma que sea realmente un bien para quien lo utiliza, no se pueden sustituir con ningún medio técnico ni con ninguna medida de restricción. Todos los fabricantes de filtros o de sistemas técnicos de prevención insisten sobre este punto, sea porque esos sistemas nunca son del todo perfectos, sea porque quien desea burlarlos, si es algo experto, acaba encontrando el modo de hacerlo. Análogamente a lo que sucede con otros medios, es muy difícil impedir hacer el mal al adulto que desea hacerlo, y cuanto mayor es el impedimento que se pone mayor es el precio que se paga en términos de falta de libertad y de confianza (a menudo con efectos contraproducentes), o de entorpecimiento del trabajo. Un estudio de los aspectos éticos de Internet ha de considerar ante todo los criterios generales para su recto uso. Aquí habría que distinguir los diversos contextos (trabajo, escuela, familia, diversión, etc.) y los diversos tipos de personas. En términos generales se podría hablar de templanza, sentido común, prudencia, y atención a la totalidad de la persona y a la totalidad de sus facultades y de sus dimensiones. Salvo en algunos tipos de trabajo profesional, Internet (y, más en general, el ordenador) es un instrumento más, uno de los diversos instrumentos con los que se cuenta. Toda excesiva concentración sobre él es humana y éticamente nociva. Su uso no debe aislar de los demás (amistades, relaciones sociales), ni impedir las actividades al aire libre, la lectura de libros y revistas de la propia especialidad o de cultura general, la consulta de otras fuentes, la utilización de otros juegos y el deporte por parte de los niños, la escritura, el buen cine y el teatro, los conciertos, etc.

Hacer buen uso de Internet es usarlo siempre para algo bien determinado. Se busca algo concreto, sabiendo donde buscarlo o utilizando un motor de búsqueda cuyo funcionamiento se conoce bien, se desea comprar algo bien preciso, etc. Es poco razonable conectarse a Internet sin saber qué se quiere hacer, sólo porque se tiene tiempo libre, o para ver qué novedades se encuentran, o porque se está cansado y se piensa descansar “navegando” por un sitio o por otro. Una persona bien formada debería ser intransigente en este punto, de forma análoga a como se utiliza un automóvil para ir a un sitio determinado, y no se utiliza para vagar por la ciudad, sin rumbo fijo, gastando inútilmente el tiempo y la gasolina. Si se dispone de tiempo libre es preferible tener a mano un buen libro. Si se trata de niños que quieren usar videojuegos se ha de saber cuáles son, dónde están, etc.; también en este caso se va a hacer algo determinado, y se tiene en cuenta además que los niños necesitan estar con

amigos, realizar actividades al aire libre, hacer ejercicio físico, adquirir el hábito de leer, etc. La actitud de conectarse sin una finalidad precisa y justa, sólo para curiosarse, tiene ya algo de éticamente negativo, y fácilmente puede dar lugar a males más graves.

Ante los contenidos que inducen o pueden inducir a cometer pecados contra la fe, la caridad, la justicia o la castidad, se debe observar el mismo comportamiento que se observa cuando esos contenidos aparecen en otros medios (libros, prensa, conversaciones, etc.). Se han de aplicar los principios morales acerca de las ocasiones de pecado. Existe el grave deber moral de evitar las ocasiones próximas, libres y graves, y se deben también poner los medios necesarios para hacer remotas las ocasiones necesarias. El carácter próximo o remoto, así como la gravedad de las ocasiones, pueden tomarse en sentido absoluto o relativo. Es decir, una situación puede constituir una ocasión grave y próxima para la generalidad de las personas, o bien puede ser una ocasión grave y próxima sólo para una persona o unas personas en particular, mientras que para las demás no lo es.

En mi opinión, sin querer minimizar la complejidad del problema moral, sería reduccionista considerar Internet en general como una ocasión de pecado. En la experiencia pastoral quizá se oye hablar de Internet sobre todo en este contexto. Pero la reflexión sobre los datos que la misma experiencia ofrece no autoriza a sacar una conclusión negativa general. Muchas personas que usan Internet, incluso diariamente, no presentan esos problemas, y hay muchas otras que hacen el bien a través de la red. La mayoría de los que presentan problemas morales son personas que de no existir Internet quizá tendrían los mismos problemas sirviéndose de otros vehículos. Se dan también casos en los que personas de actitud general recta han cometido ciertos errores morales por la única razón de que se han encontrado por casualidad con una página web moralmente negativa, pero no son ni mucho menos la mayoría. Sobre todo para evitar estos casos, y también para los niños, pueden ser de gran utilidad algunos medios técnicos de protección, de los que se habla a renglón seguido.

3. Los filtros y otras protecciones de carácter técnico

Puesto que la red de Internet es vehículo de contenidos tanto positivos como negativos, han surgido dispositivos técnicos que impidan el paso de los contenidos negativos, de modo semejante a como el agua contaminada se hace pasar por un filtro, que detiene los elementos nocivos. Estos dispositivos realizan una prevención inmediata, que presupone la prevención remota de orden cultural y ético, que crea en la persona la decisión de querer usar bien Internet. Sin este componente cultural y ético los filtros serían poco eficaces⁴⁹.

Los primeros sistemas de prevención inmediata que se utilizaron funcionaban sobre la base de una lista de páginas web negativas a las cuales no se permitía el acceso. Este sistema requería una continua actualización, y exigía que alguien se dedicase a explorar continuamente la red para incluir en la lista de las “prohibidas” las páginas negativas de reciente creación. No resultaba muy práctico.

Con el aumento de la potencia de los ordenadores personales, se hizo posible introducir en ellos un programa capaz de analizar en el acto el contenido de la página a la que se va a acceder, y de impedir el acceso si esos contenidos son negativos. Son los actuales filtros más divulgados: Optenet, CyberPatrol, CyberSitter, Net Nanny, Surfwatch, X-Stop, Rated-PG⁵⁰. Uno de los límites que pueden tener es que analizan los contenidos en algunas lenguas, pero no en otras (por ejemplo, los más comunes en Italia no analizan páginas escritas en ruso). Su eficacia es alta, pero no llega al 100%. Pueden detener artículos de teología moral o libros de la Biblia, porque contienen una o varias palabras sospechosas (“prostituta”, etc.), y dejan pasar otras páginas que pueden tener inconvenientes, aunque son bastante seguros para detener páginas de contenido fuertemente erótico.

⁴⁹ Los datos técnicos que se emplean en este estudio se toman de M. Crudele, “Internet e Minori, Internet e Valori. Quali strategie per la sicurezza della rete?”, conferencia pronunciada el 13 de diciembre de 2004 en un Convenio organizado por el Ministerio de las Comunicaciones de la República Italiana. Puede verse otros estudios de este autor en www.ilFiltro.it

⁵⁰ En la página www.ilFiltro.it se pueden obtener buenas informaciones sobre los filtros existentes en la actualidad.

Otra vía de protección es la catalogación de las páginas con el sistema ICRA. El pro-pietario de la página la define según una escala de criterios que se le proporciona. El usuario instala en el ordenador el filtro ICRAplus, gratuito, y el usuario mismo define qué nivel desea aceptar en cada categoría (violencia, lenguaje soez, desnudos, etc.). Para modificar los criterios de admisión de las páginas hay que disponer de la password. Por desgracia, son pocas las páginas web que aplican este sistema de auto-catalogación, por lo que este medio no resulta por ahora muy eficaz.

Una tercera vía de protección es usar Internet a través de un Provider que ya aplica un sistema de filtración serio y bien orientado. Este es el caso, por ejemplo, de "Davide.it". Es un sistema gratuito y eficaz, muy apropiado para las familias, aunque no es del todo perfecto: alguna vez no deja pasar contenidos buenos, o deja pasar cosas no del todo convenientes. Los expertos de buen criterio lo consideran muy aconsejable para los hogares donde hay niños. El verdadero límite es que hoy día los niños saben bastante de informática, y pueden abrir una conexión gratuita con otro Provider sin que los padres se den cuenta. La prohibición de establecer otras conexiones que se puede introducir en Windows XP se puede saltar con facilidad.

Un último sistema, concebido para la protección de menores, consiste en instalar el filtro gratuito ICRAplus y programarlo para que deje acceder sólo a las páginas que se le indican expresamente. La filosofía en que se basa es la misma con la que se forma en el hogar una biblioteca. Como los padres compran sólo los libros que se quieren tener o que se desea que los hijos lean o puedan leer, y no todos los que hay actualmente en el mercado, los padres determinan las páginas web que consideran que sus hijos necesitan para el estudio, información, descanso, juego, etc. Pienso que la aplicación de este sistema para el uso de adultos es más discutible. En todo caso, este sistema requiere una educación esmerada, que permita verlo como una ayuda deseada y bien motivada para el uso recto que se quiere hacer de Internet. De lo contrario, no educa e incluso es contraproducente. Si una persona joven, en cuya casa se usa este sistema de protección, cuando está en otro lugar se lanza ávidamente a hacer todo lo que en su casa no puede hacer, es una persona en cuya educación se ha fracasado por completo. Tarde o temprano se emancipará, tendrá su propio hogar, y hará lo que quiera hacer, yendo quizá más lejos en el mal de lo que vayan otras personas que han vivido más libremente y han aprendido a administrar su libertad. En la pedagogía hay una larga experiencia en esta materia: personas que no rezan o no van a Misa porque en el colegio al que iban de pequeños les obligaban a rezar o a ir a Misa, etc. Es un tema clásico, sobre el que hay muchos estudios que obligan a reflexionar seriamente acerca del modo y de la medida en que se emplean las restricciones, que en todo caso han de ir adecuándose a la edad y al desarrollo de los jóvenes.

4. El uso de Internet por parte de niños y adolescentes en el ámbito de la familia

Actualmente los niños y los adolescentes usan bastante el ordenador en su propia casa y usan también Internet. Por la falta de madurez humana y ética, propia de su edad, están particularmente expuestos a recibir influjos negativos de diversa índole. Un reciente estudio de la International Crime Analysis Association, titulado "Child Internet Risk Perception", ha puesto de manifiesto que el 77% de menores entre 8 y 13 años usa Internet. Sólo el 26% de los padres sigue de cerca el uso que sus hijos hacen de ese medio. El 52% de los niños entrevistados se han encontrado con contenidos pornográficos, y el 24% de ellos ha reaccionado con curiosidad. El 13% de los entrevistados ha tenido contactos con pederastas a través de la red, y el 70% de éstos no ha dicho nada a sus padres.

Diversos organismos de expertos se han ocupado de este problema. Es interesante el documento de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos titulado *Your Family and Cyberspace*, del 22 de junio de 2000⁵¹. El documento antes citado, *La Iglesia e Internet*, dice: «Por el bien de sus hijos, así como por el suyo propio, los padres deben "aprender y poner en práctica su capacidad de discernimiento como telespectadores, oyentes y lectores, dando ejemplo en sus hogares de un uso prudente de los

⁵¹ El original inglés se puede encontrar en www.nccbuscc.org/comm/archives/2000/00-151.htm. Una traducción italiana está disponible en www.ilFiltro.it

medios de comunicación social”. En lo que a Internet se refiere, a menudo los niños y los jóvenes están más familiarizados con él que sus padres, pero éstos tienen la grave obligación de guiar y supervisar a sus hijos en su uso. Si esto implica aprender más sobre Internet de lo que han aprendido hasta ahora, será algo muy positivo. La supervisión de los padres debería incluir el uso de un filtro tecnológico en los ordenadores accesibles a los niños, cuando sea económica y técnicamente factible, para protegerlos lo más posible de la pornografía, de los depredadores sexuales y de otras amenazas. No debería permitírseles la exposición sin supervisión a Internet. Los padres y los hijos deberían discutir juntos lo que se ve y experimenta en el ciberespacio. También es útil compartir con otras familias que tienen los mismos valores y preocupaciones. Aquí, el deber fundamental de los padres consiste en ayudar a sus hijos a llegar a ser usuarios juiciosos y responsables de Internet, y no adictos a él, que se alejan del contacto con sus coetáneos y con la naturaleza»⁵².

Los padres tienen que educar a los hijos también en este aspecto, dedicándoles tiempo y haciendo un esfuerzo, si fuera necesario, para conocer la red de Internet, ya que sus hijos la usan. Cuando se trata de menores, es moralmente necesario protegerles mediante un sistema seguro de los que antes se ha hablado. A la vez es muy conveniente que el ordenador conectado a la red esté en un lugar de paso o bastante frecuentado en la casa: sala de estar, cocina si reúne condiciones, etc. También se ha de explicar a los niños que no den informaciones personales (por ejemplo, rellenando cuestionarios) ni entren en contacto con desconocidos, que han de hablar con sus padres de lo que les parezca extraño, y que han de ser prudentes con los discos que reciben de sus amigos de la escuela, etc.⁵³ Si se dan las explicaciones adecuadas, los hijos verán esas precauciones como una ayuda para hacer el uso recto del ordenador que ellos quieren hacer, y que comprende además criterios como no “navegar” por Internet sin rumbo fijo, para pasar el tiempo.

Cuando los hijos son más mayores, sigue siendo moralmente necesario usar un filtro en el ordenador con el que trabajan en casa. Así se evita que puedan entrar sin querer en páginas de contenido muy negativo que podría introducirles en un mal camino que poco a poco podría crear adicción. Encontrarse, por ejemplo, con un contenido fuertemente erótico es una ocasión grave y próxima para cualquiera, y los padres tienen el deber moral de evitar esos peligros a sus hijos. Esta es la conducta que de hecho los padres honestos tienen con sus hijos: no van de paseo con ellos por ciertos lugares, no los llevan a determinados locales, etc. Si esto no lo ven como un atentado contra la libertad, tampoco deberían ver las precauciones de que se ha hablado como falta de respeto a la libertad de los hijos.

En familias con varios hijos puede suceder que los padres adviertan que uno de ellos tiende a hacer un mal uso de Internet. Es difícil dar reglas generales acerca de lo que conviene hacer. Pero en términos generales no es educativo que “paguen justos por pecadores”, ni someter a los hijos que se comportan rectamente a restricciones mayores de las que son moralmente necesarias. Se ha de afrontar, enérgicamente si es necesario, el problema real y concreto del hijo que no se comporta bien, evitando crear en la familia un clima generalizado de desconfianza o de falta de libertad. Generalmente no parece acertado obligar a todos los hijos a prescindir por completo de Internet. Cuando menos sería un fracaso en la tarea educativa de enseñar a usar rectamente los medios informáticos que, se quiera o no, forman parte del mundo actual, y que los hijos tendrán que manejar en la escuela, en la universidad, en el futuro trabajo y, más adelante, en el hogar que constituirán cuando se casen, donde a su vez tendrán que guiar a los hijos que Dios les dé. Me parece que la razón de que antes no existía Internet y nadie se moría por eso, es una falsa razón. Antes tampoco había automóviles, ni aviones, ni teléfonos, etc., y no por eso se ha de prescindir de esos medios. Hay que aprender a usarlos rectamente.

En la medida en que los hijos se van haciendo mayores, se entra en la problemática propia de los adultos, que examinamos a continuación.

⁵² Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, *La Iglesia e Internet*, cit., n. 11 (subrayado nuestro).

⁵³ Una consideración más detallada acerca del comportamiento adecuado de los padres puede verse en el documento *Your Family and Cyberspace*.

5. El uso de Internet por adultos

El uso de Internet por parte de adultos puede ser estudiado desde dos puntos de vista: el del usuario y el de las autoridades de las que dependen algunos ámbitos en los que el usuario se mueve (empresa, residencia de estudiantes, colegio, universidad, etc.).

Desde el punto de vista del usuario consideramos en primer lugar el caso de la persona de actitud moral recta que usa Internet para su trabajo o para el estudio, y que por tanto no busca contenidos inconvenientes ni pasa el tiempo “navegando” sin rumbo fijo. Si trabaja en un sistema (universidad, empresa, colegio, etc.) protegido por un proxy y un filtro (tipo Optenet, por ejemplo), el uso de Internet no debería ocasionarle ningún problema moral.

Si en cambio trabaja sin protección alguna (sin proxy o sin filtro), se encontrará de vez en cuando con contenidos muy negativos (pornográficos). Es inevitable porque los que promueven las páginas con graves inconvenientes usan muchos sistemas para que la gente acabe entrando, aun sin desearlo. Según las informaciones que me han proporcionado expertos en informática, utilizan diversos procedimientos. Uno de ellos es registrar los errores más frecuentes que suelen producirse al teclear el nombre de una página muy frecuentada (por ejemplo, de un periódico, de un motor de búsqueda, etc.), de forma que al teclear la dirección equivocada se entra directamente en una página pornográfica. Otras veces incluyen anuncios publicitarios en otras páginas, que llevan a los contenidos inmorales. También introducen en las partes más profundas del sistema operativo del ordenador programas ocultos (adware, spyware), que se reduplican continuamente, y que llevan a los contenidos negativos. Hay en fin otros procedimientos que sería complicado e innecesario explicar aquí.

Atendiendo a lo que sucede generalmente, y teniendo en cuenta la natural debilidad humana, presente también en las personas de recta orientación moral, si varias o muchas veces aparecen en la pantalla contenidos fuertemente pornográficos, alguna vez se caerá, y es fácil que si no se pone remedio eficazmente se repita la caída y se cree incluso una adicción. Por eso existen motivos serios para afirmar en términos generales, sin prejuzgar la actitud moral del usuario, que quien trabaja con Internet habitualmente sin protección alguna, sobre todo si se trabaja durante muchas horas, se encontrará varias o muchas veces en una ocasión próxima de pecado grave, que hay grave obligación moral de evitar⁵⁴. Por eso se puede concluir que, para quien trabaja en esas condiciones, existe el deber moral de usar un filtro (tipo Optenet, CyberPatrol, etc.).

Como dice S. Alfonso en el texto que se acaba de citar en nota, no se puede excluir que una persona muy recta que trabaja sin filtro pueda no correr esos peligros, bien porque pone mucha atención o porque usa Internet poco, y la experiencia de varios meses o años podría confirmar que efectivamente no los corre. En ese caso no es claro que exista una obligación moral de usar un filtro. Sin embargo, usarlo es una medida de prudencia muy recomendable, que evita tensiones innecesarias y que una persona recta en principio no debería despreciar, puesto que nadie puede estar seguro de no ceder ante tentaciones que se presenten de improviso.

Consideramos ahora otra posible situación. Si una persona que necesita trabajar con Internet, y no usa un filtro, hubiese cometido por ese motivo varias veces pecados graves, el arrepentimiento de esos pecados y el consiguiente propósito de la enmienda comporta poner en práctica medios concretos

⁵⁴ «Occasio proxima per se est illa, in qua homines communiter ut plurimum peccant: proxima autem per accidens, sive respectiva est illa, quae, licet per se respectu aliorum non sit apta de sua natura communiter inducere homines ad peccatum, tamen respectu alicujus est proxima; vel quia hic in illa occasione, etsi non fere semper, nec frequentius, frequenter tamen cecidit; vel quia, spectata ejus praeterita fragilitate, prudenter timetur ipsius lapsus [...] Ad occasionem proximam constituendam sufficit, ut homo frequenter in ea labatur. Notandum vero, quod aliquando occasio, quae respectu aliorum communiter est proxima, respectu hominis valde pii et cauti poterit esse remota» (S. Alfonso Maria de Liguori, *Theologia Moralis*, ed. D. Le Noir, Vivès, Paris 1875, lib. V. Tract. IV, cap. 1, n. 452).

para que, al menos, la ocasión próxima se haga remota. Uno de esos medios es el uso de un filtro adecuado. Otros podrían ser trabajar en un lugar de paso o reducir al mínimo el uso de Internet⁵⁵.

Una situación moral análoga podría darse también en personas que trabajan con un filtro, pero que tienen una actitud moral poco firme o que, de vez en cuando, dejan la puerta abierta a claras complicidades, lo que les lleva a incurrir en comportamientos gravemente negativos. Desde el punto de vista de la moral católica esas personas tienen el deber prioritario de evitar todo daño grave para su vida cristiana, poniendo en práctica los medios necesarios para evitar el pecado. Según los casos, tendrán que prescindir de Internet, al menos durante unos meses, si parece que la dificultad es debida a un momento particular de su vida y se presume que será pasajera; o bien recurrir a un filtro tipo ICRAplus que permita el acceso sólo a las páginas web que se sabe con certeza que necesita para su trabajo⁵⁶. En casos extremos se podrá plantear un cambio de trabajo. Si la dificultad no se debiera sólo al uso de Internet, sino también a la televisión, revistas, etc., se está ante un problema más amplio, y los remedios que se han de poner son también más amplios.

Cabe señalar, por último, que a las situaciones crónicas de dificultad suelen concurrir varias causas. Se usa Internet sin filtro, en la propia habitación, de noche, y sin una finalidad precisa. Se puede tratar de personas que están solas o que se aíslan (aunque vivan en una residencia con muchas otras personas), y que usan Internet para pasar el tiempo, a veces con la actitud al menos implícita de buscar satisfacciones para la sensualidad.



⁵⁵ Aunque aquí no tratamos el problema desde el punto de vista del confesor, cabe decir que quien administra el sacramento de la penitencia tendría que aplicar, con la debida prudencia y distinguiendo entre los pecados de fragilidad y los de malicia, lo que la teología moral enseña acerca de la confesión de los “ocasionarios recidivos”.

⁵⁶ En este caso, la contraseña necesaria para cambiar la regulación del filtro la tendría que tener otra persona.

6. El uso de Internet en empresas, residencias, instituciones educativas, etc.

En las empresas, oficinas, etc. existe la obligación de justicia de emplear el horario previsto en el contrato laboral al propio trabajo. El uso del correo electrónico o de Internet para otras finalidades puede equipararse al uso del teléfono o a la lectura de periódicos o libros ajenos a la propia ocupación.

Es admisible una cierta flexibilidad: por ejemplo, no parece censurable que un empleado haga una breve llamada telefónica a su casa. Pero en la medida en que los responsables vean que se cometen claros abusos, tienen derecho a limitar el uso de Internet, por ejemplo instalando un filtro que consienta el acceso sólo a los lugares relacionados con el trabajo de la empresa u oficina, o bien impidiendo el acceso a las páginas web que son objeto de uso abusivo (música, fotos, clips, films, etc.). Los responsables del trabajo deberán valorar prudentemente la posibilidad de que esas medidas sean contraproducentes en términos de confianza y espíritu de colaboración por parte de los empleados, pero no cabe duda de que los ordenadores y las conexiones a la red son instrumentos que la empresa pone a disposición para la realización del trabajo que los empleados están moralmente obligados a realizar en virtud del contrato laboral. El hecho de que la empresa se niegue a proporcionar medios de distracción o de evasión del trabajo no es una indebida restricción de la libertad de los empleados. Naturalmente, conviene proceder con flexibilidad y sentido de humanidad.

Un problema algo más delicado se plantea en residencias de estudiantes o en colegios donde residen, por ejemplo, seminaristas o sacerdotes. Por una parte, es lógico que una estructura de este tipo ofrezca a los residentes un conjunto de condiciones de vida y de servicios. Entre ellos, un ambiente de libertad y confianza, un lugar de trabajo, respeto de la justa autonomía y privacidad, y una conexión a la red de Internet para el estudio. Por otra, es también justo que se exija el respeto de ciertas normas de comportamiento, también relativas al comportamiento moral externo.

Si la conexión a Internet está en la propia habitación, es fácil que los residentes pasen tiempo “navegando” por Internet, o “chateando” con los amigos, etc. La experiencia enseña que, incluso cuando se trata de personas con una cierta formación moral, se hace un uso bastante inmoral de la red, con notable daño para los interesados. A veces los responsables de estas estructuras no ponen remedio alguno, alegando que el comportamiento moral privado es responsabilidad de cada uno, dado que se trata de adultos; o por miedo a adquirir fama de personas mojigatas que no respetan la libertad de los demás; o que al fin y al cabo también Dios, que ama a los hombres más que nadie, no impide el mal uso de la libertad; o que desean evitar que se cree un ambiente de desconfianza, que podría ser contraproducente; o que los residentes pueden en todo caso hacer lo que deseen en otros lugares o cuando dejen el colegio, etc.

No se puede negar que en estos razonamientos hay algo de verdad. Además hoy es sumamente fácil y económico para los residentes conectarse a la red mediante el teléfono móvil o mediante tarjetas prepagadas. Por lo que es siempre más clara la importancia de la formación y de las actitudes morales del usuario. Sin embargo, lo que aquí está en discusión no es el uso que los adultos pueden hacer de su libertad, sino el tipo de servicio que una residencia o una institución educativa ofrece. Como se procura dar una alimentación sana o un lugar de trabajo adecuado, es razonable que también se deseen observar ciertos criterios de calidad en el servicio de Internet que se ofrece. Por eso la recta conciencia exige a los responsables de este tipo de instituciones que entre la entrada de la línea y los puntos en los que los residentes se conectan coloquen una unidad central con un proxy (que también protege de los virus y de los piratas informáticos) y un filtro, o al menos con un filtro. Esto no supone un juicio sobre las intenciones de los usuarios ni una limitación de su libertad, sino una concepción de los servicios que una institución debe poner a disposición. Se ofrece un instrumento de trabajo, de información, de descanso, etc., pero no un acceso a portales inmorales. Esto queda fuera de los fines de la institución educativa. Un residente se podría quejar razonablemente si no se le proporcionase un lugar de trabajo confortable, pero no porque no se le proporcionen medios de distracción de carácter inmoral.

Según la circunstancias (tipo de residentes, etc.) se podrá valorar la posibilidad de emplear otro tipo de medidas, por ejemplo, que se disponga una sala de ordenadores bien instalada, y que sólo en ella haya conexiones a la red. Para ciertos trabajos, que requieren el uso simultáneo de muchos libros o de otro material de consulta, esta solución puede presentar notables inconvenientes. A mi modo de ver conviene evitar restricciones inne-cesarias. El uso de un proxy y de un filtro es una garantía suficiente. A veces quizá no lo será. Es una cuestión sobre la que hay que llegar a un juicio prudencial, teniendo en cuenta todas las circunstancias (tipo de institución, etc.), así como los costos de ciertas medidas en términos de ambiente de confianza y de libertad. Tratándose de adultos la formación moral y la virtud personal son insustituibles. Con estas medidas se quiere dar una ayuda razonable a las personas y evitar facilitaciones que acaban siendo una forma de cooperación al mal incompatible con los fines de una institución educativa. Si se advierte que una o varias personas se sirven de la red para llevar una conducta escandalosa (inducen a otros al mal, almacenan y distribuyen imágenes obscenas, etc.), se ha de actuar enérgi-camente con ellos, evitando poner en práctica restricciones que para la mayoría son inne-cesarias. Este tipo de medidas suscitan efectos contraproducentes entre los adultos. El ideal al que habría que tender es que los que pasan por una residencia salgan convencidos y educados respecto al buen uso de Internet, y no que simplemente acepten de modo pasivo unas restricciones de las que se liberarán apenas les sea posible.

De lo que se ha dicho a lo largo de este estudio se puede concluir que la formación en las virtudes necesarias para el recto uso de Internet forma parte integrante en la actualidad de la formación moral y cristiana que se ha de dar a todos. En ese contexto positivo encuentran su lugar adecuado las enseñanzas acerca de los medios técnicos de protección y de las demás medidas de prudencia recomendables en las diversas situaciones.

Pastoral Juvenil

Hacia comunidades catequizadas y catequizantes

-El nuevo paradigma de la Catequesis desde el Instituto
Internacional de Catequesis Lumen Vitae-

André Fossion

La reestructuración de la catequesis en tiempos de crisis

Desde hace unos cuarenta años, la catequesis se ha constituido en un campo muy notable de innovación, experimentación y creatividad. La presión de la vida y las nuevas circunstancias han hecho surgir en la práctica nuevas modalidades de organización de la catequesis, particularmente en lo que tiene que ver con las personas adultas. El magisterio de la Iglesia universal, por su parte, se ha mostrado muy comprometido con la renovación de la catequesis. Recordemos algunos momentos de sus intervenciones: la publicación del Directorio Catequético General en 1971, el Sínodo de los obispos sobre la catequesis en 1977, la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* en 1979, el Catecismo de la Iglesia Católica en 1992, la publicación del nuevo Directorio General para la Catequesis en 1997. Por lo tanto, se puede afirmar que, desde el final del Concilio Vaticano II, la catequesis ha entrado en una fase de reconstrucción, tanto si se considera el nivel de base, como si se tienen en cuenta los pastores.

Esta extraordinaria creatividad de la catequesis, sin embargo, ni asegura nada, ni se puede mirar con actitud triunfalista. En realidad, ésta es la contraparte de la profunda crisis que afecta la transmisión de la fe en nuestros días. En efecto, la catequesis se ha visto forzada a inventar, teniendo como trasfondo la crisis global de la iniciación cristiana en la actualidad. En concreto, lo que está haciendo crisis es el sistema catequético destinado a los niños y a los adolescentes, quienes se inscriben a una determinada

edad para prepararse sucesivamente a la primera comunión, a la profesión de fe o a la confirmación. Este sistema consiste esencialmente en la preparación a los sacramentos mencionados, los cuales, por demás, se perciben como la conclusión de la catequesis.

Este proceso catequístico en crisis está organizado en el ritmo escolar anual, en lugar del litúrgico, y propone el mismo esquema para todos. La preparación presacramental se le confía a un grupo de catequistas y se desarrolla, por lo general, sin tener en cuenta el conjunto de actividades de la parroquia y de la vida comunitaria. Aunque este clásico sistema de catequesis esté dando todavía algunos frutos, adolece de crecientes dificultades, no sólo en razón de sus limitaciones, sino, sobre todo, debido a su progresiva inadecuación a la evolución sociocultural de la sociedad, lo cual está generando una crisis, cuyos síntomas nos son bien conocidos: disminución constante de niños catequizados, abandono frecuente después de la recepción de los sacramentos, falta de motivación de los padres, folclorización de los ritos religiosos de paso, dificultad para encontrar catequistas, envejecimiento de los mismos, problemas de inserción de los jóvenes en las comunidades, etc.



El reto de la catequesis inicial de los niños y adolescentes.

Abordo aquí el ámbito más tradicional de la catequesis, ése en el que se piensa espontáneamente cuando se habla de catequesis. Esta catequesis de los niños y adolescentes sigue siendo, por supuesto, una exigencia esencial. ¿Pero cómo concebirla en el mundo que se acerca? Lo que está en juego, me parece, es darle una forma verdaderamente iniciática a la catequesis de las jóvenes generaciones. A este respecto, así como lo destacan los textos de la Iglesia, en particular el párrafo 90 del nuevo Directorio General para la Catequesis, la catequesis de los jóvenes bautizados tomará el catecumenado como modelo y se dejará inspirar por sus elementos esenciales.

1. Una catequesis articulada con la catequesis de toda la comunidad.

Es importante que la catequesis de los niños y adolescentes se apoye en la vida de la comunidad y en la catequesis de la misma. De esta forma, los niños y adolescentes percibirán que su propia catequesis es parte de la organización catequética comunitaria y que, con ellos y junto a ellos, también otras personas integrantes de la comunidad están participando de actividades catequéticas, que varían, por supuesto, con las circunstancias propias del caminar en la fe.

2. Una pedagogía que favorezca la inmersión.

La catequesis tendrá siempre un aspecto de instrucción y de enseñanza. Pero aunque este aspecto didáctico logre hacer comprensible la fe, no basta para que ésta llegue a ser deseable. Además es necesario ver, tocar, sentir..., ya que la percepción de la fe pasa también por los sentidos. Los procesos iniciáticos involucran todo el ser, haciéndole experimentar una vivencia mediante la inmersión en la realidad que se va a vivir: inmersión comunitaria, inmersión litúrgica, inmersión en el compromiso por un mundo mejor. El texto con las orientaciones de la catequesis de los obispos de Francia habla, a este respecto, de "baño eclesial". Esta inmersión deriva de la pedagogía evangélica del "venid y ved". En esta óptica iniciática, el catequista no es solamente un testigo, un instructor, un animador, un compañero; es también un "mediador", es decir, el que muestra y hace ver, facilita el descubrimiento del medio, pone en relación, establece vínculos personales y favorece así la aparición de un sentimiento de pertenencia a la comunidad cristiana. El (la) catequista es, hasta cierto punto, quien actualiza las virtualidades catequizantes de toda la comunidad.

3. Una pedagogía que apuesta a la libertad de avanzar a través de una amplia gama de posibilidades.

Hemos estado acostumbrados a una catequesis que ofrece cursos uniformes, con etapas que deben finalizarse a edades determinadas. Pero cabe aquí preguntarse si esta programación preestablecida favorece suficientemente el deseo y la libertad de los catequizados. Nos lamentamos cuando muchos adolescentes ejercen su libertad al término de la iniciación cristiana, abandonando toda práctica. Se les echa en cara su infidelidad o ligereza, mientras que ellos, por su parte, tienen el sentimiento de emanciparse de su condición infantil y de crecer. Más vale, pues, favorecer el ejercicio de la libertad desde el comienzo del proceso catequético.

La propuesta catecumenal es un modelo a este respecto. El proceso catecumenal está estructurado de tal forma, que existen una serie de etapas con sus respectivas metas. Pero la manera de recorrer cada etapa, el tiempo destinado para ello, va a variar según las personas. Abandonemos, pues, las edades determinadas de antemano para tal o cual etapa de iniciación. Procuremos, por el contrario, que si el niño comulga, si el adolescente proclama su fe, no sea porque llegó a la edad prevista para ello, sino porque su deseo ha madurado, y libremente ha hecho la solicitud para recibir el sacramento. Con todo, no se trata de esperar pasivamente a que el deseo nazca; esto llevaría, por demás, a relegar a los niños provenientes de familias culturalmente necesitadas. No. Es necesario estimular el deseo de los infantes y adolescentes, ofreciendo sistemáticamente catequesis por grupos de edad. A través de lo que se les ofrece, será necesario velar para que surja el deseo en cada niño, niña o adolescente, en relación con sus pares, en una dinámica de grupo, y en contacto con los adultos, de tal forma que sean ellos y ellas, como sujetos de la catequesis, quienes determinen el momento conveniente de avanzar a tal o cual etapa de su proceso de iniciación.

4. Una catequesis presacramental y postsacramental equilibradas.

Cuando se retoma la tradición catecumenal, conviene prever en el proceso de iniciación, tanto la catequesis que sigue a los sacramentos como la catequesis de preparación a los mismos. Las catequesis postsacramentales o mistagógicas, en particular, podrían ser la ocasión de encuentros intergeneracionales. Recordemos que, en la práctica catecumenal de los primeros siglos, toda la comunidad estaba invitada a participar en la catequesis mistagógica de los neófitos. Ésta era la forma como la comunidad acogía a los nuevos bautizados, y también la manera de entrar con ellos, y gracias ellos, en una catequesis permanente. A este respecto, sería muy oportuno favorecer en la actualidad las catequesis postsacramentales, las cuales se caracterizarían por abrir espacios para el diálogo entre jóvenes y adultos, lo que implicaría el mutuo testimonio de fe, beneficiándose así, tanto los unos como los otros..

5. Catequesis en redes que superen el nivel local. La catequesis de los niños y adolescentes no podría circunscribirse únicamente al nivel parroquial local.

Este nivel, por supuesto, es esencial; allí la comunidad cristiana tiene un rostro concreto y familiar. Recordemos, no obstante que, como en el catecumenado, no es la comunidad local aislada la que engendra la fe, sino la Iglesia diocesana en la que ella se inserta, y a través de la cual entra en comunión con la Iglesia universal. De aquí la importancia de la llamada decisiva por parte del obispo en el proceso catecumenal. Desde este punto de vista, es importante que la catequesis de los niños y adolescentes, aunque realizándose localmente, se conecte, a fortiori, con movimientos o redes (Taizé, Jornada Mundial de la Juventud, Movimiento Eucarístico Juvenil, etc.) que van más allá del nivel local, sobretodo cuando los recursos locales faltan. En estos tiempos de globalización, la catequesis no puede abstenerse de hacer experimentar a las jóvenes generaciones la diversidad y el alcance de la comunidad cristiana, y ha de hacerlo no sólo teóricamente, por medio de informaciones, sino también de manera práctica, mediante la participación en diversas iniciativas, en particular interparroquiales, o en redes que permitan hacer contactos y crear vínculos más allá del nivel local.

6. Nuevos ritmos y derroteros. Por último, me parece que es necesario reconsiderar los ritmos y los derroteros del proceso de iniciación ofrecido a los jóvenes.

La siguiente hipótesis plantea una renovación que toca aspectos fundamentales, pero sin pretender revolucionarlos, al tiempo que evita transiciones bruscas. En la actualidad, es un hecho que los jóvenes alcanzan generalmente una situación relativamente estable en lo profesional, lo afectivo y lo social, a partir de los 25 años. Por lo tanto, desde el punto de vista de la iniciación en la fe cristiana, se debe aprovechar este largo período, para proponer algunas etapas rituales inspiradas en el catecumenado.

- Entre 7 y 11 años se podría celebrar la primera comunión, junto con la confirmación, si el niño o la niña han sido bautizados en la primera infancia. En caso de que el bautismo no se haya administrado durante la primera infancia, o que se haya sustituido por una celebración cristiana para acoger la nueva vida, se podría proponer la celebración simultánea de los tres sacramentos de la iniciación. Esta etapa estaría marcada, además, por el signo simbólico de la entrega de una cruz y por la "redditio" del Padre Nuestro.

- Entre 12 y 14 años, podría proponerse una ceremonia de llamamiento a los jóvenes por parte de toda la comunidad cristiana. Durante esta ceremonia, se les hace entrega del Evangelio o de la Biblia. Esto representa una inversión importante con relación a la profesión de fe tradicional a los 12 años. No se trata aquí de un compromiso formal del joven con la comunidad, sino de un acto comunitario, en el que se convoca a los jóvenes y se les confía una tarea entregándoles el Evangelio

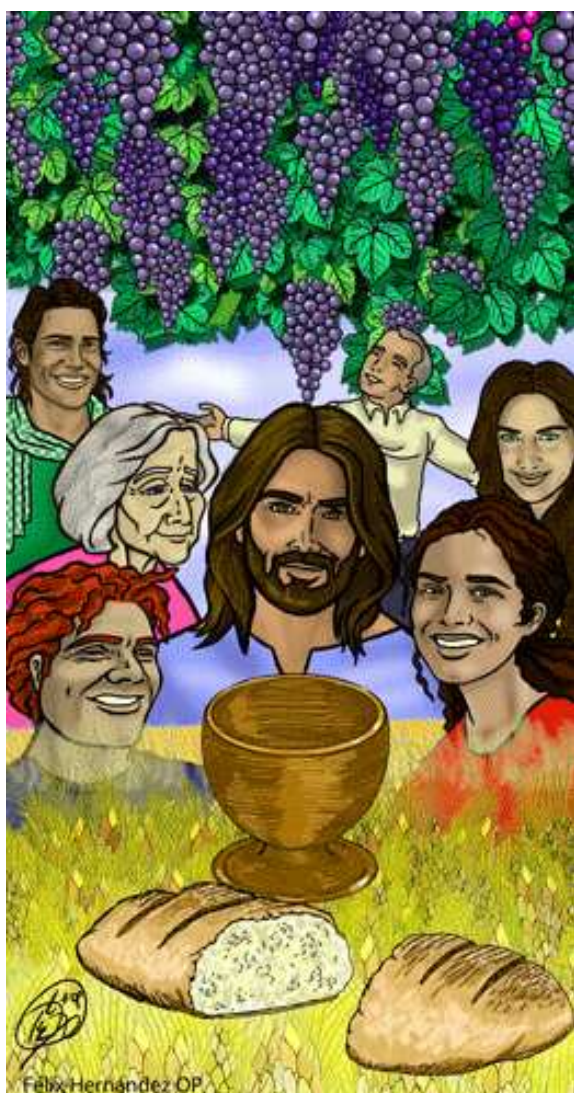
- Entre 16 y 19 años, al finalizar el ciclo de los estudios secundarios y entrar en un período de aprendizaje técnico o de estudios superiores, podría proponerse la profesión solemne de la fe, con toda la comunidad, el día de Pascua.
- Finalmente, alrededor de los 25 años, se podría proponer a los jóvenes adultos que están comenzando su vida profesional y conyugal, una celebración de reconocimiento de la fe recibida y de compromiso de servicio a la humanidad en la comunidad cristiana.

Es bueno notar que el proceso que acabo de plantear, no es posible sin la existencia de una estructura comunitaria, o al menos de un núcleo fraternal capaz de interrelacionar los diferentes estratos generacionales.

Un concepto amplio de la catequesis.

Los cuatro retos y tareas de la catequesis que os he presentado, implican un concepto ampliado pero preciso de la catequesis. Ésta constituye un dispositivo complejo y variado, orgánicamente constituido, pedagógicamente reflexionado, del que la comunidad se dota para crecer en la fe y para hacer crecer a cada uno de sus miembros.

Más concretamente, podríamos definir la catequesis de la siguiente manera:



- Junto con el kerigma, la homilía y la teología, la catequesis hace parte de la función profética de la Iglesia.
- Es una actividad de la palabra sobre la fe y sobre la vida cristiana,
- dialogada,
- inscrita en un proceso pedagógico reflexionado, con etapas y momentos definidos,
- con una organización establecida y consolidada,
- cuya finalidad es la de permitir que las personas (niños, jóvenes y adultos) y las comunidades puedan descubrir y comprender la esencia y coherencia del mensaje cristiano (creer/vivir/celebrar) y apropiarse libremente de él, bien sea inicialmente o en profundidad, y contribuir así a la edificación de una comunidad de cristianos y cristianas libres (confirmados), congregados en nombre del Evangelio, en medio del mundo y a su servicio.

Ésta es una definición amplia, pero precisa. En ella no se confunde la catequesis con la pastoral, de la que, no obstante, hace parte. En realidad, no todo en la Iglesia es catequesis. Pero si no todo es catequesis, ésta, sin embargo, está relacionada con todo, y recíprocamente, todo en la Iglesia puede tener una función catequética. Se puede comprender, por lo tanto, el llamado del nuevo Directorio, donde se pide una mejor concertación en el seno de la comunidad cristiana para que la actividad catequética, en sus diversas formas, esté

verdaderamente articulada con la pastoral de conjunto, y que las diferentes pastorales sean conscientes de su responsabilidad y de las consecuencias catequéticas de sus diversas acciones. Importa, en efecto, que dispongamos de una organización eficaz de la catequesis en sus distintos aspectos, articulada con una pastoral de conjunto.

Advertid que acabo de pronunciar la palabra "eficaz". Esta eficacia se refiere a la calidad del servicio que se ha de prestar a las personas en su caminar en la fe. En ningún momento se refiere, ni se puede confundir con cualquier tipo de voluntad de poder sobre las personas o de control en la transmisión de la fe; porque en la catequesis no hay soluciones milagrosas. Nos podemos preocupar al máximo por las condiciones que hacen posible, comprensible y deseable la fe. Pero la transmisión misma de la fe no está en nuestras manos. En este sentido, un nuevo creyente o una persona que se reinicia en la fe siempre constituirán una sorpresa; de ninguna forma serán el resultado de una conquista o el producto de nuestros esfuerzos. "Sucede con el Reino de Dios, lo mismo que con el grano que un hombre echa en la tierra. No importa que él esté dormido o despierto, que sea de noche o de día. El grano germina y crece, sin que él sepa cómo" (Mc 4, 26-27). Por eso tenemos que sembrar, y sembrar extensamente, contando con una organización eficaz. Pero es inútil ahogar los retoños, madurar los frutos a la fuerza o predecir la cosecha. Sembrar es emprender con nuestros contemporáneos una historia común, sin querer controlar los resultados. Por eso estamos llamados a poner por obra planes catequéticos audaces, rigurosos; un rigor que sea animado por el espíritu de la entrega desinteresada. Lo que simplemente hemos de vivir en la catequesis, es una exquisita solicitud hacia cada una y cada uno de los demás. Esta solicitud hacia cada persona y nuestra devoción a Dios -tal es nuestro testimonio- son como las dos caras de una misma moneda.

La solana

Soy mayor. Agradecimiento⁵⁷

José Carlos Bermejo

Introducción

*La peor vejez
es la del espíritu (William Hathlit)*

Muchas veces me he preguntado- como en otros ámbitos- qué escribimos para los mayores. Escribimos sobre geriatría, gerontología; escribimos para los que cuidan a los mayores; investigamos cómo cuidarles bien y generamos conocimiento “sobre los mayores”. Generamos literatura “sobre” que “para” las personas mayores.

El origen de este libro es sencillamente el deseo de ofrecer una lectura a los ancianos. Una lectura que les pueda resultar interesante en un nivel psicológico y espiritual, una lectura que les haga bien a la mente y al corazón.

Sueño este libro en manos de un nieto regalándolo a su abuelo o abuela, o de un hijo haciéndolo con sus padres. Pienso este libro en manos de un vecino que lo regala a quien vive en el piso o la casa de al lado. Lo deseo en manos de cualquiera que lo lleva a una residencia de mayores para regalarlo a un residente. Más aún: lo sueño en manos de algún joven que lo lee en voz alta sentado sin prisa al lado de una persona mayor, porque esta no puede a causa de la limitación de la vista o cualquier otra limitación pequeña o grande.

⁵⁷ Tomado de JOSÉ CARLOS BERMEJO (2013). *Soy Mayor. Pensamientos para regalar*. PPC, Madrid. 9-26.

Estas páginas quieren ser, pues, una propuesta de vida sana. Son diez sencillos temas en torno a los cuales, además de la reflexión introductoria, el lector encontrará algunas frases célebres que podrán provocarle el gusto de pensar en torno a ellas. Quizá no para aceptarlas en su totalidad, quizá para comentarlas con otros, quizá para aprender alguna de memoria y repetirla a algún amigo, a algún joven, como enseñanza propia de la sabiduría de la edad... Sigue un poema o lectura semejante que quiere contribuir a disfrutar del tema del capítulo, para concluir con una oración, de modo que el creyente termine poniendo en manos del buen Dios los pensamientos, sentimientos, deseos, compromisos... que pueden suscitarse con ocasión de la lectura del capítulo.

Entiendo que la ancianidad no ha de concebirse como un período de paso, sino como una etapa de la existencia humana. No se trata simplemente de que se haya perdido la juventud, sino de una manera diferente de estar en la vida, con una nueva situación, con una nueva tarea: realizar la «cabalidad» de la persona. Será un fracaso si seguimos constatando que lo mayores se limitan a dejarse vivir.

Si es cierto que se envejece como se ha vivido y se es cuidado como se ha cuidado, confiemos que, al luchar por dar más años a la vida y más vida a los años, aprendamos a envejecer y enseñemos a los más jóvenes a respetar, amar, estimar y mirar de frente a la vejez, es decir, a cada hermano anciano. Esta es la forma en que habremos humanizado la relación en cualquier edad que tengamos.

La Organización Mundial de la Salud, en el año 2001, utilizaba la expresión «envejecimiento activo» en este sentido: «El envejecimiento activo es el proceso por el cual se optimizan las oportunidades de bienestar físico, social y mental durante toda la vida, con el objetivo de ampliar la esperanza de vida saludable, la productividad y la calidad de vida en la vejez».

La expresión «envejecimiento activo» fue adoptada por la OMS a finales del siglo XX con la intención de transmitir un mensaje más completo que el de «envejecimiento saludable» y reconocer los factores y sectores, además de la mera atención sanitaria, que afectan a como envejecen individuos y poblaciones.

Otros organismos internacionales, círculos académicos y grupos gubernamentales (entre los que se incluyen el G8, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la Organización Internacional del Trabajo y la Comisión de las Comunidades Europeas) están usando también la expresión «envejecimiento activo» principalmente para expresar la idea de una implicación continua en actividades socialmente productivas y en un trabajo gratificante.

La palabra «activo» quiere referir una implicación continua en cuestiones sociales, económicas, espirituales, culturales y cívicas, no solo la capacidad para estar físicamente activo. Personalmente aprecio también la terminología de «envejecimiento saludable»-y no solo sanitizada-, bienvenida sea por o que nos evoca.

En efecto, también las personas mayores que estén enfermas o tengan limitaciones físicas como consecuencia de discapacidades pueden seguir colaborando activamente con sus familias, sus semejantes, en el ámbito comunitario y nacional. También se puede vivir saludablemente en esta situación.

Se trata de promover el máximo de autonomía posible, es decir, potenciar la propia capacidad para controlar, afrontar y tomar decisiones sobre la vida diaria, de sacarle el mayor y mejor partido posible -agradecido y gozoso- a la oportunidad de vivir cada día.

En esta segunda edición de este libro, que quiere ser sobre todo un regalo a los mayores, he añadido algunas indicaciones para la reflexión individual o en grupos que pueden resultar de interés para hacer del envejecimiento una oportunidad.

Agradecimiento

*“La vejez no es tan mala
si se considera la alternativa” (Maurice Chevalier)*

Una de las cosas más hermosas que podemos hacer en la vida es vivir agradecidos. Es saludable, hace bien a la salud, a la mente, al corazón.

El agradecimiento es la memoria del corazón. Es como diría Quevedo, la parte principal de un hombre de bien. Surge cuando una persona se siente en deuda con otra, con Dios, con la vida, porque le ha producido algún bien, le ha prestado un servicio o le ha hecho algún regalo. Ser mayor es reconocer el bien de la vida pasada. Las personas agradecidas se alegran por los bienes recibidos, los reconocen con alegría.

Entre los bienes más grandes que podemos agradecer se encuentran la vida, la salud, la amistad, la lealtad, las enseñanzas de nuestros predecesores.

Es difícil ser agradecidos si no admitimos nuestra limitación y que necesitamos de los demás, si no reconocemos las obras de los otros, si no reconocemos que muchas de las cosas buenas que tenemos o hemos vivido se deben a lo que otros nos han dado: amor, protección, cuidados, talento, sabiduría.

En cambio, la ingratitud es índice de soberbia y egoísmo, cuando no de mala fe. El ingrato se caracteriza porque ignora o pretende de ignorar el bien que le hacen los demás. Está tan acostumbrado a obtener siempre lo mejor para sí que no le es fácil reconocer los méritos ajenos. La persona que encuentra dificultad en agradecer, es fácil que tenga la costumbre de encontrarle defectos a todos, en lugar de mirar la parte positiva de las cosas y relaciones.

En la tradición, forma parte del agradecimiento el «bendecir» a los demás y las cosas. En realidad, quien «bendice», quien «dicen bien», ensalza, muestra alegría, expresa buenos deseos.

Resulta interesante este testimonio del libro *Martes con mi viejo profesor*, que, al sentirse sin cuidado en medio de su enfermedad y dependencia, se expresa así:

-¿Y sabes una cosa? Una cosa muy extraña.

-¿Qué es?

-Que empecé a *disfrutar* de mi dependencia. Ahora me gusta que me vuelvan de costado y me pongan pomada en el trasero para que no me salgan llagas. O que me sequen la frente, o que me den un masaje en las piernas. Gozo con ello. Cierro los ojos y me deleito con ello. Y me parece muy familiar.

-Es como volver a ser niño. Que una persona te bañe. Que una persona te tome en brazos. Que una persona te limpie. Todos sabemos ser niños. Lo llevamos dentro. Para mí es una cuestión de recordar el modo de disfrutarlo.

La verdad es que cuando nuestras madres nos tenían en brazos, nos acunaban, nos acariciaban la cabeza, ninguno de nosotros se cansaba nunca.

Sentirse agradecido es un modo sabio de vivir, incluso la dependencia, la necesidad de los demás. Es conjugar verbos de acción en medio de la pasividad o aparente pasividad. Y se puede.

Quizá sea conocida la aportación del psiquiatra vienés Viktor Frankl en el ámbito de la logoterapia, como referente ineludible en la reflexión sobre el sentido, particularmente el sentido del sufrimiento en la vida.

Con su experiencia de preso en los campos de concentración nazis, nos reclaman la libertad posible en medio de la esclavitud. En efecto, Viktor Frankl distingue -en la búsqueda de sentido- entre tres tipos de valores:

- o Valores de acción (homo faber), que son capaces de dar sentido a quien despliega a través de lo que hace aquello que es capaz de hacer.
- o Valores de relación, de amor (homo amans), que son capaces de dar sentido a través de la interacción y la significatividad de las persona con las que entramos en contacto.
- o Valores de actitud o de «soportación» (homo patiens); estos son capaces de dar sentido a nuestras vidas aun cuando han de ser vividos en la adversidad.

Esta reflexión de Frankl puede ser útil para las personas mayores, particularmente las dependientes. Muchas no pueden sentirse bien con lo que hacen (valores de acción) por sus limitaciones. Otras no logran tampoco tener experiencias significativas en las relaciones que desearían (valores de relación), porque han perdido muchos de los vínculos significativos. La fragilidad de los valores de acción y de relación, por tanto, nos permite reclamar la libertad de adoptar una u otra actitud cuando no se pueden cambiar muchas de las condiciones que imponen la limitación física o los límites relacionales.

Mientras las capacidades mentales no sean secuestradas, mientras el deterioro cognitivo no irrumpa en la vida, la persona mayor puede ser responsable (dar una respuesta personal) en medio de las limitaciones inevitables. Los valores de actitud son reclamados siempre, pero particularmente cuando la pasividad externa reclama la actividad actitudinal, las disposiciones interiores, el modo de vivir la adversidad. Por eso se puede incluso formular la expresión «vivir sanamente la dependencia, vivir sanamente el sufrimiento». No es una propuesta ilusionaria que niegue la crudeza de la realidad limitada. Es la toma de conciencia de la condición humana libre y responsable también ante lo que «padece». Esta libertad puede conjugarse en términos de agradecimiento.

De alguna manera es preciso relativizar la edad y tomar conciencia de que envejecer no es sinónimo de morir ni de inactividad. No se trata de negar los años, sino de mirar el camino recorrido, acoger los cambios sobrevenidos, agradecer los progresos y la evolución experimentada, y poner el acento en las capacidades reales y posibles de que se dispone, sea en el ámbito que se. Es así como se puede no solo añadir más años a la vida, sino también y sobre todo más vida a los años.

El agradecimiento que es posible vivir en la vejez puede ser experimentado mirando en positivo lo que se tiene, efectivamente. Es ilusorio situar la solución de las crisis de la vejez en un cierto mimetismo de la juventud, como si vivir una vejez feliz consistiera en permanecer joven. Ahí reside una ambigüedad: la tendencia torpe a valorarse por la juventud que se poseyó o que se experimenta interiormente, en lugar de valorarse por la vejez que se posee. Como si el único bien fuese la juventud. ¿Es un mal la vejez que se posee y un bien la juventud que se poseyó? Salvador Dalí decía: «Muchas personas no cumplen los ochenta porque intentan durante demasiado tiempo quedarse en los cuarenta».

Simone de Beauvoir propone esta solución para vivir en positivo la vejez: «Para que la vejez no sea una burlesca parodia de nuestra existencia anterior no hay más que una solución: continuar persiguiendo los fines que han dado sentido a nuestra vida: desvelo favor de los individuos, de las colectividades, de las causas, trabajo social y político, intelectual, creador».

Canción

Por si las musas

*Solo yo, hablando del tiempo,
entreveres como gotas de lluvia
mis historias de amor y soledades,
de añoranzas sin fin de lo vivido
y recuerdos de infancia y adolescencia
de la música.
Y ahora estoy, aquí,
intentando resumir en minutos
lo que fue mi vida
y evitando pronunciar la palabra «despedida»,
por si un día las musas deciden volver
y regalarme una nueva canción,
algún día
mis emociones
y mi modo susurrando al oído
mis historias vividas o inventadas,
porque todas al fin fueron canciones
que salieron del alma y se marcharon
y volaron en brazos de la música.
Y ahora estoy, aquí,
intentando agradecer tantas cosas
que me dio la vida
y evitando pronunciar la palabra «despedida»,
por si un día las musas deciden volver
y regalarme una nueva canción,
intentando resumir en minutos
lo que fue mi vida
y evitando pronunciar la palabra «despedida»,
por si un día las musas deciden volver
y regalarme una nueva canción,
algún día.*

JOSÉ LUIS PERALES

Oración

Acción de gracias

Hoy no ha ocurrido nada singular,
nada para poner
en la agenda de los recordatorios importantes.
Pero quiero,
quizá por eso mismo,
dar gracias a la vida,
darte gracias, mi vida, vida mía.

Gracias

porque la lavadora sigue funcionando
mucho más allá del tiempo de garantía;
porque la leche que usamos sigue en oferta
en el supermercado;
porque el ordenador no se me ha colgado,
el teléfono funciona casi siempre
y la luz se enciende cuando doy al interruptor.

Gracias

porque hay obras por las calles;
porque la basura que dejé anoche en la puerta
ya no estaba esta mañana;
porque me ha llegado el extracto del banco
(con retraso de días);
porque en el buzón había también
propaganda de apartamentos en la playa.

Gracias

porque nuestros hijos
y nuestros nietos (también nosotros)
han cumplido un día más,
y los más pequeños
ya van alcanzando su primer millar de días;
porque sé-amigos míos- que estáis ahí;
porque entre todos hemos hecho hoy
un trocito más
de historias sin epopeyas.

Gracias

-ahí es nada-
porque el sol, aunque está libre,
ha decidido hoy también amanecer;
porque los días son un poco más cortos,
pero a cambio
las noches son un poco más largas;
y gracias
porque dentro de seis meses será al revés.

Gracias también

porque, muy probablemente,
mañana
y pasado
y al otro
podré rezar también este salmo.
Sencillamente,
rutinariamente,
como la vida misma,
como la Vida.

Para la reflexión personal o en grupo

- ✓ ¿Qué significa para mí vivir agradecida o agradecido?
- ✓ Identifico varias personas_a las que podría expresar mi agradecimiento por algún motivo.
- ✓ Planifico el modo de verbalizar el agradecimiento: a quién, cuándo, cómo.

El anaquel

El mensaje de Esteban Sándor, Salesiano Coadjutor⁵⁸

Pierluigi Cameroni, sdb

I. Notas biográficas

Stefano Sándor nació en Szolnok, Hungría, el 26 de octubre de 1914 de Stefano y Maria Fekete, fue el mayor de tres hermanos. El padre era empleado de los Ferrocarriles del Estado, la madre era ama de casa. Ambos transmitieron a sus hijos una profunda religiosidad. Stefano estudió en la ciudad obteniendo el diploma de técnico metalúrgico. De niño fue estimado por los compañeros; era alegre, serio y amable. Ayudó a sus hermanos a estudiar y a rezar, dando él ejemplo. Recibió con fervor la confirmación comprometiéndose en imitar a su santo patrón y a San Pedro. Ayudaba a la misa diaria de los Padres Franciscanos y recibía la Eucaristía.

Leyendo el Boletín Salesiano conoció a Don Bosco. Inmediatamente se sintió atraído por el carisma salesiano. Habló con su director espiritual y le expresó el deseo de entrar en la Congregación Salesiana. También habló con sus padres. Le negaron el consentimiento y trataron por todos los medios de disuadirlo. Pero Stefano fue capaz de convencerlos, y en 1936 fue aceptado en *Clarisseum*, donde en dos años hizo el aspirantado. Asistió a la tipografía "Don Bosco" e hizo el curso de técnico – impresor. Comenzó el noviciado, pero tuvo que interrumpirlo por la llamada a las armas.

⁵⁸ Este informe se basa principalmente en el testimonio y el material documental producido con motivo de la encuesta diocesana y romana de beatificación y canonización del joven coadjutor salesiano y recogida en la *Positio*. CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM (Prot. N. 2758). Strigonien.–Budapestinen. *Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servi Dei Stephani Sándor Laici Professi e Societate Sancti Francisci Salesii in odium fidei, uti fertur, interfecti* († 8 Iunii 1953) – POSITIO SUPER MARTYRIO, ROMA, Tipografia NOVA RES s. r. l. Piazza di Porta Maggiore, 2. 2012.

En 1939 le licenciaron, y después de su año de noviciado, hizo su primera profesión el 8 de septiembre 1940 como salesiano coadjutor. Destinado a *Clarisseum*, participó activamente de la enseñanza en los cursos profesionales. También tuvo la tarea de la asistencia al oratorio, que dirigió con entusiasmo y competencia. Fue el promotor de la Juventud Obrera Católica; su grupo fue reconocido como el mejor del Movimiento. Siguiendo el ejemplo de Don Bosco, se mostró como un modelo de educador. En 1942 fue llamado de nuevo al frente, y le impusieron la medalla de plata al valor militar. La trinchera era para él un oratorio festivo donde animaba con espíritu salesiano a sus compañeros del frente. Al acabar la Segunda Guerra Mundial se dedicó a la reconstrucción material y moral de la sociedad, dedicándose especialmente a los jóvenes más pobres, a los que juntó para enseñarles un oficio. El 24 de julio de 1946 hizo su profesión perpetua como Salesiano Coadjutor. En 1948 recibió el título de maestro – impresor. Al finalizar los estudios, los alumnos de Stefano eran contratados por las mejores imprentas de la capital y del Estado.

Cuando en 1949, el Estado, bajo el poder de Mátyás Rákosi, confiscó las propiedades de la iglesia y comenzó la persecución contra las escuelas católicas, que tuvieron que cerrar sus puertas, Sándor trató de recuperar lo salvable, al menos una parte de la prensa y algo del mobiliario que tantos sacrificios había costado. De repente, los Salesianos se encontraron sin nada; todo era del Estado. El estalinismo de Rákosi continuó haciendo estragos: los religiosos se dispersaron. Sin hogar, ni trabajo, ni comunidad, muchos de ellos fueron reducidos a la situación de los inmigrantes ilegales. Sin poder manifestar su identidad religiosa, se lanzaron a hacer de todo: desde barrenderos, campesinos, obreros, porteros, sirvientes... Incluso Stefano tuvo que "desaparecer", dejando su imprenta que se había hecho famosa. En lugar de refugiarse en el extranjero se quedó en el país para salvar a la juventud húngara. Atrapado sin esperarlo, (estaba tratando de salvar algunas máquinas), tuvo que huir rápidamente y permanecer oculto durante unos meses, y luego, con otro nombre, fue capaz de conseguir un trabajo en una fábrica de detergentes en la capital. En medio de tantas dificultades continuó su apostolado sin miedo y en secreto, sabiendo que la actividad estaba prohibida. En julio de 1952 fue capturado en su lugar de trabajo, y nunca más fue visto por sus hermanos. Un documento oficial certifica el juicio y la condena a muerte siendo ejecutado en la horca el 8 de junio de 1953.

La fase diocesana de la causa del martirio se inició en Budapest el 24 de mayo del 2006 y concluyó el 8 de diciembre del 2007. El 27 de marzo del 2013 el Papa Francisco autorizó a la Congregación de la Causa de los Santos para promulgar el Decreto de martirio y a celebrar el rito de la beatificación el sábado 19 de octubre del 2013 en Budapest.

II. Testimonio original de santidad salesiana

Estos sencillos apuntes sobre la biografía de Sándor nos han introducido en el centro de **su vida espiritual**. Contemplando al personaje que los llevó a la vocación salesiana, guiado por la acción del Espíritu, y ahora propuesto por la Iglesia al honor de los altares, nos encontramos con ciertos valores de la santidad a la que todos estamos llamados: el profundo sentido de Dios y la disponibilidad plena y serena a su voluntad, la atracción por Don Bosco y la cordial pertenencia a la comunidad salesiana, la presencia animadora entre los jóvenes, el espíritu de familia, la vida espiritual y de oración cuidada personalmente y compartida con la comunidad, la total consagración a la misión salesiana vivida en la dedicación los aprendices y a los jóvenes trabajadores -los muchachos del Oratorio- y la animación de los grupos juveniles. Se trata de una presencia activa en el mundo de la educación y de la sociedad, todo animado por el amor de Cristo, que lo llevaba muy dentro.

Hubo algunos **gestos que manifiestan lo heroico y lo inusual**, hasta el gesto supremo de dar su vida por la salvación de la juventud húngara. "Un joven quería subirse al tranvía que pasaba por delante de la casa salesiana. Un resbalón al subir y cayó debajo del vehículo. El carruaje se detuvo demasiado tarde, una rueda lo hirió gravemente en el muslo. Una multitud se reunió para ver la escena sin intervenir, mientras que el pobre joven iba a morir desangrado. En ese momento se abrió la puerta del colegio y *Pista*, (Stefano) salió con una camilla plegable bajo el brazo. Se quitó la chaqueta, se deslizó debajo del tranvía y sacó al joven con precaución, apretando el cinturón alrededor de la hemorragia del muslo, y

puso al joven en la camilla. En este momento llegó la ambulancia. El público celebró con entusiasmo la acción de *Pista*. Se sonrojó, pero no podía ocultar la alegría de haber salvado la vida de aquel joven⁵⁹.

Uno de sus muchachos recuerda: "Un día enfermé gravemente de tifus. En el Hospital de Újpest y al lado de mi cama, estaban mis padres preocupados por mi vida. Stefano Sándor se ofreció a darme la sangre, si era necesario. Este acto de generosidad conmovió mucho a mi madre y a todas las personas que me rodeaban⁶⁰.

Aunque han pasado sesenta años desde su martirio y la Vida Consagrada ha evolucionado notablemente después del Concilio Vaticano II, la vida de Stefano Sándor es una llamada a la vocación y a la santidad para todo Salesiano. El **camino a la "santidad salesiana"** ha quedado bien dibujado por Stefano, como señal y mensaje que abre perspectivas hoy para todos nosotros, que estamos llamados a vivir la consagración apostólica y el carisma de Don Bosco. Se realiza de esta manera la afirmación de nuestras Constituciones: "Los hermanos que han vivido o viven en plenitud el proyecto evangélico de las Constituciones son para nosotros un estímulo y ayuda en el camino de la santificación."⁶¹ La beatificación de nuestro hermano nos demuestra concretamente el "alto grado de la vida cristiana ordinaria", indicado por el Beato Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte*.⁶²



III. Bajo el lema de Don Bosco

Siempre es interesante tratar de identificar el misterioso plan que el Señor teje para cada uno de nosotros con el hilo conductor de toda la existencia. Si tuviera que expresar con una fórmula sintética el secreto que ha inspirado y guiado cada paso de la vida de Stefano Sándor, consideraría exhaustivas

⁵⁹ Testimonio de Ferenc Hollai. *Positio*, p. 124-125.

⁶⁰ Testimonio de Ferenc Sztancsik. *Positio*, p. 161.

⁶¹ Const. 25.

⁶² *Novo Millennio Ineunte* 31.

estas palabras: **seguir a Jesús, con Don Bosco y como Don Bosco, en todas partes y siempre**. En la historia de la vocación de Stefano Don Bosco irrumpe de una manera original y con las características típicas de una vocación bien identificada, como escribió el párroco franciscano presentando al joven Stefano: "Aquí en Szolnok, en nuestra parroquia tenemos un joven muy valiente: Stefano Sándor del que soy padre espiritual y que, después de la escuela técnica, aprendió el oficio en una escuela metalúrgica; comulga todos los días y le gustaría unirse a una Orden religiosa. Por nuestra parte no tendríamos ningún problema, para que entrase en la Familia de D. Bosco como Salesiano Coadjutor".⁶³

La opinión positiva del párroco y director espiritual se harían realidad. Stéfano practicaba desde tiempo atrás el trabajo y la oración, características de la vida salesiana. Había recorrido desde años pasados un camino espiritual perseverante y constante con un guía espiritual que le acompañaba, y aprovechaba el tiempo con el aprendizaje de la tipografía que con el tiempo la perfeccionaría, como medio de trabajo entre los jóvenes.

Llegó a conocer a don Bosco a través del Boletín Salesiano y de las publicaciones Salesianas de Rákospalota. A partir de este contacto a través de la prensa Salesiana quizás nació su pasión por la tipografía y los libros. En la carta al Provincial de los Salesianos de Hungría, don Juan Antal, en la que pide ser aceptado entre los hijos de Don Bosco, declaró: "Siento la vocación de unirme a la Congregación Salesiana. Trabajar, siempre que sea necesario; sin trabajo, no se puede alcanzar la vida eterna. Me gusta trabajar".⁶⁴

Desde el principio surge la voluntad firme y decidida a perseverar en su vocación, como luego hizo realidad. El 28 de mayo 1936 al solicitar la admisión al noviciado salesiano, declaró: "haber conocido la Congregación Salesiana y estar cada vez más seguro en su vocación religiosa, a fin de ser capaz de poder **perseverar bajo la bandera de Don Bosco**"⁶⁵. Con pocas palabras Sándor expresa un sentido vocacional de alto perfil: conocimiento profesional de la vida y del espíritu de la Congregación, la confirmación de una decisión correcta e irreversible y la seguridad para el futuro de ser fiel al trabajo que le espera.

El acta de la admisión al noviciado, en italiano (2 de junio 1936), corrobora por unanimidad la experiencia del aspirantado: "con excelentes resultados, diligente, piadoso y su trabajo en el oratorio festivo, era práctico, ejemplar, recibió el título de impresor, pero aún no tiene práctica"⁶⁶. Estos rasgos se consolidaron después del noviciado, los que definirán el carácter del salesiano laico: **su vida ejemplar, la generosa disponibilidad en la misión salesiana y la competencia en la profesión de impresor**.

El 08 de septiembre 1940 emite la profesión religiosa como Salesiano Coadjutor. De este día de gracia, aportamos una carta escrita por *Pista*, como se le llamaba familiarmente, a sus padres: "Queridos padres, tengo que informaros de un evento importante para mí y que **dejará huellas indelebles en mi corazón**. El 8 de septiembre, por la gracia de Dios y con la protección de la Santísima Virgen me he comprometido con la profesión a amar y servir a Dios. En la fiesta de la Virgen Madre **he hecho mi boda con Jesús** y me comprometí con los tres votos para ser Suyo, a no alejarme de Él y a perseverar en la fidelidad a Dios hasta la muerte. Por tanto, les pido a todos que no me olviden en sus oraciones y en la Comunión. Hago votos para que pueda permanecer fiel a mi promesa hecha a Dios. Pueden imaginar que se trataba de un día feliz para mí, fundamental en mi vida. No creo que podría haber dado a la Señora un regalo de cumpleaños mejor que el don de mí mismo. Supongo que el buen Jesús nos habrá mirado con ojos afectuosos, ya que iba a entregarme a Dios... Saludos afectuosos a todos. *PISTA*".⁶⁷

⁶³ Carta del capellán Fry Kazmer Kollár, OFM, de 10.12.35, al Canciller de la Diócesis de Vac para recomendar a Stefano Sándor al Inspector de los Salesianos. *Positio*, p. 227.

⁶⁴ Carta de Stefano Sándor al Provincial salesiano don János Antal (23 diciembre 1935). *Positio*, p. 230.

⁶⁵ Carta de Stefano Sándor al director de la comunidad de Rákospalota, Don János Bali (28/05/1936). *Positio*, p. 231-232.

⁶⁶ Acta de la casa Rákospalota (02/06/1936). *Positio*, p. 233.

⁶⁷ Carta a los padres (Mezőnyárád, septiembre 1940). *Positio*, p. 294-295.

IV. Dedicación absoluta a la misión

"La misión da a toda nuestra existencia su tono concreto...", dicen las Constituciones⁶⁸. Stefano Sándor vivió la misión salesiana en el campo que se le había confiado, encarnando la caridad pastoral como **salesiano coadjutor, al estilo de Don Bosco**. Su fe le llevó a ver a Jesús en los jóvenes aprendices y trabajadores, en los chicos del Oratorio, y en los de la calle.

En la industria tipográfica la dirección competente del Administrador se considera una tarea esencial. **Stefano Sándor estaba a cargo de la gestión, del adiestramiento práctico y específico de los aprendices**, y de la fijación de precios de los productos impresos. La tipografía "Don Bosco" disfrutó en todo el país de gran prestigio. Publicaban las ediciones del *Boletín Salesiano*, *Juventud Misionera*, revista para la juventud, *el calendario Don Bosco*, libros devocionales y la edición en húngaro de los escritos oficiales de la Dirección General de los Salesianos. En este ambiente Stefano Sándor comenzó a gustar los libros católicos que llegaban a sus manos, no sólo preparando su impresión, sino también estudiándolos.



En el servicio a la juventud también fue **responsable de la educación de los jóvenes colegiales**. Esta fue una tarea importante, además de su formación técnica. Era cercano al evaluar a los jóvenes, en el aprendizaje exigente, siempre cariñoso. En cualquier momento durante el período del aprendizaje los ayudaba como un hermano mayor. Stefano Sándor se distingue por una fuerte personalidad: poseía una excelente instrucción específica, acompañada por la disciplina, la responsabilidad y el espíritu de familia.

No se centraba en un determinado trabajo, sino que **estaba disponible para cualquier necesidad**. Asumió el cargo de sacristán de la pequeña iglesia del *Clarisseum* y se encargó de la dirección del "Pequeño Clero". Prueba de su capacidad de resistencia fue también el compromiso del **trabajo voluntario en el floreciente oratorio**, al que asistían regularmente los jóvenes de los dos suburbios de Újpest y Rákospalota. Le gustaba participar en los juegos de patio con los niños; en los partidos de fútbol era un árbitro competente.

V. Religioso Educador

Stefano Sándor fue un **educador en la fe** para cuantos se acercaban a él, hermano o joven, y sobre todo en los momentos de prueba y en la hora del martirio. Sándor realmente había hecho de la misión entre los jóvenes el propio espacio educativo, donde vivió todos los días los criterios del Sistema Preventivo Don Bosco -la razón, la religión y el amor- en la cercanía y la asistencia amorosa con los jóvenes trabajadores. Todo tiempo era poco para prestar ayuda, atender y aceptar las situaciones de sufrimiento, en el testimonio vivo de la presencia del Señor, su gran amor.

En Rákospalota Stefano Sándor se dedicó con celo a la formación de los jóvenes tipógrafos, la educación de los niños del Oratorio y de los "Paggi del Sagrado Corazón". En estos frentes manifestó

⁶⁸ Cf. Const. 3.

un extraordinario sentido del deber; viviendo con gran responsabilidad su vocación religiosa y caracterizándose por **una madurez que despertaba admiración y estima**. "Durante su actividad tipográfica, vivía intensamente su vida religiosa, sin ningún deseo de aparentar. Fue delicado en la vivencia de los votos de pobreza, castidad y obediencia. En este campo, su sola presencia era un verdadero testimonio. Los alumnos reconocían su **autoridad**, gracias a su fraternal estilo. Ponía en práctica todo lo que decía o preguntaba a los alumnos, y nadie podía contradecirlo en modo alguno".⁶⁹

El Sr. György Érseki conocía los salesianos desde 1945 y después de la Segunda Guerra Mundial se fue a vivir a Rákospalota, en el *Clarisseum*. Su relación con Stefano Sándor duró hasta 1947. De este período no sólo nos da una idea de las muchas actividades del joven coadjutor, tipógrafo, catequista y educador de la juventud, sino también una lectura profunda, que muestra **la riqueza espiritual y la capacidad educativa de Stefano Sándor**:

"Stefano Sándor era una persona muy dotada por la naturaleza. Como maestro, pudo apoyar y confirmar su capacidad de observación y su personalidad multifacética. Fue un buen educador, amigo de los jóvenes. Cada uno se sentía querido por Stefano, como si fuera el único. Todavía hay un detalle más que pertenece a su personalidad: consideraba el trabajo como un deber sagrado. Ofreció su vida y utilizó todas sus energías para llevar a feliz término la realización de este propósito. Gracias a una intuición innata, podía captar el ambiente y tratar de influir de forma positiva...".

Tenía un carácter fuerte como educador; se preocupaba de todos individualmente. Se interesaba por nuestros problemas personales, reaccionando siempre de una manera que se adaptaba a nosotros. De esta manera aplicaba los tres principios de Don Bosco: razón, religión y amabilidad. Los Coadjutores Salesianos no llevaban distintivo externo fuera del contexto litúrgico, pero el aspecto de Stefano Sándor se distinguía fácilmente. En cuanto a su trabajo como educador, nunca recurría al castigo físico, siendo fiel al sistema preventivo, aunque a su alrededor hubiera profesores que no lo hacían igual. Con los aprendices que le habían sido encomendados, formaba una pequeña comunidad dentro del Colegio, a pesar de su diferencia de edad y cultura. Comían acompañados de otros estudiantes y durante las comidas se leía la Biblia. Por supuesto con ellos estaba Stefano Sándor. Gracias a su presencia, el grupo de aprendices industriales siempre era el más disciplinado.

Stefano Sándor permaneció siempre juvenil, demostrando una **gran comprensión hacia los jóvenes**. Compartiendo sus problemas les transmitía mensajes positivos y los sabía aconsejar a cada uno, humana y religiosamente. Su personalidad reveló una gran tenacidad y resistencia en el trabajo, incluso en las situaciones más difíciles se mantuvo fiel a sus ideales. El colegio salesiano Rákospalota albergaba una gran Comunidad, que realizaba un gran trabajo con los jóvenes en todos los niveles. En el colegio, junto a la tipografía, vivían seminaristas a prueba, que estaban en estrecha contacto con los coadjutores. Recuerdo los siguientes nombres: József Krammer, Imre Strifle, Vilmos Klinger y László Merész. Estos seminaristas tenían funciones distintas a las de Stefano Sándor. Gracias a su vida en común, sabía de los problemas, las virtudes y los defectos de los demás. **Stefano Sándor en su relación con los clérigos mantuvo siempre el trato apropiado**; logró encontrar el tono fraterno para advertirles cuando mostraron alguna deficiencia, sin caer en el paternalismo. De hecho, iban los jóvenes clérigos a pedirle su opinión. En mi opinión, realizó los ideales de Don Bosco. Desde el primer momento de nuestro trato. Stefano vivía el espíritu característico de los miembros de la Sociedad Salesiana: el sentido del deber, la pureza, la religiosidad, la práctica y la fidelidad a los principios cristianos".⁷⁰

Un muchacho de ese tiempo recuerda el espíritu que animaba a Stefano: " Mi primer recuerdo de él se relaciona con la sacristía del *Clarisseum* en la que, como sacristán principal, exigía el orden imponiendo la seriedad debida al lugar con su comportamiento; siempre nos dio buen ejemplo. Fue una de sus características, darnos los avisos con un tono moderado, sin levantar la voz, indicándonos cortésmente cómo debíamos hacer nuestros deberes. Este comportamiento espontáneo y amable nos conquistó. Realmente le queríamos mucho. Estábamos encantados con la naturalidad con la que se ocupaba de nosotros. Nos enseñaba a rezar, testimoniando la espiritualidad del Salesiano

⁶⁹ Testimonio de Mátyás Székely. *Positio*, p. 140.

⁷⁰ Testimonio de György Érseki. *Positio*, p. 131-132. 135-136.

Coadjutor de la época. Nosotros, los jóvenes, a menudo nos dábamos cuenta de lo especial que era esta persona. Destacaba por su seriedad, manifestada en la iglesia, en el taller, e incluso en el patio de recreo.⁷¹

VI. El “Trabajo santificado”: síntesis entre espiritualidad y profesionalidad

Una consideración atenta sobre la vida de Stefano nos lleva al reconocimiento de los contenidos y de los métodos que utilizaba, la intuición de la **dignidad inherente de los valores innatos** y de las acciones diarias, que son el horizonte normal de la vida y del mundo laico

De un joven aspirante se destaca la conexión entre **la solicitud de ser salesiano y la disponibilidad para trabajar**. Es una característica típica del espíritu de Don Bosco, quien le guiará en la opción más clara desde el principio y vivida con alegría, ser un Salesiano Coadjutor. Sin saberlo el joven Stefano tiene toda la gran tradición cristiana relativa al trabajo: la del apóstol Pablo, quien se mantenía con su trabajo e invitaba a los cristianos de las primeras comunidades a hacer lo mismo: "el que no quiere trabajar, que tampoco coma" (2 Tes 3 , 10) o de la monástica del '*ora et labora*'. Imitó a Don Bosco, y captó la promesa hecha por el santo a sus hijos: “pan, trabajo y paraíso”; el trabajo visto desde la esperanza cristiana de la recompensa eterna.

Su vida estaba llena de pequeños detalles durante las actividades diarias, que son propias de un servicio hecho con responsabilidad. Todo estaba lleno de un permanente **flujo de caridad**, que lo impregnaba todo, transformándolo, hasta convertirlo en energía de unificación vital y pura evangelización. Incluso su continuo esfuerzo le llevó en su vida a hacer de ella brotes continuos de la caridad. Como buen Salesiano hacía todas las cosas, con sencillez y moderación.⁷²

Resulta con singular claridad, que la historia de Stefano Sándor es la apasionada búsqueda de **una síntesis**, cada vez más madura, **de la verdadera profesionalidad y el crecimiento en la autenticidad espiritual**. Para tal desafío se debe responder con una "*gracia de unidad*", que transforma la profesionalidad en el descubrimiento de la vida consagrada, y de hecho, si se me permite decirlo así, en una cualificación adicional. En la raíz de esa unidad no es difícil encontrar una caridad laboriosa, la serena confianza en el progreso de la ciencia y de la técnica, la necesidad de conversar en pie de igualdad con nuestros interlocutores, para dar vigor a la propia vocación y a su mensaje, para que esa unidad se convierta en energía evangelizadora y en presencia cualificada de la Iglesia.

Stefano Sándor había aprendido y asimilado bien lo que el Beato Felipe Rinaldi llamó "**trabajo santificado**", solicitando una indulgencia especial al Santo Padre⁷³, y al ver en ella un rasgo esencial de la espiritualidad salesiana⁷⁴. En el concepto de "trabajo" se incluye toda la profesionalidad de que somos capaces. Y "santificado", cuando es hecho con caridad y con espíritu de sacrificio.

El salesiano, en virtud de su experiencia, estará capacitado para educar a sus destinatarios -primero implícitamente y luego también de manera explícita- con un **nuevo profesionalismo**, evangélicamente inspirado, capaz de renovar la calidad de vida. Es el resultado armonioso de una competencia específica técnica y cultural, capaz de articular profundas razones éticas y espirituales de relación y de apoyo. Y que parece ser capaz de redimir y redefinir el trabajo del hombre -que es una parte importante de su vida- y, al mismo tiempo, apoyar y fomentar la civilización del amor. Su testimonio de Salesiano Coadjutor tuvo un gran impacto en los niños que le fueron confiados; y su autoridad educativa incidió profundamente en la formación humana y cristiana, como también se demostró en el proceso: "Los jóvenes lo amaban especialmente porque sabía mantener el orden de manera amable.

⁷¹ Testimonio de Ferenc Sztancsik. *Positio*, p. 160-161.

⁷² Const. 18.

⁷³ Escrito del Papa Pío XI a don Felipe Rinaldi, 10 de junio de 1922. Tenga en cuenta que esta indulgencia, después de la Constitución Apostólica *Indulgentiarum doctrina* de Pablo VI el 1 de enero de 1967 y posteriormente la aplicación de decreto de la Penitenciaría Apostólica, ya no está en vigor. La Penitenciaría, el 31 de enero 1968 ha concedido indulgencia plenaria especial aplicable a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora, en ocasiones especiales.

⁷⁴ Const. 95.

Explicaba a los niños las consecuencias de sus decisiones y ejercía una influencia muy positiva en los pequeños que estaban muy unidos a él. Tenía muchas tareas en la vida del Colegio. Fue el maestro de los aprendices de imprenta, lo que significaba que se ocupaba de ellos en el dormitorio, en el comedor y en el tiempo libre. Mi impresión general de Stefano Sándor fue el siguiente: "cumplía sus deberes, vivió la vida religiosa con gran conciencia, y con la seriedad que caracteriza sólidamente a las personas maduras"⁷⁵.

Su experiencia de Dios animaba toda su actividad de profesor de tipografía y de educador, causando gran admiración entre sus jóvenes aprendices. "Stefano hacía formidables comentarios en las oraciones salesianas. También me sorprendió cuando, de niño, entré en el Instituto Salesiano para rezar la primera oración en la capilla: "Virgen María, Madre nuestra, ayúdame a salvar mi alma". Fui testigo de una conversación, que podría incluso llamar de catecismo, entre Stefano y los estudiantes de tipografía, que no eran las almas más refinadas. Les habló de la oración desde el punto de vista práctico. Complementaba sus discursos a los jóvenes con su experiencia en el frente ruso, de cuya veracidad los jóvenes no tenían duda. Su enseñanza se basaba en la convicción de que los aprendices, además del arte de la tipografía, también necesitaban una educación espiritual. Se podía ver que incluso cuando estaba en medio de los jóvenes artesanos, lo rodeaban extasiados y siempre respetuosos. Nunca cometió el error de abandonar la disciplina de los estudiantes. Su presencia en sí, imponía obediencia y respeto. Una vez le dije que lo admiraba porque su grupo era el más disciplinado de todo el colegio. Él respondió: "¡Mi querido amigo, si los chicos sienten que los amas, también te amarán!". Era obvio que en su comportamiento con los jóvenes desempeñaba su trabajo como educador, al que dedicó su vida, con fe y esperanza".⁷⁶

VII. Reflexiones sobre Dios con radicalidad evangélica

Llamaba la atención a los que se relacionaban con él su dedicación a la misión encomendada y su capacidad profesional y educadora, así como su vida interior. Vivió como discípulo del Señor su consagración religiosa; era constante su unión con Dios y la vivencia de la fraternidad evangélica. A partir de los testimonios del proceso surge **una figura completa**, para que el equilibrio salesiano de las diferentes dimensiones se una en una personalidad armónica, unificada y pacífica, abierta al misterio de Dios vivida en el día a día.

Un rasgo que afecta a esta radicalidad es el hecho de que desde el noviciado todos sus compañeros, incluso aquellos que aspiraban al sacerdocio y mucho más jóvenes que él, lo estimasen y lo vieran como un modelo a imitar. El ejemplo de su vida consagrada y la radicalidad con la que vivió y fue testigo de los consejos evangélicos lo distinguieron siempre y por ello en muchas ocasiones, incluso estando en la cárcel, muchos pensaron que era un sacerdote. Este testimonio dice mucho de la singularidad con la que Stefano Sándor vivió siempre con su clara identidad la vocación del Salesiano Coadjutor; destacando lo específico de la vida consagrada salesiana como tal. Entre los compañeros de noviciado Gyula Zsédely dice así de Stefano: "Fuimos juntos al noviciado salesiano de San Esteban en Mezőnyárád. Nuestro Padre Maestro fue Béla Bali. Aquí pasé un año y medio con Stefano y fui testigo de su vida, **modelo de joven religioso**. Aunque Stefano Sándor tenía al menos nueve o diez años más que yo, vivía con sus compañeros de noviciado de una manera ejemplar, participaba en las prácticas de piedad con nosotros. No sentíamos la diferencia de edad, y nos trataba con amor fraterno. Nos edificaba no sólo por su buen ejemplo, sino también dándonos consejos prácticos acerca de la educación de la juventud. Era evidente, incluso entonces, que estaba predestinado a esta vocación de acuerdo con los principios educativos de Don Bosco. Su talento como educador también saltó a los ojos de los novicios, sobre todo con motivo de las actividades comunitarias. Con su encanto personal nos emocionaba hasta el punto, que dábamos por sentado poder hacer frente con facilidad incluso las tareas más difíciles. El motor de su profunda espiritualidad salesiana fueron la oración y la Eucaristía, sin olvidar la devoción a la Virgen María Auxiliadora. Durante el noviciado, que duró un

⁷⁵ Testimonio de la Sra. Klára Szántó. *Positio*, p. 155-156.

⁷⁶ Testimonio del Rev. Lóránt Bíró. *Positio*, p. 96.

año, veíamos en su persona a un buen amigo. Se convirtió en nuestro modelo también en la obediencia, ya que, debido a que era el mayor, fue puesto a prueba con pequeñas humillaciones, pero las soportó con maestría y sin mostrar signos de malestar o resentimiento. En ese momento, por desgracia, había alguno de nuestros superiores a los que les gustaba humillar a los novicios, pero Stefano fue capaz de resistir. Su grandeza de espíritu, enraizada en la oración, era percibida por todos⁷⁷.

En cuanto a la intensidad con la que Stefano Sándor vivió su fe, con **una constante unión con Dios**, surge un ejemplar testimonio evangélico para todos nosotros. "Me parece que su actitud interior se activaba por la devoción a la Eucaristía y a la Virgen María, la cual también había transformado su vida como transformó la vida de Don Bosco. Cuando se ocupaba de nosotros, "Pequeño Clero", no daba la impresión de realizar un trabajo; tal era su naturalidad. Para mí y para mis compañeros "el Sr. Sándor" **era un ideal**. Creo que sólo la vida íntima de la oración ha sido capaz de alimentar tal comportamiento cuando, el hermano todavía muy joven, comprendió y se tomó muy en serio el estilo educativo de Don Bosco⁷⁸.

La **radicalidad evangélica** se expresa de diferentes formas a lo largo de la vida religiosa de Stefano Sándor:

- La espera paciente del consentimiento de los padres para entrar en los Salesianos.
- En cada etapa de la vida religiosa tendrá que esperar: antes de ser admitido al noviciado, tendrá que hacer el aspirantado, admitido al noviciado debe interrumpirlo para hacer el servicio militar; la petición de la profesión perpetua, primero aceptada, será retrasada para después de un período de votos temporales.
- En las duras experiencias del servicio militar y en el frente. El enfrentamiento con un entorno que tiende muchas trampas para su dignidad como hombre y como cristiano fortalecieron a este joven novicio en la decisión de seguir al Señor, de ser fiel a la elección de Dios, cueste lo que cueste. Realmente no hay discernimiento más difícil y exigente que la de un novicio probado y examinado en las trincheras de la vida militar.
- Durante los años de la represión y la cárcel, hasta la hora suprema del martirio. Todo esto revela a los ojos de la fe lo que siempre acompañará a la historia de Stefano: la conciencia de que Dios está presente y trabaja por el bien de sus hijos.

VIII. Conclusión⁷⁹

Stefano Sándor, desde el nacimiento hasta la muerte, fue un hombre profundamente religioso. En todas las circunstancias de la vida respondió con dignidad y coherencia a las exigencias de su vocación salesiana. Así vivió en el periodo del aspirantado y de la formación inicial, en su trabajo de tipógrafo, hasta los momentos que precedieron a su muerte. Deseoso, desde su juventud, de consagrarse al servicio de Dios y de los hermanos en la generosa tarea de la educación de los jóvenes según el espíritu de Don Bosco, fue capaz de cultivar un espíritu de fortaleza y de fidelidad a Dios y a los hermanos que le dieron la capacidad, en el momento de la prueba, de resistir tanto a las situaciones de conflicto como a la prueba suprema de la entrega de la propia vida.

Quiero poner de relieve el testimonio de *radicalidad evangélica* que nos ofrece este hermano y que resulta particularmente elocuente en la perspectiva del próximo Capítulo General. De la reconstrucción del perfil biográfico de Stefano Sándor emerge un camino de fe real y profundo, que se inicia desde su infancia y juventud, se robustece con la profesión religiosa salesiana y se consolida en su

⁷⁷ Testimonio del Rev. Gyula Zsédely. *Positio*, pp.81- 82.

⁷⁸ Testimonio del Rev. Lóránt Bíró. *Positio*, p. 87

⁷⁹ De la carta del Rector Mayor Don Pascual Chávez a todos los salesianos con ocasión del 60º del martirio de Stefano Sándor (8 de junio de 2013).

vida ejemplar como Salesiano Coadjutor. Se percibe, de modo particular, una genuina vocación consagrada animada según el espíritu de Don Bosco, por un intenso y fervoroso celo por la salvación de las almas, sobre todo juveniles. Ni siquiera los periodos difíciles, como el servicio militar y la experiencia de la guerra, menoscabaron el íntegro comportamiento moral y religioso del joven coadjutor. Stefano Sándor sufrirá el martirio desde esta experiencia de fe, sin pensarlo dos veces y sin vacilaciones.

La beatificación de Stefano Sándor compromete a toda la Congregación en la *promoción de la vocación del Salesiano Coadjutor*, acogiendo su testimonio ejemplar e invocando su continua intercesión por esta intención. Como salesiano laico, logró dar buen ejemplo también a los sacerdotes con su actividad en medio de los jóvenes y con su ejemplar vida religiosa. Es un modelo para los jóvenes consagrados, por el modo con el que afrontó las pruebas y las persecuciones sin componendas. Las causas a las que se dedicó, la santificación del trabajo cotidiano, el amor por la casa de Dios y la educación de los jóvenes, son hoy la misión fundamental de la Iglesia y de nuestra Congregación. En esta perspectiva, os invito a retomar la carta escrita por Don Vecchi con ocasión de la beatificación de Artemide Zatti (AVG 377), cuyas reflexiones y orientaciones son, aún hoy, actuales y estimulantes. De igual modo, os invito a volver al CG 26 profundizando acerca de la única vocación consagrada salesiana en sus dos formas.

Como ejemplar educador de los jóvenes, de modo particular de los aprendices y de los jóvenes trabajadores, como animador del oratorio y de los grupos juveniles, es ejemplo y estímulo en nuestro compromiso de anunciar a los jóvenes el *evangelio de la alegría a través de la pedagogía de la bondad*. En este segundo año de preparación al Bicentenario, tal perspectiva nos impulsa con ardor y entusiasmo a renovar nuestra misión entre los jóvenes de los ambientes populares que se preparan al trabajo y entre los jóvenes trabajadores que a menudo encuentran dificultades y están expuestos a situaciones de injusticia..



Bicentenario de Don Bosco -espiritualidad-

La educación, un itinerario El Buen Pastor: Jn 10, 1-10

J. M. Peticlerc, sdb

El buen pastor

Juan 10, 1-11

Os lo aseguro: el que no entra por la puerta en el redil, sino saltando por otra parte, es ladrón y bandido. El que entra por la puerta es el pastor del rebaño. El portero le abre, las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre y las saca. Cuando ha sacado a todas las suyas, camina delante de ellas y ellas detrás de él; porque reconocen su voz. A un extraño no lo siguen, sino que se escapan de él, porque no reconocen la voz de los extraños.

Ésta es la parábola que Jesús les propuso, pero ellos no entendieron a qué se refería. Así pues, les habló otra vez:

Os aseguro que yo soy la puerta del rebaño. Todos los que vinieron antes de mí eran ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrar pastos. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida, una gran vitalidad. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas.

Aquél que no entra por la puerta, sino que salta por otra parte, es un ladrón. El que entra por la puerta es el pastor. Para unirse a los jóvenes se tiene que pasar por la puerta. Para conocer y para encontrar la puerta de acceso a cada joven, primeramente debe tomarse el tiempo necesario. ¡Ser educador no se improvisa!

«Las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre y las saca». La traducción latina de la Vulgata dice «*Vocat nominatim et educit eas*». Es la única vez en el Evangelio que aparece el término educar (*educere*). «Él llama a las suyas por su nombre y las saca». *E-ducere*, es decir, educar significa, «sacar (fuera)».

El pastor hace salir a las ovejas del ambiente gregario del redil, donde se sienten bien al calor, apretadas unas contra las otras, para que puedan ir a pacer libremente por los pastos.

¿Y no es ésta la función del educador? Se trata de sacar «fuera de», fuera de este estado de niñez que podríamos calificar de dependencia «fusionada» (el niño pequeño depende totalmente de su madre, con el profundo deseo de recrear la unidad con ella), hacia este estado de sujeto capaz de tomar la palabra, de entrar en relación con los demás, de oponerse, de trabajar, de comunicar, y capaz de la más alta expresión de la comunicación entre dos seres: el amor... He aquí en lo que consiste la educación.

El Pastor de san Juan implica la figura del Educador. Por esta razón, Don Bosco escogió el Cristo Buen Pastor como figura emblemática para sus salesianos. Por eso, según él, educación y pastoral se hallan unidas. Educar evangelizando y evangelizar educando, tal es la inspiración única de su obra «educativo-pastoral».



La educación, un itinerario

El educador es un barquero de vado. Acompaña al joven en el itinerario que separa la orilla de la infancia de la otra de la edad adulta. El educador, es primero y ante todo un acompañante.

Y este trayecto entre las dos orillas, que tiene por nombre «adolescencia», no es lineal. Se hace remando hacia adelante, pero también hacia atrás; a veces hay virajes, que llamamos desviaciones.

La adolescencia es un período maravilloso de la vida. Cada adulto lleva consigo, en un rincón de su memoria, el recuerdo magnífico de su adolescencia: los primeros sentimientos amorosos, las primeras verdaderas responsabilidades, el descubrimiento del mundo...

Sin embargo, también es un período de los más difíciles. Ya que, como dice el Dr. Braconnier, se trata de la muerte de la infancia. Y yo no conozco nada más doloroso en la experiencia humana que saber llevar un proceso de duelo.

Detengámonos en algunos de estos procesos de duelo que se llevan a cabo en la adolescencia. Veinticinco años de experiencia como educador especializado me han hecho descubrir que siempre existe un nexo entre las conductas sintomáticas del adolescente y su dificultad para llevar a cabo ese proceso de duelo.

Duelo a causa de una imagen ideal de los padres

A todos aquellos que cuando uno era pequeño los tenían en un pedestal como héroes, en la adolescencia se les descubre con sus fallos y limitaciones. Y el proceso de duelo se hace más difícil de llevar a cabo cuanto más grande es la diferencia entre la familia soñada y la familia real. Esta es la razón por la que, a menudo, la adolescencia vivida por una criatura que ha experimentado situaciones de abandono y de ruptura, es mucho más rebelde que la de los demás. ¡Cuántos adolescentes, delincuentes reincidentes, proceden de ambientes familiares desestructurados! Igualmente tenemos que insistir en los estragos causados por las situaciones de exclusión social de los padres. ¡Cuánto sufrimiento genera a un pequeño procedente de barrios desfavorecidos, tomar conciencia, a menudo hacia la edad de 10-11 años, de la imagen social negativa de sus padres! He aquí que aquellos que él consideraba anteriormente como héroes son ahora denigrados, criticados por la opinión pública, como asistidos, dimisionarios, revestidos finalmente con muchos calificativos irrespetuosos. La delincuencia puede entonces emerger como el modo de expresión de ese sufrimiento en el que surge asimismo el empeño de inscribirlo en la cultura del grupo social al que pertenece.

Duelo a causa de la imagen ideal de sí mismo

De pequeño, el niño lleva dentro de él la imagen ideal. El adolescente, en cambio, debe vivir dentro de su propio cuerpo, sujeto a transformaciones importantes, y enfrentarse a la imagen que los demás proyectan sobre él. A menudo existe una gran distancia entre la imagen que él quisiera dar de sí mismo y la imagen que los otros lanzan sobre él. Ésta es la riqueza y la dificultad de la vida social. Descubrirlo no es nada fácil para el adolescente. Le pueden acechar dos tentaciones: la primera consiste en cerrarse en sí mismo, que bien puede traducirse en actitudes de aislamiento, de consumo de productos tóxicos, de confinamiento en el mundo virtual del ordenador, de actitudes desviadas en lo que se refiere a la

alimentación, etc. Segunda tentación: adaptarse al rol que los otros han creado para él. ¡Cuántos adolescentes se sirven de la estrategia de ir a la búsqueda, no de su propio interés, sino del prestigio que pueda conferirles el grupo de amigos! Se comprende entonces la importancia que tiene, en esta edad, la pertenencia a grupos afines. Así es como los jóvenes adolescentes cometen su primer delito, no por el interés que les pueda reportar a sí mismos, sino por el prestigio que les otorga ante el grupo de colegas. Nunca insistiremos lo bastante, en ciertas áreas, sobre el aspecto inicial de la primera delincuencia.

Duelo a causa de la imagen ideal de los otros

A las decepciones de las cuales él es el objeto, se suman las decepciones causadas por sus compañeros y por los adultos de su entorno. ¡Cuán doloroso resulta, en la edad de las amistades idealizadas, enfrentarse a la traición de un compañero o de la amiga! ¡Cuán difícil es, a la edad del sueño de una sociedad justa y fraterna, tomar conciencia de todos los fenómenos de racismo y de corrupción que minan el tejido social! ¡Cuántos actos de delincuencia, cometidos por adolescentes, son el reflejo de decepciones, las cuales ellos no han sabido resolver!

Duelo a causa de la prepotencia infantil

Por paradójico que parezca, en principio, la primera experiencia del bebé en el dominio de su relación con el mundo es la del dominio total: «grito y me doy cuenta de que el funcionamiento de la casa se altera para poder darme agua». Ya más mayor, el niño descubre que no puede situarse en el centro del mundo, sino que debe entrar en un espacio de negociación, en el que ha de tener en cuenta lo que los demás también quieren. Ha de someterse a la ley, que determina reglas y límites. Aquí también, todos estos cambios duelen mucho y son difíciles de llevar a cabo si uno no tiene la suerte de tener ante él personas adultas que sepan decir claramente «no» y establecer prohibiciones. ¡Cuántos comportamientos de jóvenes pre-adolescentes, reincidentes en este proceso abocado hacia la violencia, traducen su incapacidad para salir de esta toda poderosa infancia!

Duelo a causa de las representaciones infantiloides de Dios

Añadimos, en el caso de un adolescente creyente, la necesidad de llevar duelo de sus representaciones infantiloides de Dios, de todas aquellas imágenes que él se ha construido en negativo en relación a la percepción de sus límites. El niño que vive la dolorosa experiencia de su pequeñez, de su ausencia de poder, de sus limitaciones, sueña con un Dios, a la vez, grande, todopoderoso y sin límites, al que quisiera ver intervenir con que únicamente le llame. Descubrirá en la adolescencia que Dios no actúa de esa manera: ¡mejor, en el caso de un examen de la escuela, trabajar la materia el día antes en casa que no rezar en la capilla el mismo día del examen!

Sin embargo, este Dios, que yo califico como el «Dios de la omnipotencia perdida», se encuentra muy lejos del Dios de Jesucristo, cuya prepotencia se halla ni más ni menos en el Amor; un Dios que, lejos de permitir al hombre recortar su deseo de omnipotencia, ¡viene a unirse a él en su límites!

Es esta confrontación a este proceso de duelo lo que dificulta el acompañamiento pastoral en la edad de la adolescencia.

El paso del sueño al proyecto

Pasar del sueño al proyecto –tal es una de las últimas grandes características de la adolescencia– significa aceptar despedirse, por una parte, de sus sueños de niño, con el fin de negociar lo otro con las exigencias de la realidad. Ésta es la dinámica del proyecto. Así, aquél que soñaba con convertirse en estrella del fútbol debe contentarse con el placer de jugar a fútbol con los amigos en un campo cercado. Ésta es, sin duda, una de las razones por las que el joven en situación de fracaso escolar deberá, antes que los demás, revisar a la baja sus proyectos de futuro; lo que es a menudo mucho más delicado en el caso de las conductas de riesgo.

Puesto que aquí también, el joven adolescente puede ser objeto de mil tentaciones. La primera consiste en encerrarse en el mundo de los sueños, aislamiento éste que puede estar favorecido por el consumo de productos tóxicos. A esta edad la atracción de las drogas es bien conocida.

Segunda tentación: rebelarse contra la sociedad que no le permite la realización de sus sueños. Así, el adolescente la tomará contra todo aquello que la representa: instituciones, coches...

Todavía queda otra tentación posible: hacer suyo el proyecto de algún otro. ¡Eso también es un plan abocado al fracaso, puesto que no puede llevar a cabo su vida a partir del proyecto de otro, se trate del de sus padres o del de alguien cercano! El adolescente no puede ahorrarse el quehacer doloroso, pero prometedor, de pasar del sueño al proyecto.

La educación, un itinerario

Como vemos, el itinerario del adolescente, es un itinerario pascual: el de morir para vivir. Educar es acompañarlo en el camino. Cuando este acompañamiento lo hacemos de manera evangélica, ¿no es ya, en sí mismo, anuncio de la Buena Nueva?

Pensar, hablar, hacer...

El redil

- El redil, la cerca, no lo sería si no tuviera una puerta.
- No se trata sólo de cerrar a las ovejas: hay que entrar donde ellas están, darse cuenta de cómo están, cuidar las más débiles, pensar a dónde se las llevará mañana... Esto es ser buen pastor y puerta de las ovejas.

El educador-pastor

- Es el guía, el acompañante, el que conoce, el que llama (¡sin gritar!), el que saca (= educa), el que se preocupa, el que...
- Hay más rasgos, claro: ¿Cuáles? Procuremos que nos configuren como educadores-pastores.

Nuestros adolescentes

- ¿Qué tienen todavía de críos? ¿Qué quisieran tener como mayores?
- ¿Cómo ayudarlos a crecer de manera equilibrada y dinámica?

Llevar a dios, llevar hacia dios

- Ni las ovejas pueden encontrar el buen pasto por su cuenta, ni los jóvenes pueden encontrar a Dios de manera fácil.
- ¿Podemos llegar a ser sencillos pero eficaces sacramentos de Dios (= portadores del Dios de Jesucristo en nuestras vidas)?
- ¿Podemos facilitar el descubrimiento de este Dios de Jesús, por parte de nuestros jóvenes?

Itinerarios... Pascuales

- Itinerario: sentido de camino, de marcha, de provisionalidad y, muchas veces, de ir a tientas...
- Caminar y estar al lado de los que caminan. ¿Somos caminantes o estáticos?
- Dinámica de proceso y nosotros mismos como procesos dinámicos, y más todavía siendo educadores-pastores.
- ¿Qué significado tiene esto? ¿Qué supone en nosotros?



Año de la fe

Carta Encíclica “Lumen Fidei” (I)

Papa Francisco

CAPÍTULO TERCERO TRANSMITO LO QUE HE RECIBIDO (cf. / Co 15,3)

La Iglesia, madre de nuestra fe

37. Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz. El apóstol Pablo, hablando a los Corintios, usa precisamente estas dos imágenes. Por una parte dice: « Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: *Creí, por eso hablé*, también nosotros creemos y por eso hablamos » (2 Co 4,13). La palabra recibida se convierte en respuesta, confesión y, de este modo, resuena

para los otros, invitándolos a creer. Por otra parte, san Pablo se refiere también a la luz: « Reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen » (2 Co 3,18). Es una luz que se refleja de rostro en rostro, como Moisés reflejaba la gloria de Dios después de haber hablado con él: « [Dios] ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo » (2 Co 4,6). La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros

podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos.

38. La transmisión de la fe, que brilla para todos los hombres en todo lugar, pasa también por las coordenadas temporales, de generación en generación. Puesto que la fe nace de un encuentro que se produce en la historia e ilumina el camino a lo largo del tiempo, tiene necesidad de transmitirse a través de los siglos. Y mediante una cadena ininterrumpida de testimonios llega a nosotros el rostro de Jesús. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo podemos estar seguros de llegar al « verdadero Jesús » a través de los siglos? Si el hombre fuese un individuo aislado, si partiésemos solamente del « yo » individual, que busca en sí mismo la seguridad del conocimiento, esta certeza sería imposible. No puedo ver por mí mismo lo que ha sucedido en una época tan distante de la mía. Pero ésta no es la única manera que tiene el hombre de conocer. La persona vive siempre en relación. Proviene de otros, pertenece a otros, su vida se ensancha en el encuentro con otros. Incluso el conocimiento de sí, la misma autoconciencia, es relacional y está vinculada a otros que nos han precedido: en primer lugar nuestros padres, que nos han dado la vida y el nombre. El lenguaje mismo, las palabras con que interpretamos nuestra vida y nuestra realidad, nos llega a través de otros, guardado en la memoria viva de otros. El conocimiento de uno mismo sólo es posible cuando participamos en

una memoria más grande. Lo mismo sucede con la fe, que lleva a su plenitud el modo humano de comprender. El pasado de la fe, aquel acto de amor de Jesús, que ha hecho germinar en el mundo una vida nueva, nos llega en la memoria de otros, de testigos, conservado vivo en aquel sujeto único de memoria que es la Iglesia. La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe. San Juan, en su Evangelio, ha insistido en este aspecto, uniendo fe y memoria, y asociando ambas a la acción del Espíritu Santo que, como dice Jesús, « os irá recordando todo » (Jn 14,26). El Amor, que es el Espíritu y que mora en la Iglesia, mantiene unidos entre sí todos los tiempos y nos hace contemporáneos de Jesús, convirtiéndose en el guía de nuestro camino de fe.

39. Es imposible creer cada uno por su cuenta. La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el « yo » del fiel y el « Tú » divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza, se abre al « nosotros », se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia. Nos lo recuerda la forma dialogada del *Credo*, usada en la liturgia bautismal. El creer se expresa como respuesta a una invitación, a una palabra que ha de ser escuchada y que no procede de mí, y por eso forma parte de un diálogo; no puede ser una mera confesión que nace del individuo. Es posible responder en primera persona, « creo », sólo porque se forma parte de una gran comunión, porque también se dice « creemos ». Esta apertura al « nosotros » eclesial refleja la apertura propia del amor de Dios, que no es sólo relación entre el Padre y el Hijo, entre el « yo » y el « tú », sino que en el Espíritu, es también un « nosotros »,

una comunión de personas. Por eso, quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse, a compartir su alegría con otros. Quien recibe la fe descubre que las dimensiones de su « yo » se ensanchan, y entabla nuevas relaciones que enriquecen la vida. Tertuliano lo ha expresado incisivamente, diciendo que el catecúmeno, « tras el nacimiento nuevo por el bautismo », es recibido en la casa de la Madre para alzar las manos y rezar, junto a los hermanos, el Padrenuestro, como signo de su pertenencia a una nueva familia.

Los sacramentos y la transmisión de la fe

40. La Iglesia, como toda familia, transmite a sus hijos el contenido de su memoria. ¿Cómo hacerlo de manera que nada se pierda y, más bien, todo se profundice cada vez más en el patrimonio de la fe? Mediante la tradición apostólica, conservada en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo, tenemos un contacto vivo con la memoria fundante. Como afirma el Concilio ecuménico Vaticano II, « lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree ».

En efecto, la fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar, un ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica. Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con

el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros. Para transmitir esta riqueza hay un medio particular, que pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones. Este medio son los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia. En ellos se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de la vida, asociada a todos los sentidos; implican a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias. Por eso, si bien, por una parte, los sacramentos son sacramentos de la fe, también se debe decir que la fe tiene una estructura sacramental. El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno.

41. La transmisión de la fe se realiza en primer lugar mediante el bautismo. Pudiera parecer que el bautismo es sólo un modo de simbolizar la confesión de fe, un acto pedagógico para quien tiene necesidad de imágenes y gestos, pero del que, en último término, se podría prescindir. Unas palabras de san Pablo, a propósito del bautismo, nos recuerdan que no es así. Dice él que « por el bautismo fuimos sepultados en él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva » (*Rm* 6,4). Mediante el bautismo nos convertimos en criaturas nuevas y en hijos adoptivos de Dios. El Apóstol afirma después que el cristiano ha sido entregado a un « modelo de doctrina » (*typos didachés*), al que obedece de corazón (cf. *Rm* 6,17). En el bautismo el hombre recibe también una doctrina

que profesar y una forma concreta de vivir, que implica a toda la persona y la pone en el camino del bien. Es transferido a un ámbito nuevo, colocado en un nuevo ambiente, con una forma nueva de actuar en común, en la Iglesia. El bautismo nos recuerda así que la fe no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando sólo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta. Hemos sido bautizados.

42. ¿Cuáles son los elementos del bautismo que nos introducen en este nuevo « modelo de doctrina »? Sobre el catecúmeno se invoca, en primer lugar, el nombre de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se le presenta así desde el principio un resumen del camino de la fe. El Dios que ha llamado a Abrahán y ha querido llamarse su Dios, el Dios que ha revelado su nombre a Moisés, el Dios que, al entregarnos a su Hijo, nos ha revelado plenamente el misterio de su Nombre, da al bautizado una nueva condición filial. Así se ve claro el sentido de la acción que se realiza en el bautismo, la inmersión en el agua: el agua es símbolo de muerte, que nos invita a pasar por la conversión del « yo », para que pueda abrirse a un « Yo » más grande; y a la vez es símbolo de vida, del seno del que renacemos para seguir a Cristo en su nueva existencia. De este modo, mediante la inmersión en el agua, el bautismo nos habla de la estructura encarnada de la fe. La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de

comunión. Este dinamismo de transformación propio del bautismo nos ayuda a comprender la importancia que tiene hoy el catecumenado para la nueva evangelización, también en las sociedades de antiguas raíces cristianas, en las cuales cada vez más adultos se acercan al sacramento del bautismo. El catecumenado es camino de preparación para el bautismo, para la transformación de toda la existencia en Cristo.

Un texto del profeta Isaías, que ha sido relacionado con el bautismo en la literatura cristiana antigua, nos puede ayudar a comprender la conexión entre el bautismo y la fe: « Tendrá su alcázar en un picacho rocoso... con provisión de agua » (Is 33,16). El bautizado, rescatado del agua de la muerte, puede ponerse en pie sobre el « picacho rocoso », porque ha encontrado algo consistente donde apoyarse. Así, el agua de muerte se transforma en agua de vida. El texto griego lo llama agua *pistós*, agua « fiel ». El agua del bautismo es fiel porque se puede confiar en ella, porque su corriente introduce en la dinámica del amor de Jesús, fuente de seguridad para el camino de nuestra vida.

43. La estructura del bautismo, su configuración como nuevo nacimiento, en el que recibimos un nuevo nombre y una nueva vida, nos ayuda a comprender el sentido y la importancia del bautismo de niños, que ilustra en cierto modo lo que se verifica en todo bautismo. El niño no es capaz de un acto libre para recibir la fe, no puede confesarla todavía personalmente y, precisamente por eso, la confiesan sus padres y padrinos en su nombre. La fe se vive dentro de la comunidad de la Iglesia, se inscribe en un « nosotros » comunitario. Así, el niño es sostenido por otros, por sus padres y padrinos, y es acogido en la fe de ellos, que es la fe

de la Iglesia, simbolizada en la luz que el padre enciende en el cirio durante la liturgia bautismal. Esta estructura del bautismo destaca la importancia de la sinergia entre la Iglesia y la familia en la transmisión de la fe. A los padres corresponde, según una sentencia de san Agustín, no sólo engendrar a los hijos, sino también llevarlos a Dios, para que sean regenerados como hijos de Dios por el bautismo y reciban el don de la fe. Junto a la vida, les dan así la orientación fundamental de la existencia y la seguridad de un futuro de bien, orientación que será ulteriormente corroborada en el sacramento de la confirmación con el sello del Espíritu Santo.

44. La naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la eucaristía, que es el precioso alimento para la fe, el encuentro con Cristo presente realmente con el acto supremo de amor, el don de sí mismo, que genera vida. En la eucaristía confluyen los dos ejes por los que discurre el camino de la fe. Por una parte, el eje de la historia: la eucaristía es un acto de memoria, actualización del misterio, en el cual el pasado, como acontecimiento de muerte y resurrección, muestra su capacidad de abrir al futuro, de anticipar la plenitud final. La liturgia nos lo recuerda con su *hodie*, el « hoy » de los misterios de la salvación. Por otra parte, confluye en ella también el eje que lleva del mundo visible al invisible. En la eucaristía aprendemos a ver la profundidad de la realidad. El pan y el vino se transforman en el Cuerpo y Sangre de Cristo, que se hace presente en su camino pascual hacia el Padre: este movimiento nos introduce, en cuerpo y alma, en el movimiento de toda la creación hacia su plenitud en Dios.

45. En la celebración de los sacramentos, la Iglesia transmite su memoria, en particular mediante la profesión de fe. Ésta no consiste sólo en asentir a un conjunto de verdades abstractas. Antes bien, en la confesión de fe, toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo. Podemos decir que en el *Credo* el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa. Para entender el sentido de esta afirmación, pensemos antes que nada en el contenido del *Credo*. Tiene una estructura trinitaria: el Padre y el Hijo se unen en el Espíritu de amor. El creyente afirma así que el centro del ser, el secreto más profundo de todas las cosas, es la comunión divina. Además, el *Credo* contiene también una profesión cristológica: se recorren los misterios de la vida de Jesús hasta su muerte, resurrección y ascensión al cielo, en la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos. Se dice, por tanto, que este Dios comunión, intercambio de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu, es capaz de abrazar la historia del hombre, de introducirla en su dinamismo de comunión, que tiene su origen y su meta última en el Padre. Quien confiesa la fe, se ve implicado en la verdad que confiesa. No puede pronunciar con verdad las palabras del *Credo* sin ser transformado, sin insertarse en la historia de amor que lo abraza, que dilata su ser haciéndolo parte de una comunión grande, del sujeto último que pronuncia el *Credo*, que es la Iglesia. Todas las verdades que se creen proclaman el misterio de la vida nueva de la fe como camino de comunión con el Dios vivo.

Fe, oración y decálogo

46. Otros dos elementos son esenciales en la transmisión fiel de la memoria de la Iglesia. En primer lugar, la oración del Señor, el Padrenuestro. En ella, el cristiano aprende a compartir la misma experiencia espiritual de Cristo y comienza a ver con los ojos de Cristo. A partir de aquel que es luz de luz, del Hijo Unigénito del Padre, también nosotros conocemos a Dios y podemos encender en los demás el deseo de acercarse a él.

Además, es también importante la conexión entre la fe y el decálogo. La fe, como hemos dicho, se presenta como un camino, una vía a recorrer, que se abre en el encuentro con el Dios vivo. Por eso, a la luz de la fe, de la confianza total en el Dios Salvador, el decálogo adquiere su verdad más profunda, contenida en las palabras que introducen los diez mandamientos: « Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto » (Ex 20,2). El decálogo no es un conjunto de preceptos negativos, sino indicaciones concretas para salir del desierto del « yo » autorreferencial, cerrado en sí mismo, y entrar en diálogo con Dios, dejándose abrazar por su misericordia para ser portador de su misericordia. Así, la fe confiesa el amor de Dios, origen y fundamento de todo, se deja llevar por este amor para caminar hacia la plenitud de la comunión con Dios. El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros. Y este camino recibe una nueva luz en la enseñanza de Jesús, en el Discurso de la Montaña (cf. Mt 5-7).

He tocado así los cuatro elementos que contienen el tesoro de memoria que la Iglesia transmite: la confesión de fe, la celebración de los sacramentos, el camino del decálogo, la oración. La

catequesis de la Iglesia se ha organizado en torno a ellos, incluido el *Catecismo de la Iglesia Católica*, instrumento fundamental para aquel acto unitario con el que la Iglesia comunica el contenido completo de la fe, « todo lo que ella es, todo lo que cree ».

Unidad e integridad de la fe

47. La unidad de la Iglesia, en el tiempo y en el espacio, está ligada a la unidad de la fe: « Un solo cuerpo y un solo espíritu [...] una sola fe » (Ef 4,4-5). Hoy puede parecer posible una unión entre los hombres en una tarea común, en el compartir los mismos sentimientos o la misma suerte, en una meta común. Pero resulta muy difícil concebir una unidad en la misma verdad. Nos da la impresión de que una unión de este tipo se opone a la libertad de pensamiento y a la autonomía del sujeto. En cambio, la experiencia del amor nos dice que precisamente en el amor es posible tener una visión común, que amando aprendemos a ver la realidad con los ojos del otro, y que eso no nos empobrece, sino que enriquece nuestra mirada. El amor verdadero, a medida del amor divino, exige la verdad y, en la mirada común de la verdad, que es Jesucristo, adquiere firmeza y profundidad. En esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu. En este sentido san León Magno decía: « Si la fe no es una, no es fe ».

¿Cuál es el secreto de esta unidad? La fe es « una », en primer lugar, por la unidad del Dios conocido y confesado. Todos los artículos de la fe se refieren a él, son vías para conocer su ser y su actuar, y por eso forman una unidad superior a cualquier otra que podamos construir con nuestro pensamiento, la

unidad que nos enriquece, porque se nos comunica y nos hace « uno ».

La fe es una, además, porque se dirige al único Señor, a la vida de Jesús, a su historia concreta que comparte con nosotros. San Ireneo de Lyon ha clarificado este punto contra los herejes gnósticos. Éstos distinguían dos tipos de fe, una fe ruda, la fe de los simples, imperfecta, que no iba más allá de la carne de Cristo y de la contemplación de sus misterios; y otro tipo de fe, más profundo y perfecto, la fe verdadera, reservada a un pequeño círculo de iniciados, que se eleva con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida, más allá de la carne de Cristo. Ante este planteamiento, que sigue teniendo su atractivo y sus defensores también en nuestros días, san Ireneo defiende que la fe es una sola, porque pasa siempre por el punto concreto de la encarnación, sin superar nunca la carne y la historia de Cristo, ya que Dios se ha querido revelar plenamente en ella. Y, por eso, no hay diferencia entre la fe de « aquel que destaca por su elocuencia » y de « quien es más débil en la palabra », entre quien es superior y quien tiene menos capacidad: ni el primero puede ampliar la fe, ni el segundo reducirla.

Por último, la fe es una porque es compartida por toda la Iglesia, que forma un solo cuerpo y un solo espíritu. En la comunión del único sujeto que es la Iglesia, recibimos una mirada común. Confesando la misma fe, nos apoyamos sobre la misma roca, somos transformados por el mismo Espíritu de amor, irradiamos una única luz y tenemos una única mirada para penetrar la realidad.

48. Dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad. Precisamente porque todos los artículos de la fe forman una unidad,

negar uno de ellos, aunque sea de los que parecen menos importantes, produce un daño a la totalidad. Cada época puede encontrar algunos puntos de la fe más fáciles o difíciles de aceptar: por eso es importante vigilar para que se transmita todo el depósito de la fe (cf. *1 Tm 6,20*), para que se insista oportunamente en todos los aspectos de la confesión de fe. En efecto, puesto que la unidad de la fe es la unidad de la Iglesia, quitar algo a la fe es quitar algo a la verdad de la comunión. Los Padres han descrito la fe como un cuerpo, el cuerpo de la verdad, que tiene diversos miembros, en analogía con el Cuerpo de Cristo y con su prolongación en la Iglesia. La integridad de la fe también se ha relacionado con la imagen de la Iglesia virgen, con su fidelidad al amor esponsal a Cristo: menoscabar la fe significa menoscabar la comunión con el Señor. La unidad de la fe es, por tanto, la de un organismo vivo, como bien ha explicado el beato John Henry Newman, que ponía entre las notas características para asegurar la continuidad de la doctrina en el tiempo, su capacidad de asimilar todo lo que encuentra, purificándolo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia.

49. Como servicio a la unidad de la fe y a su transmisión íntegra, el Señor ha dado a la Iglesia el don de la sucesión apostólica. Por medio de ella, la continuidad de la memoria de la Iglesia está garantizada y es posible beber con seguridad en la fuente pura de la que mana la fe. Como la Iglesia transmite una fe viva, han de ser personas vivas las que garanticen la conexión con el origen. La fe se basa en la fidelidad de los testigos que han sido elegidos por el Señor para esa misión. Por eso, el

Magisterio habla siempre en obediencia a la Palabra originaria sobre la que se basa la fe, y es fiable porque se fía de la Palabra que escucha, custodia y expone. En el discurso de despedida a los ancianos de Éfeso en Mileto, recogido por san Lucas en los Hechos

de los Apóstoles, san Pablo afirma haber cumplido el encargo que el Señor le confió de anunciar « enteramente el plan de Dios » (*Hch* 20,27). Gracias al Magisterio de la Iglesia nos puede llegar íntegro este plan y, con él, la alegría de poder cumplirlo plenamente.

CAPÍTULO CUARTO DIOS PREPARA UNA CIUDAD PARA ELLOS (cf. *Hb* 11,16)

Fe y bien común

50. Al presentar la historia de los patriarcas y de los justos del Antiguo Testamento, la Carta a los Hebreos pone de relieve un aspecto esencial de su fe. La fe no sólo se presenta como un camino, sino también como una edificación, como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás. El primer constructor es Noé que, en el Arca, logra salvar a su familia (cf. *Hb* 11,7). Después Abrahán, del que se dice que, movido por la fe, habitaba en tiendas, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos (cf. *Hb* 11,9-10). Nace así, en relación con la fe, una nueva fiabilidad, una nueva solidez, que sólo puede venir de Dios. Si el hombre de fe se apoya en el Dios del Amén, en el Dios fiel (cf. *Is* 65,16), y así adquiere solidez, podemos añadir que la solidez de la fe se atribuye también a la ciudad que Dios está preparando para el hombre. La fe revela hasta qué punto pueden ser sólidos los vínculos humanos cuando Dios se hace presente en medio de ellos. No se trata sólo de una solidez interior, una convicción firme del creyente; la fe ilumina también las relaciones humanas, porque nace del amor y sigue la dinámica del amor de Dios. El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable.

51. Precisamente por su conexión con el amor (cf. *Ga* 5,6), la luz de la fe se

pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz. La fe nace del encuentro con el amor originario de Dios, en el que se manifiesta el sentido y la bondad de nuestra vida, que es iluminada en la medida en que entra en el dinamismo desplegado por este amor, en cuanto que se hace camino y ejercicio hacia la plenitud del amor. La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida común. La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo. Sin un amor fiable, nada podría mantener verdaderamente unidos a los hombres. La unidad entre ellos se podría concebir sólo como fundada en la utilidad, en la suma de intereses, en el miedo, pero no en la bondad de vivir juntos, ni en la alegría que la sola presencia del otro puede suscitar. La fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor, y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común. Sí, la fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza. La Carta a los

Hebreos pone un ejemplo de esto cuando nombra, junto a otros hombres de fe, a Samuel y David, a los cuales su fe les permitió « administrar justicia » (*Hb* 11,33). Esta expresión se refiere aquí a su justicia para gobernar, a esa sabiduría que lleva paz al pueblo (cf. 1 S 12,3-5; 2 S 8,15). Las manos de la fe se alzan al cielo, pero a la vez edifican, en la caridad, una ciudad construida sobre relaciones, que tienen como fundamento el amor de Dios.

Fe y familia

52. En el camino de Abrahán hacia la ciudad futura, la Carta a los Hebreos se refiere a una bendición que se transmite de padres a hijos (cf. *Hb* 11,20-21). El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia. Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. *Gn* 2,24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y de su designio de amor. Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete toda la vida y que recuerda tantos rasgos de la fe. Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada. La fe, además, ayuda a captar en toda su profundidad y riqueza la generación de los hijos, porque hace reconocer en ella el amor creador que nos da y nos confía el misterio de una

nueva persona. En este sentido, Sara llegó a ser madre por la fe, contando con la fidelidad de Dios a sus promesas (cf. *Hb* 11,11).

53. En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos. Sobre todo los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe. Todos hemos visto cómo, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, los jóvenes manifiestan la alegría de la fe, el compromiso de vivir una fe cada vez más sólida y generosa. Los jóvenes aspiran a una vida grande. El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades.

Luz para la vida en sociedad

54. Asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales. Como experiencia de la paternidad y de la misericordia de Dios, se expande en un camino fraterno. En la « modernidad » se ha intentado construir la fraternidad universal entre los hombres fundándose sobre la igualdad. Poco a poco, sin embargo,

hemos comprendido que esta fraternidad, sin referencia a un Padre común como fundamento último, no logra subsistir. Es necesario volver a la verdadera raíz de la fraternidad. Desde su mismo origen, la historia de la fe es una historia de fraternidad, si bien no exenta de conflictos. Dios llama a Abrahán a salir de su tierra y le promete hacer de él una sola gran nación, un gran pueblo, sobre el que descende la bendición de Dios (cf. *Gn* 12,1-3). A lo largo de la historia de la salvación, el hombre descubre que Dios quiere hacer partícipes a todos, como hermanos, de la única bendición, que encuentra su plenitud en Jesús, para que todos sean uno. El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano.

¡Cuántos beneficios ha aportado la mirada de la fe a la ciudad de los hombres para contribuir a su vida común! Gracias a la fe, hemos descubierto la dignidad única de cada persona, que no era tan evidente en el mundo antiguo. En el siglo II, el pagano Celso reprochaba a los cristianos lo que le parecía una ilusión y un engaño: pensar que Dios hubiera creado el mundo para el hombre, poniéndolo en la cima de todo el cosmos. Se preguntaba: « ¿Por qué pretender que [la hierba] crezca para los hombres, y no mejor para los animales salvajes e irracionales? ». « Si miramos la tierra desde el cielo, ¿qué diferencia hay entre nuestras ocupaciones y lo que hacen las hormigas y las abejas? ». En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la

encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites.

55. La fe, además, revelándonos el amor de Dios, nos hace respetar más la naturaleza, pues nos hace reconocer en ella una gramática escrita por él y una morada que nos ha confiado para cultivarla y salvaguardarla; nos invita a buscar modelos de desarrollo que no se basen sólo en la utilidad y el provecho, sino que consideren la creación como un don del que todos somos deudores; nos enseña a identificar formas de gobierno justas, reconociendo que la autoridad viene de Dios para estar al servicio del bien común. La fe afirma también la posibilidad del perdón, que muchas veces necesita tiempo, esfuerzo, paciencia y compromiso; perdón posible cuando se descubre que el bien es siempre más originario y más fuerte que el mal, que la palabra con la que Dios afirma nuestra vida es más profunda que todas nuestras negaciones. Por lo demás, incluso desde un punto de vista simplemente antropológico, la unidad es superior al conflicto; hemos de contar también con el conflicto, pero experimentarlo debe llevarnos a resolverlo, a superarlo, transformándolo en un eslabón de una cadena, en un paso más hacia la unidad.

Cuando la fe se apaga, se corre el riesgo de que los fundamentos de la vida se debiliten con ella, como advertía el poeta T. S. Eliot: « ¿Tenéis acaso necesidad de que se os diga que incluso aquellos modestos logros / que os permiten estar orgullosos de una sociedad educada / difícilmente

sobrevivirán a la fe que les da sentido?». Si hiciésemos desaparecer la fe en Dios de nuestras ciudades, se debilitaría la confianza entre nosotros, pues quedaríamos unidos sólo por el miedo, y la estabilidad estaría comprometida. La Carta a los Hebreos afirma: « Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad » (Hb 11,16). La expresión « no tiene reparo » hace referencia a un reconocimiento público. Indica que Dios, con su intervención concreta, con su presencia entre nosotros, confiesa públicamente su deseo de dar consistencia a las relaciones humanas. ¿Seremos en cambio nosotros los que tendremos reparo en llamar a Dios nuestro Dios? ¿Seremos capaces de no confesarlo como tal en nuestra vida pública, de no proponer la grandeza de la vida común que él hace posible? La fe ilumina la vida en sociedad; poniendo todos los acontecimientos en relación con el origen y el destino de todo en el Padre que nos ama, los ilumina con una luz creativa en cada nuevo momento de la historia.

Fuerza que conforta en el sufrimiento

56. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto sobre sus tribulaciones y sufrimientos, pone su fe en relación con la predicación del Evangelio. Dice que así se cumple en él el pasaje de la Escritura: « Creí, por eso hablé » (2 Co 4,13). Es una cita del Salmo 116. El Apóstol se refiere a una expresión del Salmo 116 en la que el salmista exclama: « Tenía fe, aun cuando dije: “¡Qué desgraciado soy!” » (v. 10). Hablar de fe comporta a menudo hablar también de pruebas dolorosas, pero precisamente en ellas san Pablo ve el anuncio más convincente del Evangelio, porque en la debilidad y en el sufrimiento se hace

manifiesta y palpable el poder de Dios que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento. El Apóstol mismo se encuentra en peligro de muerte, una muerte que se convertirá en vida para los cristianos (cf. 2 Co 4,7-12). En la hora de la prueba, la fe nos ilumina y, precisamente en medio del sufrimiento y la debilidad, aparece claro que « no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor » (2 Co 4,5). El capítulo 11 de la Carta a los Hebreos termina con una referencia a aquellos que han sufrido por la fe (cf. Hb 11,35-38), entre los cuales ocupa un puesto destacado Moisés, que ha asumido la afrenta de Cristo (cf. v. 26). El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor. Viendo la unión de Cristo con el Padre, incluso en el momento de mayor sufrimiento en la cruz (cf. Mc 15,34), el cristiano aprende a participar en la misma mirada de Cristo. Incluso la muerte queda iluminada y puede ser vivida como la última llamada de la fe, el último « Sal de tu tierra », el último « Ven », pronunciado por el Padre, en cuyas manos nos ponemos con la confianza de que nos sostendrá incluso en el paso definitivo.

57. La luz de la fe no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo. ¡Cuántos hombres y mujeres de fe han recibido luz de las personas que sufren! San Francisco de Asís, del leproso; la Beata Madre Teresa de Calcuta, de sus pobres. Han captado el misterio que se esconde en ellos. Acercándose a ellos, no les han quitado todos sus sufrimientos, ni han podido dar razón cumplida de todos los males que los aquejan. La luz de la fe no disipa

todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, « inició y completa nuestra fe » (*Hb 12,2*).

El sufrimiento nos recuerda que el servicio de la fe al bien común es siempre un servicio de esperanza, que mira adelante, sabiendo que sólo en Dios, en el futuro que viene de Jesús resucitado, puede encontrar nuestra sociedad cimientos sólidos y duraderos. En este sentido, la fe va de la mano de la esperanza porque, aunque nuestra morada terrenal se destruye, tenemos una mansión eterna, que Dios ha inaugurado ya en Cristo, en su cuerpo (cf. *2 Co 4,16-5,5*). El dinamismo de fe, esperanza y caridad (cf. *1 Ts 1,3; 1 Co 13,13*) nos permite así integrar las preocupaciones de todos los hombres en nuestro camino hacia aquella ciudad « cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios » (*Hb 11,10*), porque « la esperanza no defrauda » (*Rm 5,5*).

En unidad con la fe y la caridad, la esperanza nos proyecta hacia un futuro cierto, que se sitúa en una perspectiva diversa de las propuestas ilusorias de los ídolos del mundo, pero que da un impulso y una fuerza nueva para vivir cada día. No nos dejemos robar la esperanza, no permitamos que la banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que « fragmentan » el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio. El

espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza.

Bienaventurada la que ha creído (Lc 1,45)

58. En la parábola del sembrador, san Lucas nos ha dejado estas palabras con las que Jesús explica el significado de la « tierra buena »: « Son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia » (*Lc 8,15*). En el contexto del Evangelio de Lucas, la mención del corazón noble y generoso, que escucha y guarda la Palabra, es un retrato implícito de la fe de la Virgen María. El mismo evangelista habla de la memoria de María, que conservaba en su corazón todo lo que escuchaba y veía, de modo que la Palabra diese fruto en su vida. La Madre del Señor es icono perfecto de la fe, como dice santa Isabel: « Bienaventurada la que ha creído » (*Lc 1,45*).

En María, Hija de Sión, se cumple la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de tantas mujeres fieles, comenzando por Sara, mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva. En la plenitud de los tiempos, la Palabra de Dios fue dirigida a María, y ella la acogió con todo su ser, en su corazón, para que tomase carne en ella y naciese como luz para los hombres. San Justino mártir, en su *Diálogo con Trifón*, tiene una hermosa expresión, en la que dice que María, al aceptar el mensaje del Ángel, concibió « fe y alegría ». En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto, y cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de

la fe. En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo. Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado.

59. Podemos decir que en la Bienaventurada Virgen María se realiza eso en lo que antes he insistido, que el creyente está totalmente implicado en su confesión de fe. María está íntimamente asociada, por su unión con Cristo, a lo que creemos. En la concepción virginal de María tenemos un signo claro de la filiación divina de Cristo. El origen eterno de Cristo está en el Padre; él es el Hijo, en sentido total y único; y por eso, es engendrado en el tiempo sin concurso de varón. Siendo Hijo, Jesús puede traer al mundo un nuevo comienzo y una nueva luz, la plenitud del amor fiel de Dios, que se entrega a los hombres. Por otra parte, la verdadera maternidad de María ha asegurado para el Hijo de Dios una verdadera historia humana, una verdadera carne, en la que morirá en la cruz y resucitará de los muertos. María lo acompañará hasta la cruz (cf. *Jn* 19,25), desde donde su maternidad se extenderá a todos los discípulos de su Hijo (cf. *Jn* 19,26-27). También estará presente en el Cenáculo, después de la resurrección y de la ascensión, para implorar el don del Espíritu con los apóstoles (cf. *Hch* 1,14). El movimiento de amor

entre el Padre y el Hijo en el Espíritu ha recorrido nuestra historia; Cristo nos atrae a sí para salvarnos (cf. *Jn* 12,32). En el centro de la fe se encuentra la confesión de Jesús, Hijo de Dios, nacido de mujer, que nos introduce, mediante el don del Espíritu santo, en la filiación adoptiva (cf. *Ga* 4,4-6).

60. Nos dirigimos en oración a María, madre de la Iglesia y madre de nuestra fe.

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 29 de junio, solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año 2013, primero de mi Pontificado.

FRANCISCUS